PERIFERIAS Y MENTIRAS

textos sobre arte, banalidad y cultura

César Cortés Vega



Periferias y mentiras
Textos sobre arte, banalidad y cultura

Periferias y mentiras
Textos sobre arte, banalidad y cultura

César Cortés Vega



Primera edición, México 2009

Primera edición: 2009
Colección Memoria/24

ISBN 970-92478-1-6

Impreso y hecho en México

Este libro se realizó gracias al apoyo del programa de apoyo editorial y fomento a la lectura del H. Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec de Morelos.

Más allá de la estetización moralizante

¿Es aún asequible la belleza? Esto creyendo que la belleza alguna vez fue accesible más allá de la estética atrapada en los discursos y en los objetos bellos y útiles, buenos, viables a la comprensión, objetivos, alejados y descarnados, siempre a pesar de la sangre chorreando por los bordes o los dolores campeando en los intersticios de la lejanía.

Venga, la pregunta sobre la asequibilidad de la belleza pasa por la atracción del arte, es decir, la pregunta pasa por el arte, tanto como creación como por la contemplación, y entonces la pregunta se complica: ¿quién hace el arte y nos acerca a la belleza y quién mira lo bello a través de la creación artística? Así, podríamos ir complicando los interrogantes y suponer el mutismo como respuesta, porque, al fin y al cabo, qué importa. Sí, qué importa si la belleza sólo se nos cuela por la televisión en forma de rostros bellos, cuerpos bellos e imposibles, situaciones tontas, pero bellas, televisión, sólo televisión.

Quizá el problema esté, precisamente, en la necedad de vincular, tan estrechamente, belleza y arte y entonces

suponerle al arte una función vital para el orden, para la estética social, en otras palabras, la simetría social, la funcionalidad social.

Bueno, si buscamos por otros rumbos, si estiramos la visión y nos alejamos de los centros –del centro de gravedad "belleza"– aventurándonos a las periferias, allá donde lo estético se ancla en las formas vivificadas por los fondos, pero sin ser colonizadas ni, por lo tanto, militarizadas, entonces podremos encontrar al arte sin belleza o con una belleza sin pretensiones moralizantes, sin encuentros con la utilidad social, sin inventos de economía política y sin más emolumento que la forma, como ya dije, sustentada, pero no delineada, por el fondo.

En el libro de César Cortés, *Periferias y mentiras*, hallamos ejemplos de esto, podríamos llamar, a cada uno de los capítulos que lo componen, "miradas", sin embargo, son algo más parecido a bizqueos, vistazos distorsionados por el afán liberador, por la acechanza de la belleza y la presencia, profundamente estética, de lo ominoso. Ahí, en aquello de "lo profundamente estético" está, precisamente, la acechanza y, ahí mismo, la complejidad de la mirada que, en los textos de César Cortés nos permite acceder a lo sensible de una estética que no necesita pugnar por la belleza, al menos no por los mismos vericuetos que se imponen desde los discursos esclerotizados, sino en la construcción sobre los bordes.

Por tanto, estamos en el terreno de lo periférico, de lo extremo en el sentido de alejamiento, de borde, de límite y para consolidar una visión desde ahí es preciso asumir en el arte la capacidad de engaño, la mentira como herramienta para la creación, como contraparte del descubrimiento, del entendimiento, regodeos de la subjetividad con el consiguiente desprecio a una objetividad imperial, fundamentalista, crediticia.

Es así porque, desde el principio, nos avienta al rostro la animalidad olvidada y refractaria en nuestras mascotas,

inventándoles personalidades arrobadoras, como de artistas, con la soberbia propia del artista, siempre mejor que el otro, siempre arrogante, siempre superior, ese artista corpulento creado por la idea de autor, de persona moderna y, desde ahí, moralmente superior. O con la necesidad de ser superiores con prótesis, como si existiera la posibilidad de conseguir autoestima o cordura en el supermercado. O con la violencia aséptica de las máquinas… en fin, o con nuestra imagen especular aparecida en los otros monstruosos.

Desde arriba se nos cae el andamiaje con creaciones límite, con el arte forzando los límites, aullándonos que el límite, después de Dios, ya no se orienta por nosotros mismos, sino a través de lo que imaginamos ser. Nos violentamos en un afán estético y nos convertimos en obras de arte, ya no sólo como contempladores. Y, bueno, esto último es más una intimidación, una mentira, tratando de liberar el pulso creador del ser humano sostenido a la precariedad de la razón. Porque, a pesar de nuestra sinrazón, procuramos descubrir la linealidad de la comprensión, como huyendo de la conmoción vital, de la violencia creadora.

Entre los márgenes de lo social y los márgenes forzados por el arte, Periferias y mentiras nos va mostrando cómo se construyen casitas endebles –edificadas con desperdicio de propaganda electoral– en los bordes del abismo. Nos deja ver cómo es posible mirar al abismo y recibir la mirada de éste como un acto estético. Porque el abismo siempre regresa la mirada. La diferencia está en cómo emocionarnos con ella. Con la ciencia, la razón, se intenta explorar el abismo, comprenderlo, poniéndonos el arnés de explorador y explicarlo. Con el misticismo se intenta llenar el abismo, saturarlo y hacerlo supurar para conseguirlo. Pero entonces podemos jugar. Sí, jugar con las herramientas ofrendadas por las tecnologías que hoy nos invaden. Nos encontramos entonces con el juego, con

el invento de la *photoshopmancia* y leemos el abismo sin invadirlo, sin ultrajarlo.

Esta es la opción del arte no. El arte no busca ni comprender al abismo ni llenarlo, ni atraparlo ni interrogarlo, ni separar al bien del mal. Por el contrario, sus cimientos se colocan justo en el borde para regodearse, para padecer la mirada de regreso y utilizarla sin afán utilitario, sin justicia o sumisión, sólo juego, el juego de la biología hecha arte, de la informática ostentando inocencia, aceptando la mentira, pero no creyéndola, es decir, sin verdad.

Así pues, en Periferias y mentiras, el arte, la banalidad y la cultura limítrofe se engarzan por el hilo de la estética, no de la belleza. Quiero decir, César Cortés, en esta recopilación, nos somete a, por lo menos, la imaginación de asuntos poco comunes. Entiendo por "poco comunes" los límites impuestos por la modernidad.

Tampoco es cuestión de caer en la facilidad de abusar del prefijo post. No, porque, considero, no nos muestra actividades de algo pasible de denominarse postestética o postarte o post-lo-que-sea. No, si se atreven a leer los textos de César Cortés sólo descubrirán –y aquí el "sólo" no demérita, apenas advierte– cómo la estética tiende a los bordes, a los extremos y nos avisa sobre salidas.

En tal sentido, también nos ayuda a darle dimensión política al arte. Y con dimensión política no estoy hablando de militancia política, de intelectualidad orgánica, sino de la capacidad sísmica de la creación y la contemplación estética. De, y cito aquí a César Cortés, "aceptar explícitamente… que la belleza del mundo no puede estar conformada por lo que unos ojillos morales bien determinados alcanzan a registrar".

Concluyo, pues, invitando a leer *Periferias y mentiras* con la convicción de mirar al abismo y recibir la mirada de regreso con regocijo.

Hugo César Moreno Hernández

Introducción

Hurgar dentro de este libro es como desenterrar los escombros de un derrumbamiento. Por ahí se puede encontrar un bloque de cemento con un poco de papel tapiz todavía pegado en uno de sus costados, allá un pedazo de cerámica que formara parte de un mingitorio y quizá, si se busca más en el fondo, un trozo de carne presumiblemente humana. La apuesta es que, después de haber localizado estos fragmentos, se pueda reconstruir con ellos algo, o por lo menos tener los elementos para poderlo imaginar.

Los textos acá reunidos fueron publicados en distintas revistas de arte y cultura. Esto les hace entidades con objetivos particulares de estilo, orden interno y desarrollo de las ideas. Fueron, además, creados desde ángulos editoriales diversos. Y a pesar de su aparente dispersión, es posible encontrar entre ellos cierta unidad y construcción de sentido con una estructura más o menos similar, justo como si se tratara de los pedazos que muy bien pudieran servir para componer otra cosa. Sin haber sido realizados para que se acompañaran unos a otros, sí pretenden ya en su ordenamiento conjunto delinear un rumbo crítico mani-

fiesto. Esto –quizá no sobre decirlo– al tener que ver con intereses y obsesiones personales, hace que el montón de argumentos que acá se presentan, puedan ser leídos como anotaciones que han sido trabajadas poco a poco en una libreta.

No obstante, quedaron fuera muchos microensayos y crónicas que en el esqueleto temático planteado en un inicio, no favorecían un encadenamiento de ideas que permitiera proyectar algunas constantes. Porque, a pesar del tono valemadrista con el que muchos están redactados, sí hay en ellos una perplejidad común, un orden no-lineal del sentido, muy en el estilo desorganizado de Montaigne (por supuesto, incomparable en erudición y forma frente a los textos de acá). A la vez se trata de una especie de anti-guía de perplejos, de derivaciones, de extravíos contemporáneos de diversa índole que muy probablemente molestarían al buen Maimónides. Sin embargo, por la naturaleza de los medios en los que fueron editados, muchos de ellos giran alrededor de temas que no han sido sino pretextos para hablar de lo que en verdad me interesa. Porque acá cabe decir que mis propensiones particulares no son el arte contemporáneo, la cultura de la miseria, la frivolidad de las clases acomodadas, las zonas temporalmente autónomas o la literatura actual, sino la mezcla de todo esto y más. Me inclino, pues, por las hibridaciones de todo tipo, a pesar de saber que las obras que se logran cuando se procura una disciplina son poderosas para la propagación de la cultura hegemónica. Esto gracias a que creo que muchos de quienes las llevan a cabo, sin voltear a ver lo que existe más allá del campo en el que las han concebido, lo hacen como resultado de una posición de subalternidad frente a un discurso heredado que, además de representar la continuidad de los poderes imperantes, limita el disfrute vital, el remolino polivalente que sucede cuando nos es revelado algo que parece no tener nombre. El poder, por supuesto, se realiza en las alianzas y así es

la manera en la que se nos ha enseñado a vivir. Y ese poder no es sino manifestación. La heterodoxia no escapa, por supuesto, de dicho poder. Se nutre de él, incluso lo alimenta. Sin embargo, hay en la disrupción una inocencia que a veces puede no ser del todo ingenua; momentos de oro en el vacío, destellos sonoros, amor loco (*amour fou*) por todo cuanto no pasa por el tamiz de una crítica que se toma muy en serio a sí misma.

Finalmente, tanto los detractores de la ruptura de las disciplinas como sus promotores son guardianes inconscientes de un cambio que no controlan del todo. Porque se trata de una suma de voluntades con una limitada conciencia de su extravío, cada una de ellas buscando que esos espejismos, visibles luego de haber aprendido una única manera de percibir el mundo, sean a toda costa la *realidad*. Pero claro; *lo real* es una chica que pasa la mayoría de veces frente a nosotros moviendo sus pompitas, displicente, mamonísima, mientras se pitorrea de nuestros delirios disfrazados de las planificaciones más estructuradas.

Estos textos pretenden, en todo caso, dar fe de la falta de fe y a la vez retratar alguna posibilidad dentro de la imposibilidad. Porque todos hablan desde el límite, esto es, desde la búsqueda de la negación de supuestos, sean estos las peleas de robots, la fiesta contemporánea, los alienados o los artistas de la riqueza y de la pobreza. Y un posible eje estilístico es que desolación de la modernidad puede a veces divertir muchísimo, si se le observa desde los límites o con menos desolación, a causa de hacerlo desde la periferia; un espacio ya de por sí desolador –dice Ray Loriga que *la pobreza en América es de colores como la Casa Internacional del Panqueque*–. Y esto quizá se deba a que por lo menos ahí se pueden plantear maneras diferentes de asimilar la pérdida de los ideales, la incredulidad y el extraño encanto que produce la tribulación en las visiones de lo cotidiano.

I. Arriba-abajo

Arte animal contemporáneo

Tendencias gatunas

Charles Edwin Schrödinger Jones (Sydney, 1985) era *realista periférico*. Y también era gato. De hecho, es probable que Charlie –como le llamaban amigos y colegas– haya sido el único felino que ostentara un calificativo que le reservara un lugar poco común en el arte contemporáneo: "el refrigeradorista". En todo caso, no hay duda en afirmar que se trata de uno de los artistas animales más representativos. Como lo explican Heather Busch y Burton Silver en su libro "*Por qué pintan los gatos. Una teoría sobre estética felina.*" (Editorial Taschen, 1995), las piezas de Schrödinger se basan en un objeto típico de la realidad felina; una gran mayoría de los gatos domésticos pasan horas y horas alimentándose al lado de un refrigerador.

Su propuesta trasciende una primera lectura formalista para plantear la resolución de un conflicto poco afortunado en su vida: alguna vez su dueña lo encerró por error más de cinco horas en la nevera. Busch y Silver agregan que si bien las piezas de Schrödinger pueden expresar ocasionalmente un cierto grado de triunfal encanto, es posible también

que sus intervenciones sobre refrigeradores representen el desplazamiento de una herida que pretende la recuperación de poderío en contraposición a una idea esencialista que paraliza nuestras nociones del mundo. Otro ejemplo citado por Busch y Silver es el del pintor alemán Tiger. Vinculado al *reduccionismo espontáneo*, las piezas de este artista rebasan el plano para ubicar el trabajo fuera del perímetro del lienzo. Aunque su propuesta implica hasta cierto punto un estado preformativo –como en el caso de las obras de Jackson Pollock, en las cuales la pintura era el resultado de una acción de registro emocional– la destrucción posterior de los planos sobre los que Tiger trabaja tiene el empeño de presentar la obra acabada como una reducción del espacio central, privilegiando el contorno exterior.

El arte animal contemporáneo tiene una gran cantidad de exponentes felinos. Otros casos registrados por Busch y Silver –como el del *expresionista formal* Misty, el del *neosintetista* Ginger o el de la *fragmentarista elemental* Princess– presentan una realidad innegable: en el contexto del arte realizado en la actualidad por los animales, el de los gatos ocupa un lugar preponderante.

Un animalito estándar

B es artista conceptual, lo que quiere decir una cantidad de cosas tan diversas, que es mejor no enumerar aquí las razones por las cuales ella se considera a sí misma como tal (yo, para más señas, también he pecado de lo mismo). Jamás me había detenido a pensar en si la obra de B era buena o no. No me interesaba, en realidad. La tarea de todo aquel que critique, esté o no dedicado a publicar lo que opina de tal o cual artista, padece la mayoría de las veces una incontinencia que pasa el juicio subjetivo como objetivo. Asunto corriente en la mayoría de animales humanos. De cualquier manera yo, frente al trabajo de muchos compañeros, prefiero abstenerme con el fin de no

echar a andar la rueda de la eterna pelea entre la gran familia disfuncional que resulta ser la comunidad artística en nuestro país.

Sin embargo, alguna vez le oí a B un juicio crítico sobre lo realizado por un grupo X de artistas que, según ella, no merecía aprecio. Si se hubiese tratado de uno de esos comentarios al aire hechos para provocar el choteo común y corriente de todos los días, y con los cuales intentamos extirparnos la angustia de vivir en un país en el que toda negociación es sinonimia de transa, yo no habría seguido preguntando. Sin embargo, su tono era lapidario, como si con él decretara de una vez y para siempre el fracaso incontrovertible de propuestas como las de aquellos a quienes criticaba. Por eso seguí preguntando el fundamento de su opinión. Y la respuesta me sorprendió: una sucesión de lugares comunes y de juicios sumarios sin justificación alguna, excepto el dictatorial argumento *me gusta-no me gusta*. No otra cosa que la maledicencia escondida detrás de una precaria posición de soberanía crítica-estética, a la que no le faltaba nada para derivar en puro chismorreo y banalidad. Un hervidero de rencillas acumuladas en el cual el ego estaba mezclado con un pitorreo de sarcasmo estándar dirigido a colegas que, probablemente, opinarían algo similar acerca del trabajo de la misma B. En resumen: venganza pura y moralina.

Por eso no pude resistir la tentación de señalárselo, con una técnica bien simple: apliqué la misma crítica que ella usaba para negar a sus enemigos, a su propio trabajo. Su reacción ya no me sorprendió: entre el llanto y el odio, lo que primero pude ver fue la mirada de un animal herido, como si le hubiese sorrajado un golpe en el hocico con un palo. ¿Cómo osaba yo poner en tela de juicio un trabajo que a todas luces era uno de los mejores en el medio? Lo que se veía no se juzgaba y no podía haber comparación entre calidad y basura. ¿Cómo podía yo ser tan ciego y no verlo?

Me acongojé un poco, pues pude entender entonces que su obra era básicamente el sostén de un reconocimiento negado en otros ámbitos, rencor intentando hacerse creíble, demarcación de territorio.

Huevo-gallina

Las veces que he mostrado el libro "*Por qué pintan los gatos*" a mis amistades, comentando mientras lo hojean que se trata de algo real y que en verdad los gatos pintan, la mayoría lo ha creído. Observan anonadados los esquemas explicativos y las fotos de los mininos embarrando papeles u objetos con pintura, quizá suponiendo que si la editorial Taschen invierte en publicar algo así, es porque debe tratarse de algo innegable. Cuando minutos después revelo que se trata de un *fake* editorial que unos fotógrafos pusieron en marcha, la reacción suele ser de vergüenza, pues ¿qué conclusión sacar de algo así? ¿Es un problema del arte contemporáneo o de un observador poco avezado? La eterna dificultad del huevo o la gallina: una disputa que trasciende una observación elemental como la aquí vertida.

En todo caso esto puede recordarnos que nuestra idea de belleza y/o funcionalidad está sujeta a una cantidad tan grande de consideraciones, que sería ingenuo intentar someterla a un sermón sentencioso sobre lo *que se debe y no se debe* llevar a cabo en el arte, pues se pecaría gravemente de simpleza. Más allá de la estetización moralizante de nuestros días, lo que hay frente a nosotros en una pieza de arte actual es una imagen del mundo que nos señala cómo *es* y no cómo *debería ser*. En todo caso se trata de una operación en la que se cuela un suceso objetual como presencia en un contexto dado. Una poética que opera en los procesos de construcción de realidad del mundo... Quizá sea por eso que no puedo dejar de observar las heces que meticulosamente mis gatos depositan en su recipiente de arena: perfectas, soberbias.

Plasti-adictos; *cámbiemelo todo, Doc.*

I can't get no...

¿Cuántas rinoplastias, liposucciones, aumento de senos y demás técnicas quirúrgicas para modificar el cuerpo se necesitan para sentirse satisfecho? Quizá eso haya que preguntárselo a alguien como Jocelyn Wildenstein, ex esposa de un *marchand* de arte: la cantidad de procedimientos a los que se ha sometido rebasa todo límite, no solo monetario sino de identidad. Cuando vi su foto en internet no pude sino estremecerme; parecía que el colágeno iba a salírsele por las fosas nasales, bultos en su frente, en sus mejillas, en su mentón. Protuberancias todas que me remitían más al close-up de una palomita de maíz que al rostro de una mujer realizada. No quise ni imaginarme su cuerpo. Pese a todo, detrás de esa mascara de piel transgredida, en las pupilas alojadas dentro de unos párpados gatunos que un cirujano habría alabado más de la cuenta con el fin de hacerle creer a su paciente la buena inversión de su dinero, una mirada candorosa se asomaba. Era ahí –y no en su boca hinchada– donde, a pesar de todo, una expresión de complacencia insistía en seguir represen-

tando un papel de supuesta bonanza. ¿Felicidad? Fantasía; una mariposa que a pesar de ser menos bella que la oruga original, vuela haciendo alarde de sus ulceradas alas.

Nadie quiere volver a ser como antes

Se acabaron las credulidades del estilo “lo que importa es el interior”. Más allá de resolver los problemas que hacen de una persona un ser disfuncional, el asunto es turnado al rompecabezas de la apariencia. *Si en lugar de ver mis lonjas vieran mis senos, si mi virilidad hubiese contado con un equipo mejor dotado, si observaran en mí a la mujer que siento en mi interior y no esta piel con pelos saliendo de todos lados, otro gallo cantaría.* Por eso, si se trata de identificarse con un modelo ideal que se supone es la imagen de todo triunfador, entonces ya no vale la pena modificar las ideas preconcebidas que nos fabricamos para adaptarnos al mundo y a su complejidad sino, por el contrario, reafirmarlas.

Justo eso es lo que requiere todo aparato mediático impulsor de una identidad sin cortapisas, sea basada en el nacionalismo, el color, la preferencia sexual, el equipo de rugby o el parecido con el oligofrénico de moda. Por eso grandes cantidades de dinero se invierten todos los años en la supuesta ayuda para ratificar los mitos florecidos en la reconstrucción de nuestras identidades fragmentadas. Va en aumento la proliferación de programas televisivos en los que se inflan las necedades de los televidentes hasta grados extremos como una forma de servicio a la comunidad. En programas como *Extreme Makeover, The Swan, Home Front, I Want A Famous Face o Dr. 9021,* emitidos en la Unión Americana, la intención principal era mostrar lo sencillo que es convertir los deseos en realidad. Eso si alguien tenía la suerte de ser seleccionado para aparecer en ellos, o contar con una billetera tan gorda como la depresión que se carga antes de desear ser algo que no se es. Programas como estos, donde las operaciones de transformación son

llevadas a cabo en tiempo real, sustituían a los primeros *reality-shows* en los cuales el arrojo personal se premiaba aún desde una especie de voluntad forjada a fuerza de reacomodar los sentimientos. Ahí, quien se pareciera menos a lo que antes era, tenía posibilidades de cargar el cetro y de llevarse, además de una fachada distinta, el jugoso premio de convertirse por fin en nuevo objeto de deseo.

Unas mamas más grandes, Mamá

Más y más y más. Con las que no se sienta nada, pero que se vean bien. Que me echen a perder la columna, pero que vuelvan ciegos a los hombres. Que estallen en mil pedazos en medio del vuelo hacia las playas de Miami, solo para ver la cara de los pasajeros –un pezón nadando en la salsa de tomate de sus huevos rancheros.

Se trata, por supuesto, de una nueva adicción agregada a la larga lista. Los llamados *plasti-adictos* no pueden detenerse, pues si la perfección fuera posible Dios sería un humano navegando entre el tráfico en un Jaguar del año con su divino rostro de 30,000 dólares. Por eso primero el trasero, luego los pectorales y más adelante la reconstrucción facial. Nariz perfecta, labios jugosos. Un abdomen envidiable. Y cirujanos plásticos en cada esquina junto a la miscelánea, pues en tanto la demanda aumenta, los precios comienzan a descender. Pronto un *lifting* facial estará al alcance de todo padre de familia y todo linaje que se respete contará con un pariente cirujano experto en lipo-escultura que pueda hacerles descuentos a los miembros con mayores méritos. ¿Qué tal? Un Doctor del Villar invitado a la mesa de tu madre y de todas sus navidades.

Un desfile de esta clase de golems plasti-adictos (muy poco conscientes de su propio fracaso), se podía también ver en la serie televisiva *Nip/TUC.* En ella un par de médicos, dueños de una clínica de embellecimiento, lidian con los deseos extremos de sus pacientes. Gemelas idénticas

que quieren dejar de serlo, un transexual que ansía verse a sí mismo sin una delatora manzana de adán en medio del pescuezo, un criminal al que le urge cambiar de identidad para no ser capturado, una mujer que desea a toda costa ser operada para poder asistir a una reunión. Todos ellos, desplazados por las circunstancias, desean volver a ser incluidos: regresar a ocupar la posición que el destino les ha arrebatado. En el fondo ansían una vida tranquila en la cual su peregrina manera de percibir la realidad esté también incluida. Y eso los mantendría quietos, si cada vez que se acercan a su ideal el espejismo no se alejara de nuevo, como esos charcos que se ven a lo lejos en la carretera.

Sin embargo, hay quienes usan la transformación corporal como un juego de arte político. Tal es el caso de la artista Orlan que modifica su cuerpo según cánones de belleza que han desaparecido en la actualidad. *Para decir lo que quiero* –comenta– *busco las herramientas más elocuentes, por eso utilizo la cirugía.* Lo que Orlan pretende es la desviación de la norma: usar su cuerpo para realizarse operaciones estéticamente incorrectas que en lugar de afirmar los ideales de belleza imperantes, los cuestionen. Con ello busca que su cuerpo sea objeto de debate público. *Lo importante para mí* –agrega– *es demostrar la vanidad y la locura de quien adhiere los estándares de belleza.* Lo que hace pensar en que si es posible cambiar estos cánones será en la medida en la que el cuerpo refleje un estado de cosas en armonía con el interior de cada uno, lo cual dista mucho de ser lo más próximo. En la red tejida de equívocos heredados, hay una reproducción obsesiva de la corrección de la corporalidad y sus consecuencias en el entorno. Lo interesante es que todas estas operaciones del gusto se realizan alrededor de un centro que parecería vacío, es decir, falto de un referente que no mute de inmediato y se convierta en otra cosa. Orlan, así como muchos otros monstruos contemporáneos, muestra que en aquellas oscuridades del deseo se esconden las paradojas del miedo a la anormalidad.

La guerra de los robots

Ambas máquinas han llegado a la etapa final. Luego de una carrera de obstáculos en la que han debido echar abajo muros y escalar rampas de casi 45 grados, *Pussycat* y *Fluffy,* los trastos motorizados que pelean esta noche, están frente a frente con la consigna de convertir al otro en chatarra. Perfecto, porque la plataforma sobre la que están ubicados en la etapa final de la competencia, guarda una distancia de por lo menos cinco metros del piso. Una caída de ahí habrá de llenar de sinsentido los meses de trabajo que sus creadores han empleado para darles presencia, identidad.

Allá abajo, un público ávido de dolor y de aceite –la sangre indigna de los robots– grita casi con la misma pasión que podría estar usando en una pelea de box. En agradecimiento, una de ellas emite chispas de sus neumáticos, mientras que la otra sube y baja la sierra eléctrica con la cual ha sido dotada para cortar la carcasa de lo que se le ponga enfrente. Después de varios embates dirigidos desde los controles remotos sobre la carne me-

tálica del enemigo, ambos han dejado claro que la victoria no es tan sencilla como parecía. Pero los organizadores han ideado un método para que la contienda no tarde tanto en definirse: el pretil de protección de la plataforma desaparece de forma automática para aumentar el grado de dificultad. Luego de eso ya no hay nada que pueda detener las ruedas de la primera máquina que se aproxime al borde. *Pussycat* ha basado su estrategia en cortar con su sierra, más que en empujar, mientras que *Fluffy* aprovecha la cuña que su creador le ha dado para con ella mermar la tracción de su contrincante. Y así, a fuerza de arranque y habilidad, *Fluffy* ha enviado al vacío a *Pussycat,* mientras una horda de gente aúlla y aplaude, entregada al extraño placer que brinda el fracaso del cacharro más débil.

Justo ahora, momento en el que muchos mecanismos han sido sustituidos por micro-componentes cada vez más diminutos, ha resurgido esta pasión por el empleo de la mecánica a gran escala. Esto tiene ocupados no sólo a competidores que buscan nuevas opciones para descargar su ira contenida, sino incluso a artistas dotados de voluntad deportiva. *Robot Wars* fue el nombre de las primeras competencias que se llevaron a cabo en San Francisco en el año 1994. Fueron ideadas por el artista Marc Thorpe en colaboración con *Profile Records,* una empresa de audio que financió los primeros eventos. Y resultó ser un gran negocio. Cuando Thorpe rompió con ellos, luego de una lucha legal por la propiedad de la idea que duró varios años, la compañía trasladó las competencias a Inglaterra y comenzó a grabarlas por televisión, mientras que Thorpe las siguió realizando en San Francisco en donde surgió el programa televisivo *Battle Bots,* transmitido hace unos años en México por televisión abierta. No obstante, la idea que sustenta a ambos es básicamente la misma. Mucho humo y luces y un ambiente de circo romano post-tecnológico en el que todos aúllan a cada embate que esta espe-

cie de mascotas industriales concede. Chispas y destellos lumínicos lo cubren todo como en una gran discoteca en la que son los robots los que bailan hasta quedar literalmente tiesos. ¿Hay algo más divertido que observar a nuestros nuevos esclavos destruirse?

Esto no es del todo nuevo; los primeros autómatas de la historia fueron usados justo como objetos de entretenimiento. El matemático Herón de Alejandría, apenas en el siglo I d. C. fabricó un teatro de autómatas en el que las figuras montadas en un cofre cambiaban de lugar y estado ante la mirada perpleja de los asistentes. Hay que imaginar las risas y los aplausos de un público fascinado con la idea de que una forma inanimada, de repente, respondiera a una serie de órdenes que preconizaban la pronta llegada de seres mecánicos deambulando por las calles, saludando a la gente y haciendo los deberes encomendados a los esclavos de la época. Urracas voladoras y caballos de madera o la orquesta mecánica de los muñecos del emperador Chin Shih Huang Ti o aquel mono que pedía limosna construido por Yang Wu- Lien en el año 770 d. C. Quizá esos modelos no servían sino para sugerir que una serie de actos sociales a los que los hombres atribuían gran importancia, pudieran ser reproducidos por engranajes y poleas que no muy distintos de la maquinaria de un reloj común. En el fondo, el ser humano parecía ser una máquina. Hay quien se atrevió a decir incluso que los primeros autómatas fueron Adán y Eva: una tecnología humana perfecta para hacer la guerra después del paraíso.

Algo muy parecido ha sido logrado por estos nuevos emprendedores de la beligerancia, que muy probablemente han colaborado (directa o indirectamente) en la realización de muchos de los prototipos empleados en las pasarelas del armamento internacional que son todas las guerras. Se trata ahora de la fabricación de máquinas malditas que adquieren su personalidad destructiva según

los poderes que sus fabricantes les brindan. Luego de una primera etapa romántica en la que nuestras máquinas han servido para asuntos prácticos, ha llegado el momento de que nos diviertan. Y nada mejor que la destrucción para mantener nuestro ánimo demoledor en buen estado. Es así que la audiencia ha ido en aumento, tanto como las modalidades de competencias y los países en los que se practican. Incluso los japoneses han sacado una versión *sumo* de las luchas y así incrementado el número de aficionados interesados en comenzar a construir su propio robot con herramientas cada vez más sofisticadas. De hecho, la marca Lego, dedicada a la fabricación de juegos para armar, ha comenzado a llevar a cabo competencias del mismo estilo con autómatas construidos con las piezas que ellos ofrecen en el mercado. Si este circo bufo habrá de continuar o no, es cosa que quizá las máquinas, y no los hombres, tendrán que responder. Aunque, nunca se sabe; ¿se imaginan?: un Robocop (*japolicía hecho en Detroit* como dicen Los Redondos) tocando tu timbre para dejarte un citatorio de hacienda. *¿O quieres jugar conmigo?* –preguntará.

Tres ejemplos de frivolidad

Hedonismo *camp*

El *status*, lo sabemos los habitantes de países como el nuestro, florece mejor en medio de toda miseria. Por eso las imágenes del artista norteamericano Terry Rodgers pueden muy bien remitirnos a nuestra propia bitácora de trivialidades. Reuniones en las que los integrantes de una especie de élite rejuvenecida miran hacia lados distintos. Pocos sonríen, todos beben buen licor y están a la moda. Sin embargo, entre la *maleza* de los diálogos que los personajes llevan a cabo en cada una de las representaciones pictóricas, nadie disimula el aburrimiento. Algunas piezas de arte están dispuestas en varios sitios de las salas, como si fueran ventanas abiertas. Lo que se muestra en ellas muy probablemente sea cruel, a pesar de que ha sido puesto ahí para simular un extraño placer que sólo puede germinar en la opulencia. Así, cada cosa es el reflejo de una frivolidad poco sutil, construida con poses afectadas y escenografías de una vida cotidiana que necesita de imágenes cada vez más violentas para despertar de su sopor. De cualquier manera nadie se excede en gestos ni movimientos que los

otros puedan desaprobar. Si luego algún cuerpo se agitará impetuoso con el fin de sacudirse la angustia que, con cinco o seis whiskys en el ánimo, no podría dejar de aflorar en situaciones de esa naturaleza, poco importa.

Aun en contra de su deseo, las figuras se mantienen con una levedad poco común, como si no fueran capaces de intuir su falta de peso. Y es que la gran mayoría de seres colocados sobre las superficies creadas por Rodgers, no son sino espectadores trágicos a punto del sonambulismo que se juntan en veladas para apuntalar su soledad en el aprecio compartido de lo vano. Un desamparo que se refleja en las muecas de intriga o desasosiego, a duras penas disimulado, y contrapuesto a la construcción de un goce epicúreo que consiste en lograr la llamada ataraxia, o el *summum* del placer imperturbable.

Rodgers nos muestra un tipo particular de hedonismo *camp*, cuyo *ethos* resulta ser, paradójicamente, el desencanto. Susan Sontag, a mediados de los años sesenta, precisaba lo *camp* como una negación de la estética tradicional, al privilegiar el amor por lo exagerado, por lo no natural[1]. Se trata de una forma sofisticada de lo kitsch que adora conscientemente su propio barroquismo. Claro que en épocas en las que el artificio es usado como estrategia para la provocación, no es el apetito de las clases medias por parecerse al modelo *high-class* plasmado en los objetos de rebaja[2] al alcance de muchos lo que marca las pautas retratadas por Rodgers, sino la indolencia y el desasosiego teatral con el que las clases altas intentan a toda costa separarse de la masa que las persigue.

El teatro de lo frívolo

¿Qué nos impulsa a acercar la mirada a lo superficial y a prestarle por lo menos algún gesto de interés? Proba-

[1] Sontag, Susan. *Against interpretation and other essays.* Picador. USA, 2001.
[2] El escritor Thomas Hine ha definido esta sofisticación popular como *Populuxe.*

blemente sea que, como señala Baudrillard, los signos han perdido su sentido y se agotan en la fascinación de lo espectacular. Por ello el gusto es trasladado hasta sus límites, pues las nociones estéticas han rebasado las justificaciones morales específicas. El cuerpo, como centro de esa inquietud, es tratado desde la relación entre su proximidad a los objetos que le ayudan a simular la satisfacción del goce, y la imposibilidad de que en efecto ese cuerpo llegue a cumplir por dicho medio un regocijo auténtico.

Hay que insistir: el equilibrio de los placeres sostenido por Epicuro se ha sobresaturado de posibles combinaciones, en el momento en el que sólo lo inalcanzable puede ser transformado en objeto de deseo. Por ello gozar gracias a la definición sobre lo que tarde o temprano destruirá nuestras aspiraciones espirituales al ser intercambiadas por meros anhelos de acomodo social, es ahora una norma a la que difícilmente la cultura de Occidente podrá renunciar. El vacío en esta sobreabundancia y la seducción que provoca todo señuelo fundado en la sociedad del simulacro, ejercen particular fascinación en los confundidos seres deseantes que somos todos, en la medida en la que nuestros anhelos son mantenidos gracias a la construcción de imágenes más que de realidades.

En este sentido, el trabajo de la fotógrafa mexicana Daniela Rossell, que retrató a varios integrantes de familias acaudaladas, muestra a una clase alta nacional en medio de un lujo desmedido y, en muchos casos, carente de límites en el estilo[3]. La gran mayoría de seres que se muestran orgullosos en el interior de sus residencias exclusivas, entre tapices europeos, objetos de países exóticos y animales disecados, hacen de sí mismos objetos fotográficos inigualables que la artista aprovecha intuitivamente para revelar el carácter insolente y sobreestimado que poseen.

3 Algunos de los cuales, a pesar de haber sido protegidos por el anonimato, echaron a andar acciones legales en contra de la artista y la editorial por haber publicado las fotos en un libro de gran tiraje: *Ricas y famosas.* Rossell, Susana. Turner-Océano. México, 2002.

Sus estampas fotográficas son ejes que nos acercan a la comprensión de cómo esos seres aprisionados por la cámara han sido capaces de engendrar entornos privados desde una interpretación personalísima del llamado *buen gusto.* Miradas eternamente seguras, enfrentando a la cámara con desparpajo, siempre entregadas a los caprichos de un Ego enaltecido. Maneras que nos hacen caer en la cuenta del morbo con el que muchos espectadores husmeamos en la vida privada de quienes antes permanecían ocultos detrás de sus pequeñas mansiones, rodeados de una servidumbre sombría que no podía revelar lo que entre comida y comida observaba de sus patrones.

Contraseducción

Esta apreciación de lo mundano que busca el sentido o la contraparte de los placeres –ya se trate de los que se originan en los gustos de quien exhibe su fortuna material, o de los que es posible imaginar aún luego de haber prestado atención a esas vidas inalcanzables para más del noventa y cinco por ciento de la población mundial– encuentra un camino particular en las intervenciones de pequeño formato del artista suizo Daniele Buetti.

Modelos de revista que son transgredidas al momento de ofrecer sobre sus cuerpos los objetos envidiados por todo aspirante a la inclusión en el sistema de las jerarquías, mismo que permite la puesta en escena del teatro de la opulencia. Buetti, al simular escarificaciones realizadas con un rotulador sobre el cuerpo de las modelos impresas, es capaz de ejercer una suerte de libre acción con el fin de negar, con el recurso de una elemental fractura del discurso, lo que toda imagen pretende hacer inamovible. Se trata de convertir esa ligereza con la que las chicas de portada intentan convencernos de su satisfacción inmutable, oponiéndola al dolor que heridas de ese tipo podrían provocar si hubiesen sido hechas sobre pieles reales. Lo

que Buetti elige es un camino disidente que, por un lado, funciona para autosatisfacer un cierto tipo de placer sensualista, como si la imagen de lo que corrompe o limita fuese el único camino para quien no puede localizarse en la afirmación que aquel nuevo tipo de opulencia tardía brinda. Imágenes que potencian nuestra libido y nos convierten en una clase extraña de buscadores de goce en el horror de ser lo que no podemos ser. Por otro lado, Buetti convierte en creíble la posibilidad de que todo placer, así sea el configurado dentro de una simulación a ultranza, sólo pueda permanecer si se le mide no en función de las satisfacciones que brinda, sino de la cantidad de dolor que pretende ocultar.

Monstrorum político

Bestias

Y fíjese, este bípedo de acá, sobreviviente de días y noches de muchísimos colores, está convencido de que todo posee ya su nombre y considera inamovibles las clasificaciones de las cosas en el mundo. Y seguro de esto, se cree a sí mismo normal y a lo que le rodea, normalizado. No hay nada más tranquilizador en su sueño indubitable, en su continuo no-sospechar. Cualquier desviación de la norma no hace más que reforzarla y, ya sabemos, transformarla en próspera confianza.

Seguro se lo decían todo el tiempo desde chiquito: no hay que posar los ojos en los que son distintos de uno, pues se les puede hacer sentir mal. Existe la normalidad y lo demás es algo secundario. Y así, a fuerza de no ver terminó por aceptar que lo que parecía extraño no debía haberlo sido. Por supuesto no deja de turbarse al pasar junto a un niño con su quinta pata en la espalda y la sexta en la coronilla o al lado de ese tipo que chilla en el metro y hace sonar una moneda contra la textura del envase de un viejo Orange Crush, mientras nos enseña su cuello repleto de

hongos y cicatrices. Pero semejantes miserias son, según su limitada visión, pan de todos los días y no se va a solucionar nada desde la complicidad. Para él es definitivo que estos seres anti-estándar pertenecen a la gran familia de los anormales, excluidos de los manjares del micro poder que tan bien ha descrito Michel Foucault: el circo de los que 'no deben ser' está definido por su práctica íntima de un hacer político.

Es posible que la criatura de la ciudad actual, un ser de prestaciones y horarios, tolere la desviación más de lo que sus padres lo hacían y, por lo menos, la idea de incluir a los otros en un mismo espacio se ha convertido para él en una buena intención ya manifiesta. Sin embargo, cuando se trata de defender el territorio de las ideas personales, esta tolerancia cívica prefabricada retoma su cauce depredador. No hay ahí diferencia que valga y un ordenamiento distinto del mundo provoca la ruptura del orden. Y quizá, en casos extremos, la guerra.

Nuestros bestiarios físicos (manicomios, prisiones, etc.) están repletos de seres producidos por esta administración del poder, de la misma forma que los bestiarios imaginarios del siglo XVI y XVII mezclaban lo científico con lo fantástico. Más allá de describir un orden natural, señalan una organización determinada de las mentalidades. Clasificaciones que solo deben sustento al desarrollo de una política. Y claro, pues de eso trata la política; perfecciona jerarquías que permiten en algunos sitios la ausencia de un discurso y facilita la inclusión de sentido en donde no lo había.

Según Aristóteles, todo hombre es un animal político y esta nació al mismo tiempo que la razón; entonces lo que llamamos moralidad y bien, belleza y necesidad, no son más que normalizaciones forzadas del poder de la razón imperante (sí, es probable que ya lo sepan, pero ¿no es bonito volver a oírlo en boca de un Don Nadie como yo?) En todo caso, no creo que la política se dedique en todo

momento a preservar la paz excluyendo lo que se supone innecesario. Si la "buena costumbre" (que también es una política) niega las demás costumbres, como el lecho de Procusto en el que se cercenan las partes del cuerpo que no caben en su superficie, el conflicto se avecina. La frase romana *si vis pacem, para bellum*, 'si ves paz, prepara la guerra', en estos casos debería decir; si ves política, prepara la guerra. O mejor dicho: prepara los postulados, las fijaciones, con las cuales no se llega sino a la batalla.

Ubú por doquier

(Coro: Hurra. Cuerno-de-culo. Viva el padre Ubú.) Hace tiempo grabé una secuencia televisiva de Diego Fernández de Ceballos insultando a un reportero. Luego de verla varias veces, congelé la imagen de su rostro en el punto que me pareció representaba mayor ira. Sus ojillos eran los de una especie de fiera con un hambre incontrolable. Cada uno de los cabellos de su tupida barba apuntaban a su presa, amenazándola con sus puntas filosas como lanzas… Es cierto, algo un poco ridículo basado en el deseo predador. Y a mí también me desagrada su moralidad intransigente. Pero no descuido que su política de la amenaza pertenece a las mismas políticas del amor a la patria o a la familia, del *gracias*, el *por favor* o el *buen provecho* nuestros de cada día. Todas ellas poseen un objetivo moral similar en estructura. Lo que, en todo caso pasa con Ceballos es que nos hace reír por medio del exceso. Casi parece que lo hace a propósito, como si se auto parodiara. Como si se burlara de sí mismo para tener alejados a los que le pisan los talones. Muestra sus dientes, suda y casi hace cabriolas para convencernos de que si se cierra ante la crítica lo hace graciosamente y que, si no le fue dado ser el rey, por lo menos puede ser un saltimbanqui de la amenaza, un hábil piruetista parlamentario de intereses más bien oscuros.

De cualquier forma insisto en que un político así solo puede ser nuestro triste reflejo. Basta levantar la vista y mirar por encima del papel. Ya está frente a nosotros (si es que tiene usted alguien a la mano para echarle sanamente la culpa, hágalo ya, lector): un Rey Ubú peor que el de Jarry. Él o ella han mentido para subsistir, han tergiversado, según su conveniencia, el sentido de lo que creían llamándole a esa estrategia 'convicción autónoma', se han victimizado para triunfar y, para colmo de males, se burlan de todo lo que les rodea. En una palabra; se han parodiado a sí mismos con una agudeza que ya querríamos ver en los mejores promotores del caos. Si se trata de Ceballos, de Elba Esther Gordillo o de nosotros mismos, la diferencia no es tan radical como quisiéramos suponer.

McLuhan tenía razón al parafrasear a Ionesco: no vivimos sino en una "farsa trágica" desde que sabemos que somos vigilados y que debemos, ante esa mirada invisible, representar un papel. A veces presentimos el absurdo, pero no tenemos fuerzas más que para seguir de largo. Y claro: "El hombre gracioso como payaso profesional se pone la máscara social de un agravio colectivo." Es decir: se convierte en nuestro representante.

De vez en cuando deberíamos aceptar, entre una clasificación y la siguiente, que si alguien tratase de conformar un bestiario (un *monstrorum*) que tuviera como criterio para su organización las formas grotescas del hacer político en nuestra época, nosotros deberíamos por fuerza estar también incluidos como los seres contrahechos que las permiten y las reproducen. Y quizá, si aceptásemos que lo nuestro no debe necesariamente ser 'normal' sino tratado con la misma fuerza con la que negamos lo 'anormal', los conflictos más violentos se posterguen para realidades menos vulnerables.

El festín de los *neo-monstruos*

Apocalipsis para todos

¿Se divierten, niños?... Sí, pues si uno acerca la mirada lo verá: un hombre desgarrado cuelga de la marquesina de un McDonald´s. Sangra copiosamente mientras un buitre hunde el pico en su sexo. Pero eso no es todo, pues delante de la construcción en ruinas el caos se reproduce de formas extrañas. Un cuerpo sin vísceras en cuya cavidad estomacal se encuentra un cráneo; una mujer con medio esqueleto fuera de la piel se dirige hacia ningún lugar; un hombre con cara de mono, en cuyo regazo se encuentra la cabeza cortada de un moribundo que abre la boca y los ojos como si estuviera afligido por su mala suerte. Y cientos de buitres arrancando pedazos de la carne humana esparcida por el suelo. Nadie puede decir la causa de lo sucedido ahí, ni si tiene sentido una masacre de tal magnitud. Lo único que sabemos es que ocurre.

La anterior no es ninguna escena de calamidad real –legado en nuestra memoria que replica los siniestros ocurridos en todos lados– aunque se le parezca mucho. Se trata de uno de los dioramas de los artistas Jake & Dinos

Chapman *Arbeit McFries* (2001), en clara alusión a la frase *alemana Arbeit macht frei* (*El trabajo produce libertad*) colocada a las puertas de los campos de concentración nazis. Los hermanos Chapman, asumen su producción desde una mirada infantil, siempre al tanto de las imágenes que pueden observarse en cualquier diario del mundo y que alimentan nuestra creatividad y nuestro buen ingenio –recuerdo un dibujo realizado por mi hermano, a sus escasos seis años, que representaba el cuerpo desnudo de una mujer con dos cabezas y repleto de sangre.

Y es que a ninguno de nosotros nos es difícil imaginar lo que sería de los sitios que habitamos si alguna catástrofe se precipitara sobre nuestro optimismo cotidiano, con sede en esos pasillos perfectos de los centros comerciales o en las blancas paredes de las galerías. Cuerpos mutilados o aberraciones genéticas; monstruos con miles de ojos y senos o falos descomunales. Justo las visiones apocalípticas que Jake & Dinos Chapman y otros artistas conciben como descripciones puntuales del mito de la catástrofe que aguarda todo ser humano.

Si clasificáramos arbitrariamente algunas de estas piezas de arte contemporáneo –a la manera de los bestiarios del siglo XVI y XVII en los cuales se mezclaba lo científico con lo fantástico– nos daríamos cuenta de que con ello es posible realizar una especie de nuevo *monstrorum* de la ironía y a la vez del placer que cierto tipo de horror produce en nosotros: acostumbrados espectadores del llamado terrorismo mediático. Después de todo, la ceguera frente a la inminencia del desastre comienza a parecer inalcanzable, si pensamos que todos llevamos dentro un terrorista en potencia, cada cual con una cantidad inmensa de posibles tragedias en mente.

Víctimas o verdugos, todo aquel que haya moldeado estas pesadillas alguna vez, le debe reconocimiento al hecho de pertenecer a una cultura basada en el miedo. Monstruosidades genéticas como en los hermanos Chap-

man; o los seres caricaturescos con la pija de cubo y la cabeza de tomate, obra de Paul McCarthy; o los extraños entes extirpados de la mitología del anime japonés de Takashi Murakami, etc. Cada uno de ellos responde a obsesiones que configuran una mitología personal del desarraigo. Luego de saberlo, el problema se centra en de cuál de todos los Apocalipsis en desarrollo debemos ser participes, ahora que creemos por fin en haber comenzado a adaptarnos a la idea de diversidad, hoy que un complaciente anti-inconformismo baila *electro clash* sobre las víctimas del desastre. Quizá de ninguno, del que nuestro deseo mande. Algo así como cambiar de fiesta, como ir al supermercado.

Siempre es posible ir más allá

¿Se divierten, niños?... Sí, porque los juguetes han revelado su verdadera inclinación y tienen sexo con las princesas japonesas. Sí, pues los *freaks* sirven de cojines sicalípticos a las adolescentes que los crían con esmero. Sí, porque los hombres se autoexcitan con los brazos que ellos mismos han amputado. Porque en la ilustración erótica de Toshio Saeki, en la cual las fábulas tradicionales japonesas se mezclan con escenas de la vida cotidiana, se rompe todo tabú. En ellas los seres que interactúan con las bestias, tan parecidos a cualquier caminante callejero de medio día, lo hacen con el mismo grado de crueldad. De pronto, en algunas de sus imágenes, los monstruos han desaparecido. Son el padre de familia o la niña quienes someten a su voluntad enfermiza a todo lo que les rodea.

Las representaciones mediáticas de violencia, desde las cuales algunos creadores han construido un imaginario cada vez más extremo acerca de la combinación de males contemporáneos, ha conseguido llegar en Japón, con el llamado *ero-guro* (género manga de sexo grotesco), a un punto al que difícilmente ningún artista occidental logró

arribar. En los dibujos de Toshio Saeki o de Suehiro Maruo, las aberraciones se ligan a los más altos preceptos sostenidos por una moral que, si bien se ha puesto cada vez más en tela de juicio, había podido mantener ideas como la de *familia* o la de *búsqueda del bien* prácticamente intactas. Al ver una sola estampa de Saeki el problema toma cauces estremecedores. Es probable por ello que aquella mujer, en uno de sus dibujos, rebanando el cuerpo de un moribundo mientras espera la ebullición del té verde para completar la cena, piense que en el fondo lo opuesto del mal no sea el bien sino, por el contrario, la locura.

Pesadillas del buró

Ocio puro

Nunca pude completar una de esas torres de naipes cuya edificación nos legó el ocio de nuestros antepasados. Algún amigo, invadido de voluntad pedagógica, me explicó una vez que el truco consistía en doblar ligeramente las cartas, de tal forma que cada una de ellas se sostuviera sobre su propia base curva. Cuando lo intenté de nuevo me di cuenta de que ninguna técnica le quitaría lo aburrido al empeño: a punto de terminar, derribé la estructura en pleno uso de mis facultades mentales y me fui a hacer otra cosa.

Ese era mi problema y no otro; el renovado hartazgo en mi ánimo, luego de unos minutos de intento. Aquella minuciosidad no valía la pena, pues el resultado era previsible: una construcción desangelada, mini piedra de Sísifo hecha para su destrucción sin sentido y eterno reinicio. El aliciente era tan vano que ni siquiera me podía imaginar orgulloso, al final del esfuerzo, gracias a haber generado en el espacio un patrón de elementos tan común como la superposición triangulada de cartas, cuya conclusión sólo indicaría mi propio vacío. En este caso felicité a mi volun-

tad -–o a su ausencia–. Mejor un buen póker o, ya de perdida, un solitario.

Y es que a veces lo monstruoso aparece en este tipo de formas simples, como en una pesadilla: *¿cuántos pastos tiene el jardín?* –pregunta con voz de Heidi un osito con dos círculos rosados en los cachetes–. *No lo puedo saber, osito* –le respondo casi con la misma candidez–. Sin embargo, el animal se ha transformado en una especie de *alien* y me amenaza con sus fauces multiplicadas. Comienzo a contar, lleno de terror, deseando despertar cuanto antes. Cuando voy por el pasto dos millones trescientos cuarenta y pico, pierdo la cuenta. 1,2,3…

Cuando lo tenga todo, no regrese

Hace unos días debí enfrentarme a una visión así de pesadillesca, pero en la realidad. Otro de esos palacios burocráticos construidos en el aire me cortaba el paso de nueva cuenta. Y digo de nueva cuenta porque, si a algo nos hemos acostumbrado los seres de ciudad, es a que todo acto debe ser antecedido por trámites en los cuales hay que hacer largas filas, sellar papeles, engraparlos, fotocopiarlos, reorganizarlos en monísimos folders, regresar varias veces porque así se les da la gana a los funcionarios y varios etcéteras que solo uso aquí con el fin de que no me vayan a hacer formar de nuevo en algún lugar. Esto para que al final, si alguno de los pasos no se cumple, todo lo demás carezca de importancia. Uno resiste hasta donde le es posible con una paciencia bovina, con tal de no caerle mal a la recepcionista o empleado, pues con ello podremos tener la seguridad de que las complicaciones se multiplicarían de manera exponencial, como las quijadas con dientes afilados de ya saben quien.

En mi caso, luego de gestiones varias, de informaciones cruzadas y ruegos por triplicado, se me negó el acceso al sistema con un argumento de hijo bobo. Todo a causa de que no había respetado una de las fechas acordadas.

La visión de los naipes volando en el aire en cámara lenta apareció frente a mí como en una mala película de planos superpuestos. Imaginé la respiración contenida de Joseph K., personaje de la novela *El proceso* de Kafka, en el momento de enterarse de que su largo recorrido sólo valió para hacerle regresar al lugar en el cual había comenzado. Imaginé también a Camus sobándose las líneas de expresión de la frente.

Salí de la oficina con una especie de hipnotismo incrédulo, suponiendo brevemente que el asunto era pasajero y de fácil solución: bastaría con tocar las puertas adecuadas, perfeccionar mis argumentos o ir con un consejero espiritual que me dijera cómo continuar. Pero no, ya lo sabía; un mínimo error había sido suficiente para convertirme en invisible ante la institución. *Hay un punto de no retorno* –recordé que me había dicho uno de los informantes, como si con eso pudiera resolver de paso cualquier tesis filosófica, paladeando además las palabras como si fueran de chocolate–. Cuando al final se levantó de su asiento para hacerme saber que nuestra conversación había llegado a su fin, me miró con lástima, pues ante sus ojos yo había perdido cualquier privilegio a causa de no haber acatado la norma. Ningún argumento era más fuerte que ese. Era una pena, pero no había otra cosa por hacer.

Un *alien* racional

Me desperté de aquella realidad con un coraje destructor, el estómago amarrado y ganas de pegarle al primero que me preguntara la hora (cuando pensé en Max Weber fue que me comenzó el tic en el ojo izquierdo). No había marcha atrás, pues yo había comenzado el juego y, desdichadamente, lo había perdido gracias a que no se me ocurrió, como en el caso de la torre de cartas, una honrosa renuncia a tiempo antes de que mi inhabilidad frente a la estructura y las reglas burocráticas implacables me obligaran a clau-

dicar. Pero el gran problema era que la pesadilla no había terminado: lo que más me amargaba la tarde era recordar que muchos de los sistemas del poder están hechos así y todos nosotros acatamos sus normas para no vernos en la triste situación de presenciar cómo el osito se transforma en el ser de las mil mandíbulas. Y todo en nombre del racionalismo y de la buena onda. En el fondo la estructura sobre la cual se sostienen nuestras urbes es la amenaza constante y la falta de explicación sobre el sentido de sus sistemas. Claro; un poco a causa de la hueva ciudadana que nos impide hacerlo notar cuando las cosas todavía son mejorables y otro mucho por falta de estrategias claras de información de parte de las instancias.

Luego también por el robustecimiento moral de una burocracia que todo lo complica de más y sin saber muy bien para qué. O sí, sí lo saben: para no perder sus escasos privilegios, o también para calcular los accesos posibles a la estructura que manipula las decisiones aplicadas a una nación.

De cualquier manera, hay un peligro todavía mayor: que los afectados por esto nos convirtamos en reproductores. Al final somos nosotros mismos los que depositamos los huevecillos necesarios para que la complicación burocrática se siga reproduciendo. Nuestro coraje inconsistente no nos hace sino aplicar el nada democrático "ojo por ojo", y a veces quien debe pagarla es otro incauto más en la estructura trenzada de poderes.

Cuando pensé en esto el ardor cerebral ya aminoraba: suficiente confort para buscar un atajo mental. Pensé en las prisiones burocráticas. Pensé que yo caminaba sobre la acera con rumbo a una cervecería y que lo peor que me podía pasar no me había pasado aún. Me di cuenta de que convivir con la pesadilla no me impedía tomar mis propias decisiones, así que me alejé de ahí a toda prisa y los dejé atrás con su papeleo y sus angustias rutinarias. Ya encontraría yo alegría en otro sitio. En todo caso, eso es lo que uno no debe dejarse arrebatar.

El *reven* o la post-fiesta

Muestra 1

Yo presentía que la cosa iba a ponerse caliente. Cuando a mí me empujaron, caí en los brazos de un tipo envuelto en una bata de terciopelo negro, adornada con olanes estilo casaca del Sargento Pimienta pero con calaveras troqueladas en los botones y unos prendedores plateados con unas cadenitas rojas muy monas. El rostro blanco, el cabello al estilo de Robert Smith, pero como si éste hubiera recortado tan sólo un par de veces en todo lo que va desde los ochentas a la fecha sus mechones ensortijados. Me miró con ojos de fuego, mientras yo le aseguraba no haber sido el culpable del empujón. *Yo soy sólo un juguete de la inercia* –le dije, confiando estar frente a un *darky* sensible a la razón, comprometido con un *Yo es otro* simbolista desde el cual pudiera perdonar el color azul de mi camisa.

La gente bailaba *slam* en un cuarto de no más de siete metros cuadrados, parte de un antro ubicado en el Centro Histórico. El piso retumbaba como si le estuvieras aporreando las costillas al esqueleto de una vaca en-

clenque. Imaginé la cara de todos, perplejos ante nuestra propia caída, cuando el piso de estropeada madera se viniera por fin abajo, acabando con toda esa furia convertida en necedad y zapateo (boteo, *in strictly sense*). Antes de que siguiera imaginando más catástrofes, las circunstancias me regresaron a la realidad más concreta: ya había bronca en una de las esquinas del lugar. Según lo que se pudo entender en medio del griterío, un tipo había torteado a la novia de otro tipo en plena locura del baile –podías estropearle de un puñetazo toda la endodoncia, pero no se te ocurriera tocarle una nalga. Al grito de *La revolución somos nosotros,* los celos mexicanos habían pesado más que las consignas de *Anarquía para todos,* impresas –eso sí– en unas playeras de fingido estilo proletario. Y se armó la trifulca; en tanto Alien Sex Friend cantaba desde unas bocinas colocadas en el fondo algo que ya nadie pelaba, todos alegaban enardecidos, desde los punks de penacho pacifista, hasta los zombis de pupilentes y garras de alpaca en las manos regordetas.

Fuera –grité. *¡Fuera, fuera, fuera!* –gritaron conmigo frente a mi propia incredulidad, pues aquella fue la primera vez, acaso la única, que he sido capaz de inaugurar un griterío colectivo. En unos cuantos segundos todos, salvo los aguerridos defensores de su propia ira, gritaban para que los que habían amenazado con el resquebrajamiento de la hermandad conseguida gracias al loqueo multitudinario, nos permitieran seguir con el rito pacífico de rebeldía, la diversión, la buena onda. Entonces llegó la seguridad; poli-punks con la leyenda de *seguridad privada* en el gafete –eufemismo coercitivo para no tener que decirte directamente que estás pisando propiedad privada– algunos de los cuales son capaces de hacer cosas peores que cualquier policía política entrenada por la CIA. Y así, con una efectividad de *calidad total*, los tipos promotores de la gresca desaparecieron, literalmente,

tan sólo ser tocados por los guardianes de la ley y el orden de aquel refugio para el reven libertario. Y en tanto yo imaginaba que quizá los irían a llevar a unas mazmorras para torturarlos y hacerles confesar alguna ridiculez, una chica con la boca chorreando sangre artificial me suspiró al oído:

– ¡Qué alivio!

Muestra 2

Debajo de la lona que cubría la alberca de la casa de Tepoztlán, la gente conversaba. Bien, o sea, buena peda, buena onda. La mota se fumaba libremente, claro, y yo iba de bolita en bolita intentando que me rolaran algo de su inspiración. Había gente nadando, además. Y claro; para qué carajo quieres una alberca si no la vas a utilizar. Así que la gente se lanzaba a la menor provocación, salpicando lo más que podía a los que aún mamoneaban afuera con chela, whisky o coctel en mano, de tal manera que para las doce y cuarto de la noche, media fiesta era celebrada ya entre ropa mojada, con pezones endurecidos y griterío emocionado.

Yo, que nunca he sido muy sociable, reservaba mis mejores fuerzas para lo que quedaba de la noche. Siempre, aunque sea en las condiciones más autistas, puedes esperar que algo inesperado ocurra. Incluso que una tipa te tome de los cabellos, te lleve a algún rincón y te pida que termines la noche con ella. Cuando yo hice algo así, alguien más interpretó que yo había intentado violarla. Pero yo aclaré que no tengo problema con la hermenéutica de la seducción, siempre y cuando ésta pueda enfilar su interpretación hacia la mezcla igualitaria del deseo de ambos –o más– participantes, y que a la vez ello no te conduzca hacia conversaciones estériles sobre compromiso, responsabilidad, culpa y esas cosas.

Sin embargo, conforme el tiempo avanzaba, el grupo de los no-mojados disminuíamos en cantidad. Una asociación de partidarios de las relaciones humanas de *swimming pool* había ganado la adscripción de la mayoría, lo que provocó que la posición en la fiesta se negociara entre púdicos e impúdicos, entre la acción de traje de baño y la inmovilidad de choro borracho y seco.
Y, como era de esperarse, me ocurrió a mí también; ese temor a la soledad, ese disgusto con uno mismo por no haber sido capaz de incorporarse a tiempo a los otros, pues así uno resulta ser blanco fácil, ajeno a grupo que le proteja, indigente de las estrategias de lo colectivo. Y, ¿qué más daba, si yo siempre he sido un loco, si a pesar de mi lejanía con respecto a algunas estrategias de inclusión, he jugado las tácticas del exiliado exhibicionista? Retiro las canicas, las más brillantes y que nadie pela. Otra; retiro las canicas más feas y las embellezco para que luego me las envidien. El poder es deseo del centro; desde la periferia, el esfuerzo necesario para conseguirlo. Hasta los marxistas más recalcitrantes lo saben bien.

Además, dentro de la alberca ya estaban dos tipitas que podían bien atenderme con su sexi-reven-post-mexicano con perspectivas de convertirse en lucha enlodada a tres caídas. ¿Qué estaba yo haciendo ahí, pues, en la defensa de mi conversación borracha con otros tipos iguales de infames que yo? ¿Defendiendo qué? ¿Mi autoproclamada sequedad, mi amor propio, la máscara que me colocaba para vindicar mi no-inclusión? Ahí, *adentro* o *afuera* eran ideas irrelevantes. Con todo, algo me detuvo; las miradillas de reojo, desaprobaciones que en realidad eran retos de inclusión para ver si uno negociaba o no, si era lo suficientemente empático para devolver una señal de pertenencia. Y éstas eran tan simples, que bastaba emular uno o dos gestos para que los otros se sintieran parte de ti, y tú de ellos. Conjugaciones gestuales, roces sutilmente impuestos. Así que la negación de un lugar como ese, re-

presentante de las fortalezas y aspiraciones mediocrizantes de la clase alta y de quienes la siguen con la intención de obtener las migajas que poco a poco se convertirán también en una pequeña fortuna, era sencillamente irse, no pensar en ello, acaso arruinar de alguna forma toda aquella algarabía, aquel ritual de la frivolidad que negociaba estrategias de inclusión y formulaciones para el futuro. Pero claro; por otro lado cierta candidez inunda los discursos de quienes suponen que esa negación no está a su vez inundada de deseo. Así pues, el deseante radical, inaugura un nuevo centro con la esperanza de que gente del mismo estilo de pensamiento asista a su *fiestecita*.

Por eso también pienso que decir lo que hice acá, si me tiré o no a la alberca, si decidí quedarme ahí, si al final me esfumé, es intrascendente, en la medida en la que se espera un posicionamiento que de cualquier manera será banal en un contexto como ese. ¡Já!

Intermedio de política anti-reven

Le dije a J. –investigador del COLMEX– que algunos años antes había intentado arrojarle a H. –dueño de varios restaurantes en la colonia Condesa– una botella a la cara. Lo hice porque había pensado que H. me había insultado. ¿Me había insultado? Chale; no lo sé. Dije que había fracasado en mi tentativa, pero en realidad no fue así. Lo que pasó fue que, a pesar de mi mala peda, arrojé la botella por la ventana del departamento ubicado en un cuarto piso, confiado en que a esas horas de la noche nadie estuviera pasando por ahí. No quería destruir las facciones de mi compañero, sacarle un ojo, o algo así, por lo cual me arriesgué a hacerlo con un desconocido. Deseaba tan sólo exhibirme, representar mi molestia, actuarla de tal manera que se dijera de mí; *pinche loco no te metas con él*. Si hubiera querido, habría atinado…

Luego, más tarde, cuando hablábamos de otra cosa, pensé que J. me había insultado. ¿Me había insultado?

Tampoco lo sé. Pero no le arrojé nada. Sólo le dije que era un pendejo y me largué a dormir.

Muestra 3

¿Fifí? Ajá, o sea, coca. Ah, sí, claro. ¿En el cuarto, o en frente de todos? Lo que hace la coca es devolverte una emoción perdida, un deseo de presente. Y lo hace parecer natural, como si se tratara de la reincorporación de tu propio ánimo. No es una droga de la amistad, tanto como de la negociación política. Restablece un centro en medio de la dispersión de intereses. Y en tanto más en tu pedo te sientes, más te puede llegar a gustar. Por eso con ella las pláticas fluyen, el deseo de hacer cosas, de bailar o gesticular con los otros. Y por ello, también, el bajón es la mierda. Porque el aliento pierde de nuevo aire y gana una breve conciencia de las razones por las cuales así se queda, desinflado, la mayoría de veces.

El reven-reven se había acabado ya, así que las líneas eran para los pocos arremolinados alrededor de la barra de la cocina del lugar. Las de esa vez estaban enfiladas sobre un platón azul laqueado, una para cada quien por ronda. El dueño disponía, contadito todo. Y, claro, en el piso las señales de la clase de reven-trash vivido entre colillas de cigarro, latas, papeles, mugre pegada a los restos de trago caídos sobre el piso de mármol y gente dormida. Residuos. Un Dj loco, que de vez en cuando iba hacia nosotros para meterse una línea más y colar algo de sus teorías de política ficción, programaba electro y euro dance. Y así, el otro día llegó como siempre, sin sorpresa, sin mucho qué agregar. ¿Faltará decir que todo se trasladó a la azotea, que algunos terminamos durmiendo en el cemento, que la coca siguió dando de sí? No creo. Tampoco que daba igual que el amanecer nos encontrara más viejos que el día anterior.

Todos somos indios, neonacos o *alien invaders*

El azul y el *buenasnoches*

Ya sea como víctimas o como verdugos, a los mexicanos nos queda mucho por revisar acerca de nuestra sospechosa aleación: la del mestizaje. La palabra es una de esas que dicen todo y no dicen nada al mismo tiempo, pues, ¿no somos ya todos seres mezclados? ¿Quién puede nombrar a algo, a alguien puro?

Desde la guerra de independencia (y con ella nuestra jerarquización oficial como *mexicanos* hasta nuestros días), deambulamos entre lo indio y lo caucásico, entre lo hispano-árabe, lo negro y lo náhuatl, entre lo *azul* y lo *buenasnoches*. La idea de lo mexicano amalgamó casi todo lo que no declarara ser otra cosa o lo que no tenía espacios para hacerlo entender. Su nacimiento ha sido un parto complicado, casi crónico, que si no hubiese sido tratado desde la medicina preventiva del nacionalismo, probablemente hubiese devenido en aborto, pues de lo que se trataba a toda costa era de homogeneizar un país fragmentado y en constante pugna.

A partir de su uso indiscriminado, lo *mexicano* siempre sobrellevó ambigüedad: se hablaba ya en algunos ámbitos del glorioso pasado indígena, al mismo tiempo que

se negaba en las primeras sesiones del Congreso Constituyente de 1824 la inclusión de la palabra "indio" en el lenguaje oficial, por considerar que el término provocaba la desigualdad. Como lo señala Carlos Montemayor, José María Luis Mora justificaba la decisión argumentando que una nación progresista no podía basarse en "…los cortos y envilecidos restos de la antigua población mexicana." Con ello se les negaba el derecho a existir de forma legal como culturas propias, pero sobre todo, se les privaba de la facultad de poseer territorios acotados culturalmente y administrados desde la propiedad comunal, tan mal vista por los ojos liberales.

Hasta la abolición de las castas en el siglo XIX el asunto era un complicadísimo juego de engranajes, con clasificaciones precisas para cada tipo de mezcla que le dejaban claro a cada quién el papel que debía representar en una comunidad obsesivamente estratificada. Sin embargo, todavía antes de la década de los 30's en el siglo XX, como lo ha señalado ya Federico Campbell, se dividía a la población registrada en los censos en: criollos (16%), mestizos (54%) e indios (27%).

Fue hasta fechas recientes que se pasó de un racismo explícito a uno disfrazado y más conveniente para el estado moderno: *todos somos mexicanos y miembros de una misma cultura. Todos, de alguna forma, deudores de nuestro pasado casi indio* (desconociendo, además, la fusión con las culturas negras) *pero también todo y todos, una especie de mezcla no bien determinada. Al mismo tiempo, entonces, todos deben decidir sobre la cultura de los otros, pues al ser un mismo pueblo, casi de hermanos, es necesario hacer el esfuerzo por erradicar prácticas que frenan el desarrollo de este país tan bello y con tanto potencial.*

Integrismo que al fin y al cabo conducía hacia resultados similares a los del racismo de antaño: Artaud relata, en un artículo escrito alrededor de la travesía que hace en México en 1937 y en la cual escribió *Viaje al país de los tara-*

humaras, cómo "la Secretaría de Educación Pública dirigida bajo la influencia de las políticas educativas vasconcelistas de la década pasada, funciona como vigilante y delatora en la práctica de rituales, no bien vistos por el estado mexicano por ser signos de barbarismo".

Alfonso Caso, Aguirre Beltrán o el mismo Lázaro Cárdenas, a pesar de las buenas intenciones, bloqueaban de nuevo el problema de los usos y costumbres vinculado al de la posesión del territorio. Si no se les reconocía como entidades independientes con una cultura propia, menos aún se les podía conceder el derecho de habitar propiedades particulares en donde se decidiera sobre estos espacios con un derecho distinto al configurado desde las lógicas de la nación mexicana.

Sin embargo, el problema del racismo no es sólo cuestión de la idea de raza sino que, además ha estado ligado a la dominación territorial. A partir del Renacimiento, Europa dedicó casi toda su fuerza intelectual a justificar la idea de que los europeos tenían derecho por vía divina o histórica a explotar los territorios de los no europeos. A los indoamericanos se les negaba la humanidad, por lo que se justificaba su expolio por parte de los españoles. En el Perú, José Acosta sostiene en su *De procuranda* (1579) que cualquier tipo de idolatría americana es demoníaca y por lo tanto necesariamente erradicable. La idea del diablo funciona para la época cómo catalizador; marca la diferencia entre quienes son poseídos por él y quienes no, atribuyendo características raciales al asunto, al mismo tiempo que permite la destrucción y apropiación de los territorios así como de los objetos de culto desde una excusa religiosa pocas veces cuestionada por los pueblos conquistadores.

Pero no bastaron algunos siglos para que las cosas fueran distintas. Las teorías de Gobineau y Chamberlain, portavoces del neoracismo europeo del siglo XIX, habían influido en el régimen mexicano de Porfirio Díaz, un indio mixteco que deseaba con fervor no serlo. Un "indio talquea-

do", cómo lo define Armando Bartra, pues cuentan que el personaje en sus últimos años de gobierno, para ocultar su color, se empolvaba el rostro –¿cómo no recordar la figura de porcelana blanquísima que el artista contemporáneo Jeff Koons hace de la imagen de Michael Jackson?– Aquellos pensadores sostenían que la raza caucásica era indiscutiblemente superior. En su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas,* el conde Gobineau argumentaba cómo la civilización europea era una creación de la raza aria (un extraño origen que ni los nazis pudieron aclarar con eficacia) y de la cual habían surgido las aristocracias de toda Europa ante las cuales había que someterse.

En México, el carácter que el régimen de Díaz quería proyectar era el de un estado progresista, acorde con las ideas positivistas de avanzada. Díaz manda llamar expertos extranjeros para que justifiquen la explotación de los trabajadores indígenas. Uno de ellos fue Otto Peust, un alemán que llega a México en 1903 con el fin de estudiar las condiciones del sureste del país y que es cooptado por el gobierno porfirista por sus "interesantes" opiniones. Otto, en un folleto publicado por la Secretaría de Fomento y después de un intento justificatorio sobre la inferioridad de las razas indias y su natural pereza, fue capaz de argumentar que dado que en México no se podía aplicar el exterminio casi total de los indios como se llevó a cabo en Argentina –utilizado con el fin de facilitar los terrenos para los inmigrantes europeos– lo mejor era arrebatar las tierras y forzar a sus antiguos dueños a que las trabajaran.[1]

Talco y presente

El mote de "indio" como estigma comienza a desaparecer (pocos intelectuales se atreverían a decir ahora que los mexicanos tienen un complejo ante la conquista espa-

[1] Bartra, Armando. *Los indios en la sociología prusiana del siglo XIX.* Ojarasca, número 32, diciembre de 1999. Suplemento de *La jornada.*

ñola, como alguna vez lo declarara Carlos Fuentes). Desde el arribo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional al ruedo de la política, muchos mexicanos han debido replantearse el asunto de la raza. Sin embargo, la polémica surgida en torno a la participación de los zapatistas en el Congreso de la Unión en el 2001 –y a la cual se opusieron distintos grupos parlamentarios– reavivó la discusión que mostró los colmillos de los legatarios de la discriminación: la aprobación de una reforma indígena que no respondía a los intereses sustanciales de las comunidades y que utilizó una manera de confrontación nueva, que no asumía su postura de frente, sino tejía alianzas en secreto y acomodaba discursos a placer. Detrás de esta neopolítica de dientes lavados y respuestas ingeniosas, se encuentran los prejuicios de siempre, los que hacen posible desde el cabildeo, generar coaliciones entre adversarios políticos, siempre y cuando se legisle a favor del bloqueo de grupos de los cuales se ha sacado provecho productivo y político a lo largo de los años. Esta necedad, lindante con lo funesto, al negar el derecho a la libre determinación, al no considerarlos como sujetos de derecho público sino como de "interés" público y al vetarles la explotación y disfrute de los recursos naturales, sigue desconociendo una evidencia primera: son ellos los dueños originales de estas tierras, y si no las poseen ahora es gracias a que les fueron arrebatadas (en gran medida a causa de las políticas liberales del siglo XIX, no muy distintas de las del XX y de las del XXI).

Pero el racismo no termina ahí. A pesar de que la clasificación del código genético ha sido una desilusión para los habilidosos inventores de teorías raciales, estamos muy lejos de erradicar el racismo *de facto*. Según la socióloga Olivia Gall, "…la raza en realidad es una idea; genéticamente no existe. Está absolutamente demostrado que 99.9% del genoma humano es exactamente igual en cada uno de los seres humanos que habitamos este

planeta."[2] Casi como decir que no hay raza. Y de cualquier manera el racismo se multiplica y se expande a la par de la fragmentación social. En un país en el cual la mayor parte de la industria y el aparato productivo son controlados por corporaciones europeas o norteamericanas, es difícil que no imperen justificaciones raciales. Se identifica el bienestar con una imagen europea; lo demás conlleva un dejo de fracaso. Por lo tanto, los nacos están en todas partes, no importa cómo se vistan o cuánto lleven en el bolsillo, siempre afearán las pretensiones esquizoides del *primermundismo* de casa. El naco es el mestizo sin *charming*, el que no ha podido despojarse de su imagen autóctona o, como dice Monsiváis, "*la sangre y la raíz indígena sin posibilidades de ocultamiento*." En cierto sentido, nacos somos casi todos, pues la mirada vigilante de nuestro hermano político siempre estará ahí para hacer notar lo que a sus ojos es un desperfecto arcaico, anti *avant garde* cultural, que haga evidente nuestra pertenencia y ya de paso nuestro fracaso como país.

Sin embargo, existe un proceso de decantación que camina en sentido inverso; el del reconocimiento de lo poco que nos queda de identidad a los habitantes de las ciudades. El *neonaco* asume su mixtura. Es un híbrido insolente que busca la provocación, que se pasea por las calles de Bruselas con una camiseta del América, que mezcla música norteña con ritmos electrónicos, que se va para el *otro lado* y se tatúa un guerrero azteca en el pecho. Asume los objetos de culto del racismo mexicano y los emplea para desmitificar, para reconstruir una identidad basada en la apropiación no por decreto, como en el caso del *mexicanismo* chovinista oficial, sino por asimilación natural.

Y es que en los lugares en los que la cultura peligra es en donde la identidad se afianza. El *otro lado* se ha convertido quizás en el referente que ha acentuado la identidad

[2] Amador Tello, Judith. Stavenhagen, Martínez Montiel, Olivia Gall: *La mexicana, una sociedad racista.* Revista Proceso No. 1279, 6 de mayo de 2001.

nacional de algunos, pues entre más cerca se está del límite geográfico, más se evidencia el problema de los límites propios y más fácil se hace la definición. Las comparaciones hacen evidencia: *no me puedo parecer a lo que no soy, por más esfuerzo que haga, es imposible negarme a mí mismo. Siempre seré otra cosa.* Entonces se elige por lo que determina, aún si ello es motivo de sospecha. En eso se basa el miedo al otro. En la imposibilidad de controlar el territorio político del cuerpo y de la cultura. En la amenaza que representa sobre el territorio del *mismo* y sus ideas. El psicólogo Daniel Sibony sostiene que el racismo opera cuando el *otro* se vuelve hacia lo mismo, regresa a lo mismo, y por ello nos altera, nos vuelve distintos de nosotros mismos, y desata en nosotros la angustia inherente a la relación con el Otro que en nosotros mismos nos inquieta.

El calificativo *alien invaders* que algunos rancheros de Arizona y California dan a los cientos de mexicanos y centroamericanos que ingresan diariamente –y a quienes luego intentan cazar como presas, anunciando por internet el asunto como si se tratase de un deporte– muestra un desprecio racista impactante, pero también un miedo al otro rayano con la estupidez sin recursos políticos adicionales. No es raro que muchos de esos verdugos iracundos tengan ascendencia latina y sus padres hayan sido inmigrantes que lograron la estadía y que educaron a los hijos en los ideales del caduco *sueño americano*. Es la posibilidad potencial de ser el Otro lo que les aterra. Rodolfo Stavenhagen aclara esto cuando hace la diferencia entre tolerancia y pluralismo. Y es que mientras la tolerancia hace un esfuerzo artificioso para que el *otro* viva en su lugar y de ahí no se mueva y no afecte las ideas del *mismo*, el pluralismo permite el intento de comprensión de lo que el otro tiene para decir, al aceptar que es en la diferencia reconocida donde se funda cualquier posibilidad de convivencia.

Es así que a fuerza de encuentros y de choques, de negaciones constantes a las que una comunidad diversa

(reconocida o no) nos obliga, la identidad armada de dobles discursos y de ambigüedad de los mexicanos –como la de muchos estados-nación–, está comenzando a hacerse preguntas. Muchas de ellas relacionadas al origen, a lo que nos permitió permanecer; al reconocimiento de las diversas fuerzas que nos conforman; pues lo que resulta en el juego del racismo, en el juego de suprimir lo ajeno, es que –ingenuos seres etnosuficientes–, negamos a la vez lo que el otro –lo que *lo* otro– guarda de nosotros mismos.

Virna; la mujer marcada

Vivir; una cuestión de fe

El periódico *Extra* de Costa Rica lo afirmaba. Así que yo lo dudé aún más. Virna poseía señales sobre el cuerpo; Virna era una especie de libro escrito; Virna estaba marcada.

Cuando la conocí, en pleno Zócalo del D. F., ella misma repartía fotocopias del artículo en el cual se decía esto. Entregaba los papeles a los paseantes sin el menor gesto de duda, con una convicción casi religiosa, como si esperara que creyeran palabra por palabra su discurso alucinado. Había un grupo de gente alrededor suyo. La escuchaban, pues a pesar de los harapos, Virna parecía perfectamente normal. En el piso estaba un cuaderno en el que, según ella, estaban dibujadas sus visiones. En la primera hoja era posible distinguir un camino dorado sobre el cual una mujer casi transparente caminaba. La figura se dirigía hacia una especie de retablo con santos a los lados. Debajo de todo esto estaba otra mujer en cuclillas y junto a ella algo así como un infierno con todo y sus hombres calcinados. ¡Qué maravilla! –pensé– ya tenemos acá a otra alucinada

que nos quiere mandar a todos al infierno, mientras ella disfruta de los placeres paradisiacos de sus elucubraciones. ¡El negocio de la humanidad, sin ir más lejos!

Sin embargo, decidí quedarme para escuchar algo más de lo que decía y tomar algunas fotos suyas con una cámara que siempre llevo conmigo para esta clase de imprevistos. Virna no hablaba de llagas, ni de heridas, ni de cosa parecida, sino de señales. Mostraba, sí, la palma de la mano e indicaba con el dedo una serie de líneas entrecruzadas que, según ella, representaban un rostro grabado por un ser invisible sobre su piel. Cuando puso la mano frente a mí, me miró esperando una respuesta. ¿Lo veía? ¿Era yo capaz de rescatar esa imagen del simple viaje esquizo y hacerla real con mi reconocimiento? Dar fe, se dice ¿no? La tipa me miraba a los ojos con ansiedad; exigía, casi pidiéndolo por compasión, que dijera que sí, que yo veía en esa red caótica de arrugas, un rostro, aunque fuera pequeñito. Y casi estuve tentado a decirle que no. Pero, ¿cuántas cosas negamos o afirmamos sólo para hacer política? Buscamos la aprobación de los otros, intentando a la vez convencernos a nosotros mismos. –¡Por supuesto, ese grupo de música es terrible! –Aunque repitamos en secreto sus tonadas–. Claro –le decimos al amigo– aquellas nalgas de plástico son lo que necesitarían nuestras inquietas manos –sabiendo que se sienten como un par de bolsas de arroz.

–¿Lo ves?– insistía Virna–. Mmm… psí… algo veo… –Pero no veía un carajo. No. ¡No! No veía nada de nada. Y a pesar de eso, afirmé con la cabeza, por alguna razón dije que sí. Luego me vino a la memoria una frase que me había dicho una amiga poco tiempo atrás: la vida es una cuestión de fe.

Dudas son deudas

Yo a mi amiga le había dicho esa vez, en el borde de la intoxicación, que no, que vivir era a veces inercia y nada más. Una especie de conteo pesadillesco de sucesos en-

cimados unos sobre los otros. Y ella había contestado que por mucha inercia, siempre confiábamos en algo ("algo en nosotros confía en algo"), que nuestras afirmaciones se basaban en ideas no comprobadas; que eso era la fe sin la cual nos iríamos al carajo de inmediato y sin remedio. ¡Salú! Yo ya no quise discutir con ella esa vez, pues parecía más peda que yo, pero cuando conocí a Virna me lo pensé de nuevo. ¿Qué diferencia real había entre las cosas en las cuales yo confiaba y las suyas? ¿Qué impedía exactamente que ella tuviera el rostro ese grabado en la piel?

Ya en casa revisé el artículo que hablaba sobre Virna. Se había publicado en uno de esos periódicos sensacionalistas de malas muertes y bajos escrúpulos que abundan en Latinoamérica. El escrito se titulaba:

> SINTIÓ EL RECHAZO DE SU MADRE DESDE QUE ESTABA EN EL VIENTRE

Nada nuevo, pero dicho así no se podía pedir mayor dramatismo. Iba acompañado de imágenes de partes del cuerpo de Virna con dibujos retrasados de estrellas y un elefante. Era como de feria: el texto contaba que su madre la castigaba de forma continua, la encerraba por días enteros en cuartos sin luz, le obligaba a hincarse en granos de maíz o le quemaba los pies con espinas secas y encendidas. Y entonces ella había comenzado a ver cosas –o a enloquecer–. Veía en la oscuridad grandes cabezas que abrían sus bocas para intentar engullirla. Luego comenzó a tener lo que ella llamaba 'viajes astrales'. Los signos le habían sido escritos en la piel por un ser supremo que con ello le avisaba de su clarividencia. El artículo agregaba un teléfono al cual se le podía llamar para hacerle cualquier consulta. En el borde estaba de nuevo el número, escrito con pluma y subrayado.

Intenté entonces recordar a Virna: sus manos repletas de pulseras, demacrada y sí; con un acento extraño. Llevaba en una bolsa una buena cantidad de fotocopias para

repartir. Toda una militante de sí misma. Pensé que lo más seguro era que la mujer quisiera vender sus servicios y que aquello consistía en autopublicidad, en *self-promotion* teporocha. Grandísima estrategia y grandísimo idiota había sido yo por haber dudado acerca de algo tan claro. Una lástima lo del maltrato, pero lo de las imágenes grabadas en la piel y las predicciones, si se les combinaba con el teléfono, parecían una tomada de pelo de merolico y nada más.

Photoshop clarividente

Un par de meses después, hurgando entre mi archivo de fotos bizarras en la computadora, encontré una que por error había copiado yo en un folder al cual no pertenecía. Se trataba de un acercamiento de la mano de Virna tomado aquella vez y donde estaba, supuestamente, la imagen del rostro. Como no tenía mucho que hacer, decidí probar de nueva cuenta el asunto de la fe y comencé a jugar con la imagen en el Photoshop. Apliqué apenas un par de filtros; un *gaussian blur* para engrosar las líneas, un *lighting effects* para darle volumen, y por último un *growing edges* para redoblar los trazos. Ahí había un rostro, sin duda. Nariz, boca, ojos y barba. Tres cuartos. Un rostro. Se me erizaron los vellos de los antebrazos. Imprimí, de inmediato, la imagen.

Al día siguiente regresé al lugar donde había visto a Virna, con la intención de mostrarle mi descubrimiento y oír lo qué me diría. Nadie supo decirme nada sobre ella. Como en una mala película de misterio, Virna había desaparecido sin dejar señal. La imaginé en aquel momento perdida en la ciudad o semidormida debajo de algún puente mientras los rostros en la oscuridad la rodeaban o, peor aún, encerrada ya en un psiquiátrico estatal, tratando de convencer a los médicos y a los demás alienados de sus marcas corporales. Imaginé también su dolor y pensé en los caminos que la mente elige para hacernos sobrevivir en un mundo hostil. En todo caso, parecía como una estafeta, pues yo era ahora el que tenía una imagen inverosímil, de inyección de tinta, entre las manos.

El tesoro está en el aire

El dinero es una auténtica bendición
que sólo nos resulta ventajosa cuando nos deshacemos de él.
Ambrose Bierce

Las estrellas coronan una torre de treinta pisos que para llegar hasta el cielo tuerce su estructura como si fuera el tronco de un árbol. A lo lejos una espiral de vidrio rodea un báculo de papel dorado que hace las veces de rascacielos. También hay por ahí una torre tan inclinada como una manecilla marcando las diez: hora exacta que debiera indicar el momento previo a la caída de la estructura. Pero eso nunca pasará en un lugar en el cual toda construcción es moneda de cambio para el observador. Justo por ello uno desearía vagar entre las calles de las maquetas realizadas por el artista congolés Bodys Isek Kingelez, aunque sea claro que semejantes ciudades no se irán a llevar a cabo nunca. Están ahí para eso: para negociar nuestro deseo. Y es que estar frente a ellas es como si contempláramos desde el aire capitales de juguete, metrópolis de cartón y plástico consumadas con una riqueza imaginaria que propone la cimentación de una felicidad policroma; rascacielos dentro de los que cabrían sólo personajes de plástico dispuestos a brindar bienestar a todo aquel que llegara a solicitarlo. Una prosperidad de colores parecida más a las ilusiones de abundancia que se tienen desde la

miseria, que a cualquier proyección de albricias futuras. No se trata de la utopía sino en su dimensión irrealizable, pues en sus llamadas "extremes-maquettes", las construcciones están concebidas desde una profusión inverosímil; formas que ya proyectadas en tamaños reales, desafiarían el equilibrio y el ahorro de materia prima.

Las urbes de Kingelez se fundan en una especie de nostalgia por lo absurdo. Ya nadie es capaz de ser tan optimista, ni de creer en el triunfo absoluto de la prosperidad por sobre las pulsiones de caos y desorden que operan en cualquier ciudad real, sobre todo en las del tercer mundo. Sus modelos más bien parecen recordarnos que el deseo es ya capital fluctuante, que han acabado los tiempos en los cuales era posible imponer orientaciones rigurosas para la administración de los apetitos conciudadanos pues, como lo señala Lipovetsky, la edad de oro del capitalismo llegó a su fin. Las fortunas se amasan ahora desde un excedente generado en la proliferación del llamado dinero líquido; activos en manos del público, activos negociables. Nuestras grandes capitales deben su vida a la capacidad que una economía tiene de hacer pasar por real algo tan vago como el dinero hiperreal, manejado en las bolsas internacionales. Ahí la presencia no es sino su contrario: la ausencia recubierta de credulidad, como en la fábula del rey que va desnudo.

Frente a esta nueva era de intercambio narcisista, en la que nuestras esperanzas no pueden sino ir a la deriva (y naufragar, a veces) se impone con más fuerza un goce en el individualismo sin compromisos, lejos de ideas generales reivindicables de moral, nación o cultura. La regencia de las aspiraciones y los caprichos, corren por cuenta del ser deseante. Y esa soledad es terreno fecundo para fincar los optimismos más abigarrados; ciudades de la mente llevadas al paroxismo y a una alegría que muestra lo nefasto por medio de su aparente inexistencia.

Kingelez parece mofarse con sutileza de los deseos de prosperidad llevados al extremo. Al ver su trabajo no es

posible dejar de lado que se trata de un artista que presenció los estragos provocados por la ambición de naciones colonizadoras, que mantuvieron en la miseria a la mayor parte del África de mediados del siglo XX. La pobreza de todo el continente se alimentó de los apetitos de economías occidentales que aprovecharon la administración de la riqueza de los territorios, y a la vez de dictaduras nacionalistas que pregonaban el regreso a un africanismo sin concesiones, mientras desarrollaban prácticas de economía de mercado local sin beneficios para la colectividad. La población de la República Democrática del Congo – antes el Congo Belga del que surgiera el líder anticolonialista Patrice É. Lumumba– está conformada por más del setenta por ciento de campesinos que difícilmente experimentaron, antes de este siglo, la sensación de caminar a través de las calles que dividen los rascacielos de toda ciudad próspera.

Por ello la obra de Kingelez parece hasta cierto punto cándida, configurada a partir de la tradición naif en la que el arte africano estuvo encajonado por mucho tiempo. Sin embargo, al mismo tiempo que el artista hace uso de recursos comúnmente africanos, como el empleo de material de desecho o una particular gama de colores –y que comparte con otros artistas contemporáneos del continente como Marlene Dumas o Berry Bickle– sus temas a la vez abandonan el vínculo marcadamente rural para enfrentarse a asuntos que le preocupan a todo ciudadano inmerso en las mecánicas de las urbes de este siglo. Es en todo caso la exuberancia en la cual incurre, la que hace pensar en su obra como la representación de un espejismo contemporáneo. Se trata de la mirada de alguien que luego de haber habitado la desolación de la pobreza, ha experimentado el sobresalto del poblador actual: la simulación de la prosperidad en la cual todo ciudadano es tratado como extranjero en su propio lugar de nacimiento. Las maquetas de Kingelez son indicadoras de un derroche de alegría y opulencia

inconmensurable con los que se infiere que los sueños de bonanza conseguidos gracias al intercambio global pueden ser castillos de cartón, ciudades de colores en medio de la nada.

No solo de *mona* vive el hombre

…la más linda rosa de vuestro sombrero
F. Villon

Flor

Ese día Flor llevaba más heridas en la cara que otras veces. También había inhalado más mona. De eso no había duda, pues apenas podía sostenerse en pie. De todas maneras era bueno encontrarla viva de nuevo. Las mismas dudas, la misma sangre.
Yo y unos amigos habíamos armado un pequeño taller de dibujo semanal en una plaza de la ciudad en la que muchos de los llamados “niños de la calle” se refugian, y la vez anterior Flor había dibujado sobre cartulina un círculo con puntos dentro de otro círculo. Parecían dos mundos, uno acurrucado dentro del otro. De la superficie del círculo más grande brotaban filamentos, como los especímenes de alguna flora fantástica o algo así. Flor me mostró el dibujo para preguntarme qué era. Le dije alguna tontería del estilo: el mundo y su alma, un universo y sus eras, un monedero post-punk. –No. Es un retrovirus, güey, mi retrovirus–. Sale… está cabrón.

Ya alguien me había dicho que a Flor intentaron quemarla un par de veces. Cuando uno de los integrantes

de la comunidad llegó a enterarse de que tenía SIDA, no encontró mejor solución que calcinarla. Rápido, sencillo, barato. Pero todo se quedó en forcejeo, pues algunos no estaban de acuerdo con métodos tan radicales; sobre todo ella misma. Al día siguiente el insistente inquisidor lo volvió a intentar. Flor salvó el pellejo de nuevo, pero tuvo que autoexiliarse. Se alejó a dormir lejos, sin siquiera poder acercarse al grupo. Flor era ya, en estas condiciones, una expulsada con amplia experiencia.

Así que ese día era bueno encontrarla viva otra vez. Más jodida, pero viva para que pudiera volver a posar su mirada inteligente sobre la angustia de los demás. Esa vez nosotros –los de afuera, los que quieren hacer algo sin saber bien qué– llevábamos más cartulinas y unos botes de pintura acrílica para agregar nuevos materiales al taller. Flor se paró frente a la mesa donde pusimos todo y extendió la mano. Parecía como si quisiera que la saludaran, pero cuando alguien lo intentó ella le rechazó. Tomó entonces un pincel grueso, le untó acrílico color azul y comenzó a pintase la palma. Está pasadísima –pensé. Luego pidió una cartulina y con un sólo movimiento imprimió su mano sobre ella. *Terminé* –dijo en voz baja.

El Rata

Parecía de los más jodidos. Sobre su piel mugrosa había surcos trazados por gotas –de sudor o de lluvia– que quién sabe hace cuanto tiempo habrían pasado por ahí. *El rata* se acercó a nosotros el día en que construíamos un toldo, hecho con residuos de propaganda electoral que había pasado ya a ser basura, para que lo usaran de refugio. Él daba vueltas alrededor y nos interrogaba mientras nosotros pegábamos plásticos y recargábamos nuestras rodillas sobre los gordos rostros impresos de los candidatos, perdedores y ganadores. Habíamos ten-

dido propaganda electoral y nos dedicábamos a pegarla con cinta en los bordes para formar un gran rectángulo que luego sirviera de techo. Después de haberse enterado de todo lo que quería, *El Rata* se decidió a pisar los plásticos pegados y a contarnos su propia historia: *Tengo trece años. Yo nací en la calle, aquí me crié y desde que me acuerdo aquí he estado. No me acuerdo de mis papás. Se han de haber muerto. Siempre me ha gustado monear, yo creo que en vez de biberón, mi mamá me daba activo para que me calmara...* Yo ya no insistí para que contara más, pues a partir de ese punto las historias de estos cuates van haciéndose cada vez más densas. Uno se las puede suponer desde antes, claro, pero tener ahí frente a ti al tipo que asegura que eso que imaginas pasa en realidad y le pasa precisamente a él, no es tan fácil de digerir. De cualquier forma uno ya lleva la coraza preparada para que nada llegue muy adentro. Pero a veces las historias te joden igual.

Pensaba en esto cuando *El Rata* se alejó de los plásticos tendidos y comenzó a reírse. *Ni madres, yo nací en la costa, vengo de Veracruz. Ahí viven mis papás. Ahí tengo mi casa. Te chamaquié, a huevo que te chamaquié.*

Las chicas

Una de ellas me había mandado a la mierda cuando me acerqué una vez para sugerirle cómo podía mejorar su dibujo. No nos gusta lo limpio –me dijo–. No estoy tan limpio como tú crees –le respondí, para luego sentarme enfurruñado en el suelo a observarlas en silencio–. Desde ese día comencé a verlas de reojo. Eran hermosas, cuando se llevaban el puño cerrado a la boca o cuando se quedaban dormidas en las bancas de cemento. Con sus listones de colores alrededor del cuello, despidiendo el olor del activo por todo el cuerpo, como hierbas misteriosas escondidas en la noche. Encabronadas, les gritaban a los hombres

que no las molestaran y luego que les compartieran un poco de mona. Alguna vez pude ver cómo una de ellas le arrebataba la botella con activo a uno de ellos. Todo lo demás fue forcejeo enamorado. Muchas apenas rebasaban los quince y tenían la misma fuerza animal de muchas adolescentes de su edad. Pero todo lo que la mente es capaz de proyectar acerca de las posibilidades futuras, con estas "niñas" de la calle no era posible por razones evidentes. Sólo de un presente perpetuo podían extraer su belleza. Y del miedo que generaban en el espectador, que las miraba bailar frente al vacío.

El *Cajetas* y la *Falsa Tortuga*

El Cajetas

Cuando abrí la puerta, ahí estaba el *Cajetas* indicándome con el dedo que se había quedado sin pantalones. Olía a la peor mierda imaginada jamás y adivinen de qué tenía embarradas las piernas. Pinche paria límite; había perdido los pantalones quién sabe dónde y ahora era yo el elegido para regalarle otros. Pero al *Cajetas* no se le podía negar nada, así que saqué unos viejos *Sergio Valente* y se los di. Por supuesto no le quedaron; yo entraba a la secundaria cuando los usé por última vez. Sin embargo, él se los puso como pudo y se fue.

En el más común de los lugares, el *Cajetas* era el loco del pueblo. Y yo siempre sospeché que al tipo lo habrían enviado de la Secretaría de Turismo para que a Valle de Bravo, refugio veraniego de un puñado de los especuladores monetarios más encumbrados del país y de algunos políticos de categorías varias, no le quedara grande el supuesto popular que sostiene que cada pueblo tiene su propio demente. Pero que al cuate no le carburaba el melón, no había duda. Te miraba con unos ojos abismales,

gruñía y extendía la mano para que le regalaras algo. Si se te ocurría darle la tapa del refresco, lo mismo se la guardaba en la bolsa. Supongo que si le hubieras dado un condón usado habría hecho lo mismo. Pero yo nunca lo hice, así que no puedo asegurar nada.

Su gran virtud consistía en no emitir ni una sola palabra, por lo cual su presencia no era tan inquietante como la de otros alucinados que no dejan de hablar jamás de todos sus infiernos. No; casi estoy seguro de que el *Cajetas* ya no tenía ni infiernos, ni paraísos, ni nada. Algunos decían que había sido un rico terrateniente caído en desgracia a causa de que toda su familia se había eliminado a machetazos a raíz de una herencia mal administrada. Otros lo suponían ya imbécil de nacimiento. Los niños mazahua, preferían la vieja teoría del ratón devora lenguas. Lo cierto es que nadie sabía nada puntual acerca de su origen. Y es por ello casi perfecto para la mnemotécnica de ex residentes vallesanos (yo solo aguanté 24 meses). Por el pueblo podrían haber pasado los personajes más adorados o los de mayor cuenta de banco –grupos a los cuales yo no pertenecía por supuesto–. Sin embargo, cada vez que se habla del lugar, el tema del origen del *Cajetas* es de los únicos interesantes que aparecen, aunque sea unos segundos, en la conversación. Y claro; quién va a querer recordar con cierto gusto, por ejemplo, que una de las administraciones municipales más chafas de Valle de Bravo mandara cortar los hermosos flamboyanes de la plaza central a causa de un capricho partidista.

De hecho, provocar esta amnesia de lo trivial termina por ser una de las funciones de personajes fronterizos como el *Cajetas*. Ser algo así como esponjas que asimilan toda la tensión de los lugares en donde habitan, al permitir que la gente olvide sus propias miserias cotidianas. Desgraciados hasta el extremo, no dan cabida a que nadie pueda quejarse frente a ellos de ser el más jodido sobre la tierra; la desgracia que implica siempre una peor situa-

ción. Se trata del grado cero de la pobreza: carentes de todo, son dueños de cada una de las miradas y caridades para el descanso de las almas *buena onda,* esa figura mexicana execrable. Un buen día ahí aparecen y comienzan a ser el centro de todos los comentarios. La gente se burla de ellos, les da comida podrida, los odia en voz alta, los insulta, hasta que poco a poco termina por quererlos en silencio. A la vez, aquellos se van transformando en monumentos vivientes, portadores del mejor resumen de las características esenciales de toda una comunidad…

Total que la semana siguiente volvió a sonar la puerta. Era de nuevo el *Cajetas* medio encuerado (en eso se había convertido nuestra relación). Pero a mí se me habían terminado los pantalones y no estaba dispuesto a darle unos de uso común para que al rato los tirara por ahí de nuevo. Entonces le ofrecí un suéter, con la oscura intención de ver si lo usaría como pantalón (con la pinga negra asomada por el cuello en V).

Se lo di, mientras su rostro se transformaba a causa de una fiera mueca. Cuando gruñó y arrojó la prenda al suelo, me di cuenta de que no era tan pendejo como parecía.

Y la *Falsa Tortuga*

Lloraba como aquel personaje de *Alicia en el país de las maravillas,* pero más encabronada que triste. Gritaba tan desesperada que, a pesar de la indiferencia inicial de los paseantes, era inevitable detenerse aunque fuera unos segundos para escucharla. –Se los dice la nieta del dios Trotski, hijos de su pinche madre. ¡Me cortaron los brazos, tengo todo el cuerpo repleto de llagas, señores ¿creen que eso es justo?– Al contrario de nuestro *Cajetas*, esta *Falsa Tortuga* sí hablaba. –¡Cabrones, se van a morir todos, cabrones!… por humanidad… por favor, señor… tengo todo el cuerpo herido de muerte–. Y lloraba desconsolada la gran tortuga que, a primera vista, no tenía ni un rasguño. Pretendía man-

darnos a todos a un tribunal soviético en el que nos juzgaría por cabrones, pues nosotros sólo la mirábamos. Claro. Debíamos levantarla, ayudarla, o por lo menos brindarle algunas palabras de aliento. Pero nada; sólo nos reíamos de ella. Y era cierto; éramos todos una bola de hijos de la chingada. Ella la víctima mayor y, en consecuencia, todos los demás sus victimarios. El ciclo se cumplía a la perfección, pues su ira nos provocaba apenas alguna inquietud del tamaño de nuestras anécdotas para la cena. Y era esto lo que más le desesperaba. Su padecimiento era administrado por la razón (y su desarreglo) y no por su total ausencia, como en el caso del *Cajetas.* Ella sí que estaba para echarnos en cara todas nuestras estupideces. Más que una esponja, era una meta-esponja; habláramos o no de ella, su estrategia –porque ni la psicosis carece de estrategias– consistía en sacudirnos para que le hiciéramos caso a toda costa y nos diéramos cuenta de la razón de su sinrazón. Sin embargo, la aprecié, incluso cuando me señaló con el dedo índice a la vez que vociferaba que a los basureros también los debían quemar vivos a todos.

Por supuesto a esta lunática cosmopolita tampoco la he olvidado, aunque no la recuerde con el gusto con el que recuerdo al *Cajetas* y a su mirada idiota de bucólica despreocupación. A ambos los evoco porque me parecen reflejos extremos de personajes que llamamos *normales* desde lo cotidiano. Y es probable que lo mío sea sólo un romanticismo de bajo perfil que olvida por un momento la lástima que le debemos a todos nuestros semejantes, pero no puedo dejar de pensar en dos esquinas. En una de ellas el sacrificio irrenunciable de quienes no pueden negar su naturaleza y se atienen a ella, y en la otra los desarreglos de la mente que se esfuerza, hasta extremos funestos, por cuadrar la realidad a sus deseos y darle sentido a lo que quizá es más complejo, justo porque se basa en un sinsentido que hay que reorganizar de vez en cuando para revelar sus contradicciones, sus espirales de incierta cadencia.

II. Afuera-adentro

La transa aquí y en Marraquech

I

Jemaa el-Fna, nombre de la plaza central en la provincia de Marraquech (o *Marraqush* en árabe), quiere decir "asamblea de los muertos" gracias a que mucho tiempo atrás era el lugar en donde cortaban y exponían la cabeza de los criminales. Ironía que ahora parece cinismo.

Si uno llega en la mañana, el sitio no tiene mucho atractivo. Gente que camina de un lado a otro y algunos cafés a la orilla de una plancha de asfalto. Es en la tarde cuando el lugar comienza a poblarse de los personajes más inverosímiles. Saltimbanquis de todo tipo, vendedores de agua con sus trajes repletos de telas colgantes, pseudoderviches que tocan una especie de castañuelas de metal y danzan, encantadores de serpientes, grupos de acróbatas callejeros, mendigos con micos como mascotas y todo tipo de ladrones escondidos entre la multitud. Todos acercándose, pidiendo algo, insistiendo. Todos sobre uno. Y claro, cientos de turistas. Por todos lados turistas con las expresiones más estúpidas y los modos más insolentes, observándolo todo, tocándolo

todo y, en resumen, siendo el blanco perfecto para ser transados de las peores maneras.

Yo, por supuesto, era uno de ellos, con un par de debilidades adicionales: mal inglés, peor francés y un español mexicanizado con el que casi nadie me comprendía. Además, iba solo.

Ya la Guía Routard para viajeros miedosos, lo advierte: "Todo el mundo querría sacar tajada del pastel y no sólo los falsos guías y los estudiantes que están a la caza del turista. El resto de la población comienza a interesarse. Todas las artimañas son válidas". Esta plaza es un buen muestrario de tales embustes.

Muy cerca de los zocos (una especie de mercado), frente a la plaza, un tipo se me acercó y me dijo algo en árabe. Cuando tuve que confesar que no entendía nada de nada, comenzaron mis problemas, pues él hablaba una especie de spanglish extrañísimo con el cual empezó a decirme algo acerca del carácter afable de los marroquíes y del tiempo que había vivido en España trabajando como obrero. Luego me dijo que se llamaba Hamid, que estaba por graduarse en la carrera de historia y que quería invitarme a una zona en la que había ruinas poco conocidas por los turistas; le dije que no, que muchas gracias. Intentó entonces venderme hachís; le dije que ya tenía suficiente, *choukran, barak allahou fik*, o sea, gracias. Me pidió un favor: sacó un cheque del bolsillo trasero del pantalón y me dijo que necesitaba cobrarlo y me rogó que lo acompañase para hacerlo con mi pasaporte. *La*, *la* y no. Insistió con lo de las ruinas. No. Intentó venderme un reloj de imitación asegurándome que era original. No y no. Más hachís. No y no hasta que dejó de insistir.

A esas alturas uno ya está cansado, pues los marroquíes son tenaces hasta la muerte (el nombre de la plaza lo confirma) y pueden seguirle a uno por días enteros antes de que al fin se les haga caso. Quizás esto se deba, entre otras cosas, a que muchos visitantes somos infieles.

En Marruecos la mayoría de la población es musulmana y respetuosa del Corán. Quizás debemos ser blanco de esta insistencia vengativa por la culpa que implica desconocer el camino de su ley. Aunque yo prefiero pensar que la miseria tiene mil formas.

II

Los escépticos relacionaban la relatividad de la mentira con el asunto del lugar habitado y las costumbres. En la famosa paradoja de la mentira: "Epiménides dice que los cretenses son mentirosos. Ahora bien, Epiménides es cretense. Luego miente cuando dice que los cretenses son mentirosos. Los cretenses no son mentirosos. Ahora bien Epiménides es cretense. Luego no es mentiroso, etc." Para atenuar el problema tendríamos que aceptar que no todos los cretenses son mentirosos o entregarnos resignados a los brazos de la pesadilla que implica no saber nada sobre la gente con la cual compartimos un país; ese *charming* que da la duda en compañía de nuestros semejantes.

Basta recordar nuestro propio desfile de encantos. Expertos en el oficio del engaño por todas partes. En la oficina con muebles de diseño y en la desolada ratonera del burócrata. Junto al asta bandera en el centro del país y en el minisúper en medio de la carretera rumbo a *quiénsabedónde*. En la casa de playa en la que los empresarios a medio picnic hacen alianzas para evadir impuestos, mientras se escucha a lo lejos el cotilleo de sus esposas que planean cómo convencer al marido sobre el color de la nueva camioneta. En el traspatio de la prepa donde él conecte dobló el precio de los ácidos. Acá o allá, transa. De políticos de organillo y vendedores de ataúdes, de merolicos clarividentes y padres de familia iluminados, de chulas edecanes y expendedores de biblias, de dueños del país y actorcitos de telenovela, de *evribodi* y tochos morochos.

No el engaño sin más, del que surgen la prudencia planeada del estratega de guerra o el tipo de mentiras con las cuales se hace la historia oficial, sino transa del artífice que adora el estilo y se jacta del oficio. La transa como mentira sazonada o engaño florido. Afán por fabricar laberintos y envolverlos para regalo, de atar cuetes a la cola de los gatos y prenderlos para ver qué pasa. Como aquella vez que me vendieron polvo para pulir metales en un mercado de la Ciudad de México. Detrás de una montañita de polvillo que se erguía sobre una tela en el suelo, un hombre con esmero vociferaba las virtudes del producto mientras frotaba con él monedas que al instante pasaban de opacas a relucientes. Solo había que mezclar el compuesto con limón. Azul era aquello y, además, depositado para la venta en cucas bolsitas de papel. Por supuesto, cuando llegué a casa con mi adquisición, la maravilla esa no servía para maldita cosa; era sal teñida con anilina. Sin embargo, la guardé hasta mucho tiempo después: me hubiese dado pena tirar a la basura una cosa con tan buen color.

Hay, pues, en el que transa un secreto gusto por el detalle; no le basta con arrebatar de tajo lo que desea y luego salir corriendo. Necesita fabricar la escalera que le conduzca suavemente a la recompensa por su destreza. Le es vital saber que su esfuerzo será, muy a pesar de todo, apreciado. Incluso el que ha caído en las redes del transa, ofrece casi siempre un reconocimiento a quien efectuó su labor sin ser presentido. Ello le salva de ser tachado de idiota por no darse cuenta de la trampa tendida para su ingenuidad. El transado es el mejor publicista del transa.

Hay transas, claro, más dañinas que otras. Las consecuencias del juego de *Dónde quedó la bolita,* en el cual se le arrebata el sueldo al incauto asalariado que escuchó las recomendaciones de los paleros, son graves para el presupuesto del mes de algunas pocas familias. Los estragos provocados por el empresario que auto-roba los ingresos de su propio negocio y deja a media planta de

trabajadores sin sueldo, comprometen el sostén de mucha más gente y son, por supuesto, mucho más dañinos. La primera transa es emanada de la miseria y producida para el ingenio, la segunda surgida del ingenio y para la miseria. Qué decir del Fobaproa y ni hablar de las campañas publicitarias de los nuevos políticos y sus *creativos*: el reino por un *spot*.

A cualquier nivel, el estilo personal de muchos mexicanos para gobernarse –Cosío Villegas *dixit*– es el de la transa: sazonada, repleta de silencios y dobles intenciones.

III

Después de tanta insistencia no pude más que aceptar un café que Hamid aseguraba me invitaría. En el local al que entramos todos me miraban como esperando el momento para verme caer redondo. Pero yo supuse que el tipo se había dado por vencido, que había resuelto conversar y nada más, pues a pesar del acoso constante, se habla muy bien de la hospitalidad marroquí. Platicamos un rato más hasta que me ofreció ir a casa de su familia a comer *cuscús*. Pero surgió un problema: necesitaba comprar los ingredientes para su elaboración. Comenzó a hacer cuentas de lo que se requeriría para cocinarlo y no tardó en pedirme 200 *dirhams,* que era la mitad del costo total, y agregó que no debía acompañarle al mercado, pues los comerciantes al verme le darían precios más altos.

Yo ya no estaba seguro de estar frente a un engaño, pues su tono me parecía en aquel momento totalmente amistoso y desinteresado; ¿cómo decirle no a un amigo? ¿Cómo resistirme a convivir con una familia del lugar? Cuando estaba a punto de concluir que el no aceptar la invitación implicaba pasarse de paranoico, el cuate me pidió que pagara los cafés. Fue entonces que no dudé que me estaba envolviendo y que yo, como esas serpien-

tes de la plaza que por alguna razón quedan paralizadas de frente a su encantador, estaba empezando a perder. Pero decidí en esta ocasión no escapar con el "no" pegado a la espalda, sino recurrir a mi propia manera de transar, acuñada con tesón en mis épocas de infancia por mis padres y por la escuela. Sellada en mi juventud, con claro rumbo a una madurez experimentada en dichas artes, a causa de aquel aprendizaje cotidiano en los trabajos, codo contra el codo del compañero o por mi silencio culposo frente a la evidencia del desastre. Me recordé arrullado por los tibios discursos de los políticos de mi país, sus sonrisas forzadas y los abundantes aplausos. La cómoda sensación de formar parte de la familia. De ser miembro honorario del mercado negro de los sentimientos.

Cuando metí la mano en el bolsillo para darle lo que me pedía, fingí que el dinero había desaparecido e insinué con los ojos que sospechaba, solo un poco, que alguien me lo había robado, pues sabía de las palizas con las que los castigan en caso de que alguien se queje de algo semejante.

–Solo me quedan diez *dirhams*– le dije al mismo tiempo que se los extendía. Hamid ya los había tomado, cuando se esfumó sin decir nada más.

La Merced: ser de la airosa repulsión

Un estorbo

Todo aquel que se detiene estorba. Sobre todo si decide pararse en el centro del proceso digestivo de un ser imposible de comprender. Aclaro: quien ha decidido seguir caminando está, a la vez, siendo digerido. Se vive como si se nadara entre los ácidos estomacales del tiempo o de la ciudad o de un Dios cuya soberbia le hace olvidar que mientras piensa el sentido de nuevos universos, sus tripas trabajan. No sé. El caso es que los intestinos de algo inalcanzable trasladan una cosa que de lo corpóreo y preciso, se encamina hacia la disgregación radical. Somos, pues, alimento en las entrañas de un ser que se ríe de nosotros mientras nos deglute. Por eso, aquel que se detiene, hace que todo lo que avanza detrás de sí se obstruya, deje de fluir hacia su destino final (que pese a mi ánimo trágico, no puedo dejar de percibir como una especie de broma de escatología divina).

Esto que digo acá tiene una carga bien concreta de ilusionismo absurdo, gracias a que en parte son ideas que surgieron luego de una residencia artística en el ombligo del barrio de La Merced. Se trataba de la realización de un pro-

yecto, en concordancia con otros dos creadores tan extraviados como yo, en torno del lugar. En lo único en lo que coincidíamos era en la consigna obligada de trabajar como equipo. Poco más que eso, porque cada uno barajaba las cartas de su micro ecosistema artístico con destrezas e ideas disímiles. Y ahí, para intentar llevar a buen fin un proyecto colectivo, era indispensable darse cuenta de inmediato de cómo el crecimiento confuso en zonas como esa es suelo ya abonado para dar recompensas de imaginación poco disciplinada. Ninguna veleidad creativa puede germinar ahí sin la sospecha de que será ignorada con la indiferencia del indigente que reposa tierno sobre sus propios excrementos. Justo ahí, en laberintos dentro de otros laberintos, sistemas anversos sobre sistemas inversos, en el centro de concentrados visuales y auditivos en mutación constante; razón por la cual el sitio sigue siendo un enigma para mí, pues como todo barrio complejo, no parece tener ni principio ni fin sino en la sinrazón. Y en una cosa más que suena a contrasentido: pobreza en cada uno de los objetos que no indican carencia sino barroquismo, exceso de plástico barato, maquillaje multicolor en prostitutas recién venidas del pueblo a la ciudad o marañas de escapularios en honor de la Santa Muerte en los cuellos de los cargadores llamados *diableros*.

Por eso el motivo de nuestros conflictos era claro: en un territorio como ese, el mote de *artista* implica algo distinto que en espacios convencionales; aceptar explícitamente –y no ya de manera tácita– que la *belleza* del mundo no puede estar conformada por lo que unos ojillos morales alcanzan a registrar. Por ello, en circunstancias similares yo prefiero detenerme, arriesgarme a no ser nombrado. Prefiero, pues, estorbar.

Ser de mil cabezas

A pesar de que el barrio parece amenazante a primera vista, no es difícil distinguir en el ánimo de muchos habitantes

de La Merced un extraño delirio: la idea de que es posible escaparse de ahí quedándose en el mismo lugar, como si un edén portentoso fuera a aparecer detrás de alguna casucha construida con desperdicios, al lado –por ejemplo– de lo que queda del convento de los mercedarios. Esta orden tenía como función principal acumular fortunas para comprar extraños productos históricos: esclavos en manos de los sarracenos a los que después redimían con vestido y alimento. Y catequesis, claro está; nada es gratuito.

Para el aliento pequeño burgués habitual el problema se resolvería con buscar nuevos cielos. ¿Para qué querrías permanecer ahí, si el mundo es tan grande y no todo tan lleno de basura? En la metamorfosis constante del lugar y en la defensa fiera del territorio que se intuye en muchos de sus habitantes, se completa una conformación barrial relacionada casi en todos los casos con la fractura del sentido y a la vez con el quebrantamiento de la ley. Parecería, pues, una maquinaria social con una idea quimérica inconsciente, que en la mezcla de mercancías y métodos de subsistencia prácticos, consigue a la vez una dimensión estética poco convencional emparentada con la mejor tradición del viaje estático que hace del sueño materia prima. Mixturas; una tómbola de hibridaciones surgidas de la necesidad que es el producto de entidades nuevas sin clasificación ninguna, por lo menos para el soñador primerizo. Por eso es difícil nombrar lo que hay ahí sin sentir que se está siendo poco fiel a lo nombrado, pues se trata del producto de la subsistencia en los límites del deseo, territorio del delirio. No los engendros mal habidos del *ingenio mexicano* promedio, desde los que se folklorizan condiciones de miseria para que pasen desapercibidas. Intuición, sí, al servicio del dolor, de la carencia y de un odio resultante transmutado en tensión y en pesadilla. Una joya visual de muestra: en la llamada Plaza Aguilita una misa religiosa para los habitantes de un asilo de ancianos de la zona, que derivó en show travesti de una Paquita la del Ba-

rrio que cantaba oraciones en contra de los hombres. Los ancianos aplaudían junto a los camiones de basura, al aire libre, a plena luz del día.
Todo parece transcurrir por eso dentro del abdomen de un imaginario misceláneo que no puede ocultar los procesos de descomposición constante, pues todo malestar parece flotar ahí sobre las *mil cabezas* de estos montajes comunitarios complejos, dedicados a actividades específicas que a primera vista parecerían banales. Sólo si uno se detiene y observa, se dará cuenta de que cada una de estas acciones redimensiona lo que a primera vista parece ser una zona que cumple la función de abastecer de ingredientes el ejercicio de la convencionalidad. Relojitos de colores que a la vez son hongos, jitomates como ejércitos educados que forman la palabra *espera*, compuestos multiculturales que se venden envueltos en papel celofán como amuletos. Quien necesite de las bisagras para que lo práctico continúe unido a su vena sombría, puede estar seguro de que en La Merced encontrará la manutención de lo habitual, justo en el interior de su propia penumbra. Se comercia ahí desde una inspiración trastocada, pues constatar el valor de cambio en situaciones de marginalidad necesita más de una vuelta de tuerca para dar la impresión de que está limpio de su sentido acerbo.

Las impresiones *chacalas*

Por eso uno puede desvariar de inmediato; La Merced casi parece ser una zona tomada y, en cierta medida, autónoma. Si alguno de nosotros fuese policía, más valdría no respetar las leyes ahí. Y es que no puedo dejar de imaginar a todos esos comerciantes ambulantes frente a la puerta de cualquier palacio de gobierno, con antorchas en las manos vociferando consignas, o intentando linchar a algún infeliz porque no completó la cuenta de los mangos.

Por supuesto que en La Merced hay reglas establecidas

como en todos lados. Sólo que acá, éstas tienen menos que ver con una ley de Estado, a no ser la madurada a la sombra del uso creativo de la corrupción. Si estás ahí sabes bien que los recursos para negociar con los otros son inestables. No se trata de que te sientas menos solitario que en otros lados; sabes apenas que el dispositivo emocional para evitar que te enteres de ello es mucho más vulnerable. La convención es puesta en juego justo porque siendo un barrio vivo, los significados se transforman y perviven en la mutación de procedimientos para llegar a un fin.

Sí sientes angustia mientras vas por ahí no es sólo por saber que se trata de una zona ruda, sino porque todo aquel que se cruza en tu camino puede, a fuerza de haber sido víctima en circunstancias terminales, haberse convertido en victimario con una convicción *Made in Amablepueblomexicano*. En este caso, toda corrupción es tan sólo el comienzo de un ideal de vida, y no su última etapa. Lo que es la decadencia para las clases acomodadas, acá parece ser un medio hacia un tipo de belleza particular que ni yo ni mis pobres compañeros de residencia pudimos comprender. Justo es lo que descansa en los basureros o apilado en las esquinas, la tos en la garganta del forjador de metal o la sangre en los delantales de los carniceros, lo que genera mayor atracción, puesto que indica la marca nefasta de lo negociable. Ahí radica la diferencia: podemos deglutir un ave o incluso podemos dolernos de ella mientras la masticamos. Esos dos actos son apenas lo diestro, la parte clara. Quien se dedica a *embellecer* aquello que ha sido en su origen otra cosa, para que alguien más lo adapte a su código moral y lo adopte, posee las facultades para generar el artificio. Usa la mano siniestra, apenas escondida tras la espalda, mientras emplea la otra en el saludo ambiguo engendrado en la gentileza.

No digo que algo distinto ocurra con los comerciantes de *cuello blanco*. Alguien que se acopla al proceso especulativo que liga valor de uso con valor de cambio intuye,

aunque sea tenuemente, que para habitar el mundo debe enlazarse con un enramado de trampas para darle cuerpo a la existencia. El caso no es ese. El caso es que acá, una mega resortera o una camiseta de Las Chivas para el recién nacido no estaban contempladas así unos días antes, y los métodos para hacerlos asequibles son distintos de los de todo cartesianismo; cualquier necesidad externa al dictamen individual se contempla. Algo existe y un instinto híbrido lo procesa desde lo visceral para adaptarlo a nuevas necesidades. Necias necesidades: dos días después de la fiesta del 49° aniversario del mercado, por ejemplo, yo ya contaba con la versión comercial en *dvd* que mostraba a los mismos sonideros y artistas de la cumbia que yo había visto en vivo con su *mona* en las fosas nasales, dándole duro al bailongo. La transmutación; lo que en alquimia medieval se concibe como la unión de los contrarios en el intercambio entre materia y espíritu, acá es alimento cuyos nutrientes son lo indeterminado, lo contradictorio. Y esa sensación que anuncia el advenimiento de la indigestión.

Uno para uno y todos para nadie

Llevábamos dos horas gritándonos. Jorge permanecía en una esquina, silencioso y sin hallar qué decir, mientras Paola y yo nos espetábamos nuestras debilidades y carencias cara a cara. Estábamos ya hartos el uno del otro y habíamos llegado al punto de quiebre, como en una especie de familia disfuncional que está a punto de votar para que alguien deje escapar el gas mientras los demás miembros fingen dormir. Y lo que discutíamos era el poder. Ningún discurso deja de desearlo, de buscar su carne incierta, a la vez que tranquilizadora. Porque, partiéramos o no de ángulos distintos para hablar de lo que entendíamos por “arte público”, ninguno de nosotros había alcanzado a concretar algún modo de hacer en La Merced que tuvie-

ra la repercusión deseada y que a la vez representara un trabajo serio aplicable a una comunidad tan compleja. Y el tiempo corría.
La primera pregunta, que nos llevó más tiempo del conveniente solucionar, era; ¿cómo llegar a resultados efectivos sobre un problema tan complejo y, además, con tantas diferencias ideológicas entre nosotros? El resultado final de la residencia debía ser una pieza colectiva que amalgamara proyectos individuales iniciales y que a la vez implicara la participación de los habitantes de la zona. Y así, construimos una estructura mutante que se colaría en el barrio para permitir que la gente la usara como quisiera. Sin embargo, cuando la presentamos la gente no nos hizo caso como nosotros suponíamos. Esto quizá debido en gran medida a que no fuimos capaces de acercarnos a la comunidad y a sus necesidades. El evento pasó por ser una presentación más en la que se intenta llamar la atención de gente muy poco interesada en procesos artísticos de esa naturaleza, dado que le resultan lejanos y muy abstractos.

Por supuesto, si una cosa así se hubiera presentado en otro lugar –en una galería por ejemplo– entonces se habría notado menos la falta de interés del público por construir formas nuevas. En esos ámbitos, lo sabemos los que nos dedicamos a esto, la lejanía suele pasar por comprensión, así como la representación de un ánimo mesuradamente sarcástico parece ser, a los ojos del incauto, equivalente a dominio sobre el tema. El caso es que lo que presentamos como resultado de la residencia tuvo lugar en una zona con características particulares y bien distintas de las que estábamos obligados a trabajar. Eso es justamente lo que dejó ver la orfandad de un cierto tipo de arte como supuesto espacio significativo para los otros. Es decir: cuando es colocado fuera del contexto comercial e individualista que le da sentido. La imposibilidad de que sea usado para algo distinto que no sea el ensalzamiento del ego malherido del

artista, cuando es producto de métodos configurados para mantener a un público de espectadores alejado de los creadores. De esta manera, estos últimos pueden permanecer en un nicho donde ser vistos como entidades especiales (desde mi punto de vista, esta circunstancia podía haber sido la pieza producto de la residencia; algo que revelara una situación así).

Incluso pienso que cualquier creatividad emocionada, una idiosincrasia que tiende a señalar "grandes descubrimientos artísticos", una pretendida frescura convertida en moneda de cambio para abatir el intento de búsqueda de sentido a través de la obra o las palabras, podía caber en el barrio e incluso haber involucrado a los otros por medio de actividades divertidas que hicieran uso del juego. De cualquier manera, si esto se hacía desconociendo las realidades del lugar, desatendiendo lo que la mirada nos regresaba como crudeza o miseria, habría sido estéril, dado que eso implicaba abandonar una buena cantidad de conclusiones adquiridas mediante una observación más atenta. Algo así como; *nos enfrentaremos a las imágenes devueltas por La Merced divirtiéndonos, pretendiendo ligereza, procurando que la gente se olvide de sus problemas,* con lo cual un observador externo preocupado por asuntos menos frívolos podía llegar a la conclusión de que el problema no estaba en la cantidad de propuestas, sino en la afinación de la mirada.

Lo útil y lo terrible

Aquella vieja idea de destino puede tener que ver con las contingencias del pasado, de manera que sólo el ser voluntarioso podría obstruir los sucesos, los suyos y los de los demás, para en algún momento corregir el viaje y apropiarse del presente. Pero eso es cosa espinosa, sobre todo donde la fatalidad parece determinante y maquillista experta que hace pasar los acontecimientos como in-

eludibles. Por eso yo digo acá, en mi obstrucción infiel, que nada es útil y que al mismo tiempo todo lo es. Porque lo que se percibe en La Merced como caos, corresponde justamente a una peculiar belleza escatológica que pasa desapercibida si uno desea observar las cosas desde la lejanía para evitar la mezcla, la contaminación de sentido. La dificultad de mis compañeros, la mía propia, para intervenir en el lugar dependía de un problema de principio: nosotros habíamos jugado a lo largo de nuestras vidas al simulacro de los privilegios de la elección, en mayor o menor medida. Y así habíamos, en distintos ámbitos y proporciones, tenido la posibilidad de optar por la producción de objetos de uso *estético*, objetos sublimados que se incorporan a la cultura bajo la divisa *arte*, para con ello aislarlos circunstancialmente de una vida dedicada a cubrir las necesidades de sentido más inmediatas. Negociábamos con las emociones de los demás, especulábamos con los significados y suponíamos que eso nos daba un carácter particular. Pienso en los deseos de mis compañeros: parecerse lo más posible a un *artista contemporáneo*, intentando a toda costa sublimar la naturaleza del barrio sin involucrarse en las actividades cotidianas que solían observar desde la lejanía, como ceguera, como invitación a lo insustancial, como ahíto en el exceso del lugar común. Incapacidad para observar que los artistas mejor preparados no éramos nosotros, sino muchos de los habitantes del lugar.

Los residentes de La Merced no habían conseguido alojamiento en el mundo junto a oscilaciones semejantes. Sus actos son referenciales, denotativos. El barrio es su destino y ahí han aprendido a vivir. Esto no elimina un carácter *estético* en su hacer. Muchas de sus producciones de practicidad material son a la vez manifestaciones culturales que demuestran el carácter del lugar mucho mejor de lo que cualquier artista *inspirado* y formado habría podido lograr. Y yo dudo que no haya intencionalidad en

ello. Lo interesante es que ésta no pasa por la figuración institucional que idealiza la producción de arte. Se trata más bien de una práctica similar a la Dialéctica Negativa planteada por T. W. Adorno, donde no se trabaja desde la identidad, dado que ésta implica la negación de las contradicciones inherentes a la vida común y la movilidad de la cultura. No la razón instrumental de Estado que normaliza la mirada y clasifica desde un conformismo extendido desde la Ilustración. Acá, para quien le interesara, era posible observar un ánimo fundado en la negación del goce, como la recuperación siniestra del mismo en una estética del placer por medio del robo, de la piratería, de la prostitución o, incluso, del homicidio. Para terminar ya, no hay nada más preciso que aquella frase de Rilke que lo dice mil veces mejor: *Lo bello no es más que el comienzo de lo terrible*.

Fragmentación

Esta vez por fin la prisión te va a gustar
Patricio Rey y los Redonditos de Ricota

Imaginar Bagdad

En el epígrafe una perfecta frase para la nostalgia de los suburbios, febril prisión del Dios Barba Azul; un burdel tan parecido a las ciudades en las que se escucharían saxofones de finales del siglo XX. Aceras mojadas en la noche de las metrópolis, en su lenta transformación desde un tiempo hacia el otro. Al final, cuando recordamos nuestras viejas prisiones, nos es difícil negar que algo les debamos. Claro; desde el hartazgo emanado de nuestras auto redenciones privadas, siempre es posible la idea de escapar de la urbe. Sin embargo, hagamos de la huida una realidad o no, la memoria nos regresará mil veces más a las calles donde nos emocionamos por vez primera, las edificaciones que estuvieron ahí siempre para conformar los límites entre lo realizable, lo soportable y la pura imaginación adolescente. Pero, ¿qué sería de esta nostalgia si, por ejemplo, la ciudad entera desapareciera de un momento a otro? Quizá algo así como nuestra impresión cuando alguien muere de súbito. De pronto, el que apenas unos días atrás estaba ahí, moviendo distraído su mano

para devolver el cigarrillo al cenicero o recordándote que mañana se encontraría contigo de nuevo en el mismo lugar, ya no está más y se convierte en una pura referencia inasequible. Las fotografías podrán dar testimonio de su presencia en el mundo, o los objetos que lo rodearon o lo que se dice de él o ella. Pero, a pesar de todo esto, la ausencia será la realidad más concreta de aquel inapelable vacío. Imagino de igual forma un espacio desierto en el lugar donde ahora está un rascacielos o aquel edificio del Centro en cuyo interior me le declaré por primera vez a una mujer, convertido en escombros. Ahora supongo esas ruinas repletas de cadáveres, cuerpos de los que fueran amores, amigos o hijos. Una solución probable fabricada por la mente sería pensar que tu tiempo ha pasado y que tú también, de alguna forma, has muerto con ello. Que ya no es posible recordar sino con un dolor inaudito.

Crash-kaboom

Oí como si un cielo de cristal se despedazara sobre mí. Antes de despertar por completo imaginé, entre realidad y sueño, en una de esas ráfagas de incongruencia con las que la mente nos juega pésimas bromas, que un misil había caído sobre mi departamento. Las vigas del techo se dirigían hacia mi cuerpo junto con fragmentos de ladrillo en un espacio de transformación instantánea. Fuego en las esquinas y submuniciones reventando en el momento de tocar cualquier cosa. La chamarra nueva de mezclilla despedazada, los libros junto a los escombros de concreto y mis gatos muertos. Antes de poder pensar que alguien me habría elegido para deleitar el paladar de mi vida clasemediera con los sabores de una bomba-racimo, yo también estaba despedazado… ¡Mierda! De un salto me desprendí de las sábanas, ya casi despierto, y me asomé por la ventana para que la pesadilla se esfumara: un imbécil se había pasado el alto, había pegado contra otro automó-

vil para, finalmente, irse a estrellar contra el mío ahí estacionado. Ningún herido. Sólo tres chatarras humeantes en medio de las cuatro de la mañana. Suspiré tranquilizado.

Fragmentos

Hace poco tiempo compré un libro en el que se reproduce una instalación del artista Mauricio Cattelan. En un salón vacío yace en el suelo el Papa Juan Pablo II derribado por un meteorito y junto a un montón de cristales rotos. El Papa, dueño de un estoicismo casi divino, a pesar del dolor expresado en el rostro, sostiene un báculo de plata con la cruz cristiana en la punta. Unas páginas adelante, se exhibe una obra de Tom Friedman; una construcción de papel cortado que representa a un hombre en pedazos sobre su propia sangre diseminada. Quizá la única coincidencia entre estas imágenes sea la ironía y la conciencia del desastre como broma automedicada. Ya no nos sorprende su crudeza. Son caricaturizaciones del dolor que antes se reproducían para hacer una crítica y que hoy apenas nos hace esbozar una sonrisa. Casi estoy tentado a decir que podríamos verlas complacidos a la vez que nosotros mismos estallamos en pedazos, si no fuera porque la sensación extrema de la separación de nuestros órganos nos impediría cualquier sentimiento definible.

Más fragmentos

Vemos las imágenes de mutilados de guerra como una totalidad. Quizá por ello no nos conmuevan tanto cuando son transmitidas en *slides* por televisión: no las miramos como el final de una historia sino como la historia entera. Lo que probablemente nos cambiaría la mirada sería reconocer las circunstancias concretas que llevaron a aquellos cuerpos a convertirse en restos. Y no me refiero acá a definir las intenciones políticas de cada uno de los actores de la

guerra, sino a la línea temporal seguida por aquel acontecimiento particular para hacerse posible. Por ejemplo, una mujer iraquí sin un brazo puede resultar una imagen fuerte, pero soportable, pues se presenta como una evidencia aparte. Pero saber que ha sido una Munición Convencional Mejorada de Doble Propósito de 155 milímetros con submuniciones M42 y M46, con un porcentaje de fracaso de catorce por ciento y elaborada minuciosamente en un laboratorio militar por unos cuantos hombres que los fines de semana podan su jardín o van de compras a un *mall* de Tennessee con toda la familia, transformaría el dolor físico imaginado en aquella mujer en un dolor de concepto. Lo que le ha arrancado de un tajo aquel brazo, se convierte en una especie de enigma de no tan fácil retención. Si ella es capaz de imaginar este mismo recorrido, lo que en todo caso no se puede alcanzar a suponer es el tamaño de su odio y los estragos operados por él en su memoria.

Feeeeeelengs

El escritor inglés de origen nipón Kazuo Ishiguro dijo hace poco en una entrevista que las reacciones de un occidental y las de un oriental al ver destrozadas sus propiedades serían muy distintas entre sí. Mientras el primero puede lamentarse por mucho tiempo a causa de que todo el patrimonio por el cual sacrificó su vida se perdió, el segundo comenzaría en el instante posterior a la tragedia a construir una nueva casa. Por supuesto él se refiere a los habitantes del Lejano Oriente y no a los habitantes del Cercano Oriente. Es posible suponer menos serenidad en estos últimos, pues para reconstruir un espacio memorable es necesario desear el olvido que provocó su desmembramiento. En todo caso poseemos ya claridad acerca de lo que cada uno de nosotros pierde irremediablemente en conflictos de este tipo. Nuestras moradas imaginarias no pueden volver a ser las de antes en tanto los impulsores

del terror nos vigilen de modo tan amenazante. Y quizá lo que experimentamos ahora sea apenas poco, comparado con la reproducción previsible del miedo que hará de nuestras pequeñas prisiones habitacionales, infiernos cada vez menos memorables.

De ántrax y optimistas

Se lo va a llevar pegado a la piel

Ningún optimismo es capaz de frenar la sensación de peligro que se cierne sobre nuestras curtidas almas. La adrenalina, esa estúpida razón con la cual se defiende el acto de arrojarse de cabeza desde cualquier parte, parece ser que ahora sí corría por nuestro cuerpo cada que veíamos un noticiero. Los ojitos de los reporteros llenos de terror cada que contaban y recontaban los efectos del ébola, del gas sarín o del ántrax. Nosotros, como buenos animales basados en el ejemplo, también nos zurrábamos de miedo. Y no era para menos, pues este factor que alimenta de nuevo nuestras ganas de vivir, es una singular máquina de terrores acumulados.

Aceptémoslo; habría sido muy difícil escapar a los efectos de aquella fiesta de calamidades desencadenada por una guerra biológica mundial. Ni los iniciados que conocían y que pudieron adquirir los costosos equipos para protegerse de las más de 86 enfermedades preparadas para estos fines, estaban más tranquilos. Parece que des-

pués de unas cuantas horas ninguna medida de seguridad habría sido suficiente para aislarles de un posible contagio. Qué decir de algunos de nosotros, a los que sólo nos restaba cruzar los dedos y confiar en que las bolsas de súper amontonadas en la cocina, y de las cuales por fin nos íbamos a poder deshacer, también sirvieran para el caso (aunque hubiese sido tan sólo para terminar de ver el noticiero de la noche antes de caer enfermos).

Que si solamente se había creado el medicamento para una de las múltiples variantes del ántrax, que si la velocidad de contagio de la viruela era como un efecto dominó, el caso es que teníamos muy bien descrito el caos posible y el panorama no era de final feliz en ninguno de los casos. Ojalá hubiese tenido utilidad el consuelo de que no estábamos frente a algo totalmente nuevo. Bastaba tener en cuenta los muertos que los romanos arrojaban a los pozos de agua de las poblaciones indeseables, o los proyectiles que los tártaros lanzaban en sus catapultas por encima de las murallas de Kaffa en 1346: cadáveres infectados de peste negra. En el siglo XVIII, al general norteamericano Geoffrey Amherst se le ocurre una idea fatal: entregar cobijas contaminadas de viruela a los indios. Ninguna baja en las filas propias, un gasto mínimo y muchos enemigos muertos. Simplicidad, diría Marco Aurelio en voz del doctor Lecter. El ingenio frente al enemigo nunca ha podido ser más certero, pues comprende muy bien que el arma más efectiva es la que aleja al agresor de su objetivo. Sabe, además, de la pesada carga que debe llevar sobre el ánimo quien se ha manchado las manos con la sangre de su víctima. Percibir el sufrimiento del otro es humanizarlo y sentirse, aunque sea, un poco culpable. Por el contrario, un virus invisible e incluso un poco increíble para alguien que no ha padecido su contagio, aleja al asesino del genocidio en el tiempo y en el espacio.

Lo que se puede preguntar es: ¿hay quien no sea capaz de hacer cosas como estas? ¿De dónde han salido los

"malos"? Ya no sabemos qué creer. Conocemos los efectos, pero no las causas. De hecho, en este delicioso cinismo que conlleva nuestra estupidez automedicada, ya casi a nadie le interesa. Nuestro terror real se reduce a perder aquella indiferencia habitual.

Se dijo, como si se nos hubiese estado vendiendo algún tipo de producto, que mientras el índice de letalidad de una bomba de 12 kilotones es de 8 mil seres humanos, 100 kilogramos de esporas de ántrax son capaces de eliminar de uno a tres millones de personas. ¡Bravo!, pues no podíamos haber esperado menos de nuestros "nuevos tiempos democráticos", en los que el poder está basado en la especulación de cifras más que en el convencimiento cara a cara. Tres millones de personas son contundentes para quien confía en las estadísticas y son, sin ir más lejos, irrefutables. Con qué tipo de intereses estuvo relacionada la creación de esta tecnología es otro asunto que habría estorbado la labor publicitaria del antiterrorismo. Se nos estaba vendiendo el fin y el terror y, ya entrados en gastos, con miedo y todo, sólo nos quedaba decir: "¡denme uno para llevar!"

Un optimismo, que es pesimismo, que es...

A muy pocos les importaba si fueron los antiguos soviéticos o los norteamericanos los que potenciaron genéticamente la bacteria del ántrax durante la Guerra Fría. Si Osama bin Laden tuvo o no recursos invertidos en Al Shifa, industria de Sudán que se dedica a la producción de armas químicas –según el gobierno norteamericano– es algo que a pocos les parecía relevante. A muchos les daba casi igual si los Estados Unidos eran o no nuestros nuevos "defensores" –los mismos del Operativo Cóndor en Sudamérica o los que violaron el protocolo de Kyoto años atrás–. Ni siquiera parecía tener relevancia si los talibanes eran capaces de tirar bombas químicas o rociar ciudades con

armas biológicas. Es decir, si esto ocurría o no, estábamos entregados ya a un ritmo de acontecimientos casi nulo, en el cual las cosas que habían dado cabida a la catástrofe eran lo de menos, pues ello nos habría involucrado, de cierta manera, a todos. Se puede decir fácilmente que algo ha fallado en la humanidad, pero ¿quién va a dejar en verdad sus dos metros y medio de poder en el trabajo, por ejemplo?

Era la "huelga de los acontecimientos" de la que habla constantemente Baudrillard en sus textos, una especie de hoyo negro por el que se cuelan y anulan todas las cosas al convertirse en cotidianas. Ya nada pasa, sólo "este rechazo a significar lo que sea, o esta capacidad de significar cualquier cosa". Ni héroes, ni gloria, ni traición real, ni historia; sólo un montoncito de fobias y otro montoncito de chistes malos. Un continuo estancamiento en el lugar común. Las frases como "justicia infinita" o "guerra santa" no eran más que confirmaciones de su propia nulidad. Perdían por grandilocuentes y sólo eran capaces de convencer a los más despistados. Servían para simular la guerra en los medios y para vendernos de nuevo el optimismo de la venganza y de que había una única ley, de que nuestra vida sumida en la psicosis cotidiana era la paz que buscábamos y el bienestar que nos haría felices y positivos.

¡Qué buena onda!

Süskund, en la conocida novela *El perfume,* relata cómo su personaje Grenouílle, el futuro asesino artista del olfato, contrae ántrax mientras trabaja como curtidor de pieles. Contra todo pronóstico, después de soportar las fiebres y las pústulas negras, Grenouílle sana: "Aparte de salvarse, adquirió –ventaja inapreciable– la inmunidad contra el mal, de modo que en lo sucesivo podría descarnar con manos agrietadas y ensangrentadas las pieles más duras sin correr el peligro de contagiarse".

Nuestro optimismo le teme a los otros. A esos que son capaces de suicidarse con fines políticos. Pensar en ellos nos hace tiritar el cuerpo, pues nos devuelven nuestra propia imagen desfigurada (desintegrada, sería la palabra). Si la amenaza de la guerra siempre fue la muerte, si las batallas se perdían a causa de ese terror, ellos son inmunes. Son capaces de rociarse gasolina y sufrir la agonía y el dolor por unos cuantos minutos antes de morir, son capaces de rezar mientras escuchan cómo cruje su propia carne al arder. Son inmunes a su propio dolor. La parte extrema de nuestra propia inmunidad al dolor ajeno; mientras que ellos cargan una bomba, entran a una oficina y se hacen estallar en pedazos llevándose consigo a cualquiera que se encuentre cerca, nosotros estamos cada vez más preparados para lastimar al otro. Porque no podemos olvidar que nosotros somos capaces de verlos a ellos en la televisión matando y matándose mientras saboreamos nuestra granola con miel. ¿Quién es más insensible? Ellos se hacen sufrir a sí mismos y al otro; nosotros somos indiferentes a nuestro propio sufrimiento y al ajeno.

En todo caso, nuestro miedo, justificado o no, muestra ahora lo que ya estaba oculto antes del derrumbe y de la posibilidad de más guerras de sentido incierto para el ciudadano común y corriente: una especie de hartazgo suicida en todos nosotros. No obstante, nuestro optimismo con respecto a la supremacía de los modos occidentales siempre ha tocado los bordes del vaso, pero por alguna razón no hay gota que lo haga derramarse. Esto que llamamos Occidente remonta siempre su propio fracaso, y nuestro terror del fin es ilusorio. Podremos perder nuestro amado patrimonio, nuestras colecciones escrupulosamente clasificadas o incluso morir por montones a causa de algún contagio contra el que no existe vacuna, pero lo que debería darnos verdadero terror –como lo afirma el mismo Baudillard– es que todo esto vaya a seguir girando en falso.

Lolita ya no estará con nosotros

Ya en la pantalla, el rostro de Lolita pegado al cristal parecía aún más feo. Aunque en sus ojos perdurara la misma claridad que había visto yo cuando le puse la cámara de video enfrente y pulsé *Rec*. Pero se notaba que Lolita no había sido así de deslucida en su juventud. La imaginé como cuando ves las fotos viejas de la abuela y te sorprendes al encontrar a una joven que camina en pleno centro de la ciudad de los 50´s, mientras parece que mueve el culo con maestría y entrega felina.

–No estabas tan mal que digamos, bibilita.

Así también, el auge sexi de Lolita había sido posible, a pesar de haber acabado ya: anchas caderas y plastas de pintura en el rostro que parecían un desierto de colores; se podía pensar en eras geológicas de maquillaje sobre su piel, como si no se hubiera limpiado la cara desde los 15 años. Grandes pestañas como varitas negras que algún ingenioso había colocado en la orilla de una almeja abierta. Una especie de esponja amarillenta que en realidad era

pelo mal teñido y un suéter negro sobre una camisola satinada, quizá del mismo año en que la bandera norteamericana ondeaba en un estudio para simular que el hombre había llegado a la luna (una luna con viento, para que las estrellas saltaran con estúpido gusto entre las barras).

Lolita entró a la fonda en la que yo compartía con Carola una comida corrida que nos salvó del hambre del día. Habíamos dado vueltas y vueltas por el centro de la ciudad mientras que, con una cámara portátil, grabábamos cualquier cosa: una fuente con rostros de niños de piedra que arrojaban agua por la boca; Carola lanzando un gran chorro de saliva hacia el lente; mis botas viejas que avanzaban a través de la basura en el asfalto; ella y yo inventándonos un tango chilango con cámara en mano en la que se grababa parte del cielo, parte de nosotros dos abrazados, parte de la calle solitaria del domingo. Así que cuando Lolita entró a la fonda no lo dudamos ni un momento. Carola sacó la cámara de la mochila y se la mostró a Lolita y a ella le brillaron los ojos. Nos preguntó entonces que si éramos de la televisión y que, si la estábamos grabando, cuándo iría a salir el programa. –Uno de estos días–. Entonces nos dijo su nombre y luego contó que había sido famosa, que había trabajado en la XEW, que un productor le había robado las ilusiones… –Sí, claro, ¿por qué no nos canta un poco? –Con mucho gusto, no faltaba más, a eso venía precisamente…– Lolita ni carraspeó:

> *Ella / a la que hubiera amado tanto / la que llenó de dicha mi alma / me pide con ternura que la olvide / que la olvide sin pena y sin llanto / yo que llevo sepultados tantos sueños / guardo tantas tumbas en el alma / no sé por qué sollozo y tiemblo al cavar una más en mis entrañas…*

En tanto con su voz aguda nos brindaba esta estampa de necrofilia intimista, su rostro había cambiado la combina-

ción de colores en la pantalla que de un blanco semi-rosado habían pasado a ruborizar la zona en donde aparecían sus mejillas sobremaquilladas. Y ahí, frente al televisor, me di cuenta de que sin pensarlo, mientras grababa, había yo presionado el botón del zoom de la cámara hasta conseguir un acercamiento de Lolita en el que sólo se veían ojos, nariz y boca. Pero fue hasta ese momento en el que reproduje el video, que vi en Lolita lágrimas mientras cantaba; muy pocas, como cuando los actores de las telenovelas finalmente recuerdan algo que les conmueve para hacer que las luces del estudio se reflejen en sus lagrimales y así darle aunque sea un poco de credibilidad a sus malogrados personajes. Conmoción real, por supuesto, en un lugar inadecuado. Calidez en un sitio frío y sin sentido. Entonces yo también lloré, a pesar de que siempre me ha parecido que no hay cosa más estúpida que hacerlo frente a un televisor. Sobre todo cuando lo haces con ese desgano que el aparato le brinda casi siempre al televidente, por mucho que lo que veas ahí sean las grabaciones en video de tu interesante vida. Yo, además, no conocía nada de Lolita. La historia que nos había contado esa vez no daba para tanto y, aunque se tratara de otro testimonio de fracaso y ruptura de ilusiones, la ciudad estaba llena de semejantes fábulas. No era, en todo caso, asunto para el llanto sino para encabronarse con un lugar que causa que nos aislemos del sufrimiento de los otros. Aunque, pensándolo bien, el asunto en realidad había servido para que Carola y yo nos burláramos un poco de Lolita cuando se fue de la fonda, confiada en que iría a salir en algún programa de espectáculos o algo así. Carola y yo nos quedamos mirando y luego nos cagamos de risa un buen rato.

¿Por qué estaba yo llorando ahí entonces, frente a la reproducción de Lolita en la pantalla? Fue hasta unos minutos después de que observé sus lágrimas que pude entender las mías propias: ella tampoco se había creído nuestro cuento. Se trataba tan sólo de una simulación den-

tro de la cual todos habíamos representado un papel. Ella ahí, frente a nuestra mirada, fingiendo garbo y voz prodigiosa, y nosotros con una camarita jugando a los jóvenes creadores. *Violencia es mentir* –recordé que decía una canción que oíamos por aquel momento. Y a nosotros nos gustaba la violencia tanto como a nuestros semejantes. Vivíamos de ella y de ella sacábamos fuerza. Y un día, cuando Lolita ya no estuviera viva, alguien más se aparecería con una cámara ultra moderna para burlarse de nuestro propio fracaso que, a esas alturas, sería inocultable. Snif, snif… cuando me comencé a sentir como en un melodrama de Manga japonés, me limpié los mocos, apagué el video y la televisión y me largué a hacer otra cosa.

El fin de la línea familiar

Color sepia

Un hombre joven, ataviado con una bata blanca, corta con el bisturí el cuerpo de un cadáver. Esta foto de mi abuelo materno en una práctica médica, fue la que me hizo decidir el conformar el árbol genealógico de mi familia y hacer una recopilación de algunas de sus historias. Cuando le vi empuñando el escalpelo con ese gesto parecido al de alguien a punto de acabar con la última porción de un pastel, pensé que habían olvidado platicarme algunas cosas. Y es que, para la memoria, mi familia está un poco negada, pues es una de esas en las que algunos miembros son capaces de suspender las emocionadas descripciones de la vida que comenzaron dos minutos antes, para pasar al sugestivo tema de lo agria que está la salsa verde. De esas como la gran mayoría de las familias formadas en las ciudades; paradójica, atiborrada de prejuicios y lagunas mentales.

Sin embargo, me impulsaba la idea de que detrás de toda esa abúlica intensidad de nuestra clase media de todos los días, suelen esconderse anécdotas insospechadas

que vale la pena rescatar. Inicié por realizar las preguntas obvias, a las que sólo algunos miembros respondieron entusiastas. Las anécdotas de picaresca previsible o las grandes tragedias de lo cotidiano inundaron las libretas virtuales de mi computadora: Gloria la esquizofrénica, Esther la *cocacolainomana* o Chopai el carcelero de muchachas.

Fue hasta que comencé a hacer averiguaciones más precisas que los datos escasearon. Y es que después de que uno se ha enterado de ciertas cosas, hay preguntas que no pueden dejar de hacerse. Preguntas difíciles de responder por cualquiera de nosotros, como por ejemplo ¿por qué hemos permitido semejante desastre en nuestras propias familias? ¿Tiene algún sentido esa reunión de gentes, más o menos unidas, que dicen profesarse amor, pero que no se interesan por nada de lo que le ocurra al otro?

¿Qué creemos que estamos haciendo? Nada, ni una sola respuesta satisfactoria. Ni siquiera cuando yo, para picarles el Ego, declaré que la palabra *familia* significa *criado,* de *famulus,* con la que se designaba al grupo de sirvientes que acompañaba a una persona. Silencios en la conversación o en el intercambio de correos y cambios de tema. También un par de regaños velados.

Dado que mi objetivo no era dar de puntapiés contra las ilusiones aristocráticas de algunos de los que me había dado de comer hasta los 17 años –edad a la que mi madre me corrió de casa–decidí suspender momentáneamente mi investigación casera hasta que soplaran mejores vientos. Un par de casualidades hicieron que me decidiera a continuar con mi búsqueda.

Revelado en color en una hora

A David lo conocí en una de esas fiestas en las cuales no sabes de dónde ha salido toda esa gente a la que saludas. Él, en silencio y recargado en una esquina de un peque-

ño departamento de la colonia Roma, era de los pocos que había permanecido incólume ante esa seducción que nos hace abrir la boca y aventurar las más grandes necedades frente a cualquier desconocido. Pero a pesar de su aparente lejanía, cuando me acerqué ya un poco borracho y más insoportable que de costumbre, el tipo me trató de lo más amable. Comenzamos a conversar de varias cosas y, cuando llegamos al obligado tema del porvenir, me habló de un libro de Jaques Attali, *Diccionario del futuro,* que acababa de leer. Luego sacó de su gabán unas cuantas anotaciones del mismo, entre las que se encontraba ésta, que transcribí de inmediato:

> *"La mayoría de los nómadas urbanos viven solos desde la más tierna infancia. Por doquier el individualismo y la ley del mercado apoyan el derecho a la reversibilidad de una elección." (En el futuro…) "cada cual pertenecerá sucesivamente a varios hogares y los niños tendrán de este modo varios padres o varias madres a la vez" (…)*

Me di cuenta de que estaba parado frente u otro huérfano malhadado más, como la mayoría de integrantes de mi generación. Y no me equivocaba, pues su historia familiar era lacrimógena hasta la entraña, historia que no relataré aquí para no pasar del tono cínico de este texto a otro de cursilería imaginable. En todo caso contaré que en el transcurso del relato, y para mi sorpresa, David no coló ningún sarcasmo, cosa que indicaba que por lo menos él mismo sí respetaba su propia tragedia.

Tal seriedad me llamó la atención; no era común que alguien hablara así de un asunto que en general suele dar un poco de pena. Contaba cosas sobre sus hermanos y sus primos, sus abuelos y sus propios padres casi con amor, a pesar de toda la mezquindad que les atribuía en la historia, combinándolo todo con relatos de incesto y violencia psicológica. Hasta un rato después me contó que había sido

adoptado y que si tenía que agradecer algo, sería aquello. Incluso agregó de manera un poco gratuita algo así como: "nuestra vida descansa sobre la muerte de los otros". Entonces mejor fui por otro vodka.

Al día siguiente, crudo y todo, seguí dándole vueltas al asunto, pues las confesiones de David me habían hecho pensar en mi propia experiencia: yo, aunque en menor medida, tampoco pertenecía a una familia en el sentido tradicional. Por el contrario, había crecido en una en la que los lazos no eran tan claros. Bastaba recordar mi propia infancia repleta de dudas acerca de mi presencia en aquel lugar o la infancia contada por algunos de mis amigos, quienes crecieron en un grupo distinto del de la familia nuclear. La madre que se convierte a la vez en padre o el padre que hace las veces del cuate. Familias *monoparentales* como la mía, en la que un solo padre vive con los hijos, o familias llamadas de *tejido secundario,* en las que uno de los miembros tiene hijos de otros matrimonios.

Imaginé también las derivaciones de casos más extremos. Louis Brown, el primer ser concebido por fecundación *in vitro* en 1978. Las técnicas asistidas de reproducción que permiten la ausencia casi total del padre y las promesas de clonación a partir de una célula y la eliminación del esperma como sustancia de vida. Las comunas o las nuevas propuestas de familias de padres homosexuales. El tipo de relaciones que surgirán de dichos cambios.

Nada de ello, en realidad, disculpaba a mi propia familia. Por el contrario, aparecía frente a mis ojos una dimensión nueva: el esfuerzo que había hecho para concebirse a sí misma como una familia *normal* había fracasado y, lo supiéramos o no, éramos algo muy distinto de lo que imaginábamos ser. No, por lo menos, una concatenación de individuos libremente asociados por lazos de sangre, sino juntos por una casualidad orgánica, enfrentados unos contra otros a causa de la obligación genealógica tradicional o, en el mejor de los casos, ignorándonos unos a otros

mientras buscábamos nuevas familias que nos acogieran. Mediocridad en las decisiones que pretendían proteger los intereses de un grupo sin relevancia, divididos gracias a la incapacidad para reconocer que muchas de ellas eran tomadas gracias al miedo y nada más.

El dolor de cabeza no se me quitó ni con tres aspirinas.

Pixeles

Una vieja cancioncilla de Morrissey llamada "I´m the end of the family line" ("Soy el fin de la línea familiar") dice:

> *…our family tree hacked into decline / and I´m spared the pain / of ever saying / goodbye… (…nuestro árbol genealógico está en declive / y yo deseo ahorrarme el dolor / de decir alguna vez / adiós…).*

No es poco probable que el mismo Morrissey haya leído la novela de Thomas Mann, *Los Buddenbrook*, en la que uno de los niños, herederos de una familia de comerciantes de la alta burguesía, tacha el cuaderno en el cual se anotan los acontecimientos más importantes de la historia parental.

Pienso, luego de todo esto, que la puesta en juego de las aparentes verdades que sustentan al sistema familiar, son su misma aniquilación. Y quizás sea en la muerte de los lugares comunes de la familia tradicional, de los supuestos con los que se ufanaba de su fortaleza como el del fetiche de la consanguinidad o el sistema de tabúes, lo que engendre justificaciones más sensatas para permanecer o para escapar de núcleos que no funcionen.

Cooper, uno de los *antipsiquiatras* que junto con R. D. Laing criticaron el binomio terapeuta-paciente en la psiquiatría tradicional, dice en un libro llamado *La muerte de la familia* que "…es una pedantería hablar de la muerte de Dios o de la muerte del hombre mientras no podamos enfrentarnos a la muerte de la familia…" Y para liberarse

de esa familia autoritaria e interiorizada que modula cada uno de nuestros actos "… se debe mirar a través de ella".

Es así que recordar de nuevo aquella vieja foto donde mi orondo abuelo calcula el siguiente corte sobre la superficie del cuerpo de un semejante, es el motor para lúgubre entusiasmo que me obliga a recomenzar desde este nuevo ángulo la revisión de mi propia ascendencia.

Travestis imperfectos

Hay que decirlo de una vez. Algunos travestis siempre me han caído muy bien. Pero no piensen mal. No me refiero a los travestis serafines que son casi la imagen y semejanza de una mujer que suponen a muy pocos pasos de la perfección, o a los de Tlalpan que pretenden verse cada vez más femeninas para gustarles a la mayor cantidad de hombres heterosexuales posibles. Tampoco me refiero a las Barbies del Pedregal que de seguro, mientras sus papás no están, se pasean por toda la casa con uno de los vestidos de noche de mamá y con todo el kit cosmético de lujo sobre el rostro. No tengo nada en contra de ellos/as y me parecen respetables, en lo que cabe. Pero los que definitivamente me caen muy bien son los travestis imperfectos.

Aunque verlos sea como ver a tu papá en camisón y con los labios color escarlata (da escalofríos, eso). O como advertir que al señor oficial se le asoman por fuera de los pantalones unos calzoncitos con encajes que sólo imaginaste en la *playmate* del mes. Al principio impresionan un poco, pues por más que queramos ser abiertos, se trata de imágenes que estamos poco acostumbrados a ver. Pero hay algo en ellos que yo no puedo dejar de contemplar

con agrado. Quizá sea su vulnerabilidad inocultable la que termina por convencerme. Un poco también la plena licencia que se conceden para atreverse a salir así a cualquier lado, enseñando lo menos discreto de la fealdad masculina, envuelta en un empaque concebido para arreglar la fealdad femenina.

Por eso esa vez, cuando entré a la habitación de un prehistórico hotel del centro repleto de travestis imperfectos, me quedé frío. Ahí estaban, entre muebles mil veces repintados y ese olor a humedad y medicina caduca de cualquier habitación que tenga más de 50 años. Esos que podrías imaginar como tipos que en la vida corriente se imaginan respetables tan sólo por repetir el patrón patriarcal de manera más o menos correcta, eran ahora partícipes de un espectáculo digno de verse.

En el centro del lugar y en medio de un círculo formado por otras chicas que le aplaudían, bailaba con el fondo de una canción de Shakira una fornida rubia, mientras agitaba su vientre peludo con el que hacía chocar entre sí unos cinturones de metal. Olé, olé, olé. Había allá, en la esquina, una especie de carnicero del norte, rostro hinchado y manos acostumbradas al trabajo áspero, con pulseritas de chapa de oro, larga peluca y vellos tras unas medias rojas. Su mano acariciaba la pierna de la amiga; una señorita vestida de geisha que se había cuidado de recortar el largo del kimono hasta la mitad de los muslos. Otra más allá, con barba y una herida en el mentón, le servía ron a su pareja; una mujer biológica comprensiva que habría sido tolerante con las extrañas costumbres del marido. Con tanta diversidad inverosímil de golpe, yo no podía conseguir otra reacción en mi ánimo sino la perplejidad.

Señoras y señoritas; unas de pantalones de cuero y otras con vestiditos de niña de tres años hechos a la medida; desde viejos militares retirados con faldas de hawaiana hasta post-adolescentes que finalmente habían cumplido

la fantasía de uniformarse como Britney Spears. La mayoría renunciantes al festín clásico de las representaciones estándar, en la médula de la ambigüedad auto suministrada. En lo que coincidían casi todas era en que en ellas lo masculino era inocultable. Creo, incluso, que no deseaban esconderlo. Habían aprendido a vivir en el umbral de los sexos, pues sus compromisos sociales les habían hecho no renunciar del todo a sus privilegios heterosexuales. Estábamos, por supuesto, algunos hombres vestidos de hombre observándolo todo. Unos atónitos como yo, otros ya acostumbrados a aquel juego de roles.

Decidí acercarme para establecer contacto. Había en el fondo un grupo disfrazado todo de señoras "formales": traje sastre y blusas con enormes moños en el cuello, parecidas todas a solemnes madres o a maestras de la Secretaría de Educación Pública. Todas con cuba en mano y cigarros manchados de lápiz labial entre los dedos. Yo, en realidad, apenas hablé cuando una de ellas me preguntó si iba exclusivamente para ver o si no me había animado a vestirme. –¡Sólo vengo a ver! Vi la invitación en internet y soy curioso– respondí con voz más que grave. A partir de ahí me limité a escuchar atento. Uno de ellos ingeniero industrial, otro contador y otro más activista ecologista. Hasta un piloto de avión, aunque parezca mentira. Todos con actividades que los hombres suelen desear desde la infancia, transformados en educadas damas de una corte ficticia. Hablaban de labores y gustos femeninos, del mejor tipo de medias o la forma correcta de aplicarse la base en el rostro antes de colorear los párpados.

Pero había algo más que me sorprendió. Una especie de pasividad tranquilizadora. Como si en verdad estuviese escuchando hablar a madres que platicaran acerca de la manera correcta de educar a los hijos. Los prejuicios eran los de siempre, claro. Los mismos que oyes en algún colectivo cuando alguien afirma cualquier cosa sin pensarlo demasiado. Lo único que variaba era el ropaje que

utilizaban para hacérselo saber a otros. Simulación como en todos lados. Ni mejor ni peor. Como el hombre o la mujer que se visten de licenciados para parecer respetables. Como el moralista que no puede dejar de vendernos su desgracia. En todo caso, el travestismo que tenía frente a mí era un poco más honesto. Tan honesto que me enfrentaba, pues cuando me propusieron salir con ellas a la calle, puse cien excusas antes de escapar un poco angustiado.

Domingo en el Cuerno de Oro

I

Del lado norte del Estambul europeo es uno de esos domingos alegres. Bullicio y gente que baja hacia el estrecho de mar por entre las callejuelas. Privilegios de libre tránsito brindados a los turistas que, mientras engullen sus *pansiyons* con queso, observan al mismo tiempo las inscripciones en árabe de los cementerios, convertidos ahora en parques. Y claro, las sonrisas absolutas de los comerciantes en esta vieja parte de la ciudad. Como caminar en medio del optimismo absurdo de un día feriado en Chapultepec.

A punto de llegar a la orilla del Bósforo, un limpia-zapatos me pide el encendedor para prender un cigarro. Se lo doy y él me ofrece en agradecimiento untarle una maravillosa crema a mis tenis de imitación cuero. –Mierda –pienso. *–No-muchas-gracias-no-la-necesitan–.* El hombre unta su trapo con la pasta y al intentar acercarlo a mis pies, yo le pido de regreso el encendedor. No me lo quiere dar y comienza a contarme una historia para distraer mi atención

mientras siento como ya su trapo recorre la piel sintética. Su esposa: está a punto de quedarse ciega y él debe hacer eso –supongo que no se referirá a engañar una y otra vez a los paseantes, sino a bolear zapatos– para poder pagar sus medicamentos. Gime como si llorara y yo no le creo nada, aunque no pueda ocultar cierta lástima verdadera en mi gesto que, imagino, el tipo aprovechará a la perfección. La esposa está en casa con fiebre. Han llegado a Estambul desde el oeste de Turquía para pagar un médico, pero el dinero no les ha alcanzado. Me señala un papel que parece ser una receta y que lleva dentro de una mica, pegada a la caja de tintes para calzado. Si no hubiese vivido mil y una veces estas mismas estrategias en mi propio país, me tragaría enterito el teatro. Ya llevo casi tres meses en Turquía y esto se repite todos los días. No digo más. Saco del bolsillo uno de los grandes billetes con el rostro de Atatürk, el "salvador de los turcos", y se lo extiendo. 25000 liras turcas, que no sirven ni para comprar tabaco. El tipo me devuelve el encendedor de inmediato y yo tengo el privilegio de seguir andando por ahí con el tenis derecho reluciente.

II

Ya estoy en uno de los puentes del Bósforo, también llamado el Cuerno de Oro, que comunica el lado europeo con el lado asiático. Decenas de pescadores formados sobre el pretil de metal lanzan los hilos de sus cañas de pescar al estrecho con una cándida alegría. Apenas observo unos cuantos pescadillos raquíticos en un recipiente de plástico; no sé si sean usados como carnada o lo único que han podido pescar. Mezclada con el aceite, la basura flota juguetona en el agua. Una mujer vende una especie de tortas de pescado asado con alguna hierba. Compro una para calmar el hambre y me la trago casi toda de un sólo bocado, aunque no pueda olvidar lo que contiene ha sido obtenido en un agua infecta. De todos modos sabe bien.

El puente es bastante largo, así que debo caminar como diez minutos para llegar al otro lado. La sensación de pasar de un continente a otro así, tan naturalmente, me sorprendió desde el primer día. Claro que para los europeos comunes con plena conciencia de su condición continental, los turcos son como europeos de quinta y esa pequeña parte del continente asiático en Europa, un error geopolítico. Les conviene pasar por alto que el imperio otomano fue dueño, varios siglos atrás, de casi la cuarta parte de Europa. Ahora, habiendo perdido la mayoría de sus privilegios en el viejo continente como potencia, la parte europea de Turquía apenas guarda señales de su antiguo poderío musulmán. Las torres de las mezquitas que de uno y otro lado del Bósforo impresionan a cualquier viajero inadvertido, son la fachada detrás de la cual se esconde una pobreza extrema, como en cualquier país del tercer mundo.

III

Del lado sur de Estambul, sí se vive el tipo de domingo que me es habitual. Otros días había caminado ya por las mismas calles y no aparentaban ser tan deprimentes como esta vez, quizá a causa de que eran transitadas por más personas. Esta primera parte de la nueva ciudad es una zona laboral. Así que un domingo aquí luce desierto. La gente está en sus casas viendo como el Galatasaray le hace el dos a cero al Trabzonspor. A ningún habitante se le ocurriría venir a esta parte de la ciudad, repleta de edificios vacíos y comercios cerrados, si se le antojara pasear por algún lado. Parece como si nunca nadie hubiese pasado por aquí.

En el café al pie de la Torre de Gálata pido un té de manzana, lo más barato de la carta. Frente a mí filman una película o un video musical: una mujer vestida de novia y un soldado se dirigen hacia una cámara. Repiten la escena varias veces. Decido ya no ir a la plaza Taksim en

un día como éste, pues ya lo imagino; domingo de plaza comercial con los transeúntes que cargan grandes bolsas de ropa cara, una especie de *mall* híbrido que se parece al de cualquier ciudad moderna y que lo mismo puede existir en Copenhague o Tokio. Calle de adoquines nuevos, grandes negocios de ropa o golosinas o lo que sea y decorados según los cánones del mercado global, gente vestida a la moda que sólo te mira para intentar determinar si la camisa que llevas es de la temporada o no. La misma modernidad estándar con la cual pretenden recubrir al centro de la Ciudad de México. No es tan extraño que sea precisamente en la parte asiática en la cual se ubica este complejo comercial, si pensamos en la penetración del mercado de Occidente y el deseo que provoca en algunos habitantes de sitios no occidentales.

Prefiero regresar a la orilla del Bósforo y esperar a que pase algo mientras observo el movimiento de los transbordadores que llevan y traen a los que quieren ahorrarse la caminata a lo largo del puente. Pero no pasa nada. Pienso en la riqueza y en la pobreza como dos orillas de un mismo estrecho y por un momento recuerdo lo que leyera hace un par de días acerca de este sitio. Los invasores turcos que asediaban Constantinopla en el siglo XV antes de la toma completa de la ciudad bizantina y la reacción de los ciudadanos al ver la inminencia del suceso: tirar todo el oro y los objetos preciosos al agua. Supongo que cientos de buzos habrán intentado ya recuperar el tesoro.

De dulces y venenos

Ñam, ñam

Por lo pronto estoy arrobado. Esto, que cerca de la ñoñez más confortable llamamos *gomita,* me hace cerrar los ojos y mascar como si se tratara de un pezón de azúcar. En su exceso de dulzura, aniquila el recuerdo de cualquier otro sabor. El amasijo gelatinoso cede de forma pasiva a la fuerza de las muelas que, casi sin intención, la trituran para expandir su sabor a naranja en la boca entera. A primera vista parece ser algo de naturaleza inocente. Y así, entre ñam y ñam, comienzo a perder la sensación de entrega total cuando, harto de tan edulcorado placer, alcanzo a hacerme la primera pregunta estúpida: ¿qué mejor manera de esconder un veneno que ocultarlo tras lo deseable?

Podría estar devorando ahora, sin darme cuenta, lo que dentro de muy poco me tiraría al piso a causa de dolores inimaginables. Ellos me harían abandonar la normalidad de la salud hasta situarme en lo que Cioran llama el *horror impreciso* del asco; lugar en el cual "gastronomía y metafísica se convierten igualmente en víctimas de

nuestra inapetencia". Cualquiera que deseara aniquilarme debería saber que mi punto débil se encuentra en la confianza que tengo en mi salud y, en este caso, en la distracción que me provoca el apetitoso sabor de una mísera gomita. Bastaría una porción mínima de cianuro –que por cierto puede ser extraído del azúcar del durazno o de la ciruela– para caer fulminado en unos instantes. O, para un sufrimiento más intenso, porciones almendradas de arsénico que por su carácter acumulativo impone una transición gradual que comienza en la náusea, pasa por las convulsiones y culmina en la muerte. Una traición de lo más abyecta, pues si por lo menos se tratase de un veneno como la estricnina, habría que disimularlo con picante a causa de su sabor amargo. El chile tiene la capacidad de hacernos evocar lo irritante, y se puede pensar en que ya nos buscábamos el envenenamiento por valentones, que hemos perecido un poco a causa del mismo principio con el cual elegimos jugar. Pero ser envenenado por medio de un dulce no puede ser más que una mofa a nuestra ingenuidad. ¡Un dulce! El mismo con el cual imaginamos las escenas más enternecedoras. Un grupo de corazoncitos perfumados, un chicloso que contiene miel rosada en el interior o un silbato de caramelo. La ilusión de vernos devueltos a la infancia, que pocas veces es mirada fuera del lugar común. De pronto, un dolorcito en el vientre y…

La salamandra

En el Bestiario de Aberdeen, un libro inglés realizado cerca del año 1500, se representa en color la imagen de un manzano por el cual trepan varias salamandras. Ellas, que en el dibujo parecen ser sólo serpientes, se enredan en las ramas de un árbol simétrico plasmado sobre un fondo de oro. Cuatro de ellas muerden los frutos mientras las otras dos señalan hacia los lados de la lámina. En uno de ellos hay otro grupo de salamandras que arden en el fue-

go y en el del lado contrario una nueva salamandra que se introduce en una especie de matraz o en el brocal de un pozo. Al pie del árbol yace un hombre moribundo o, en el mejor de los casos, adormilado. El texto, que enumera las características de la salamandra y acompaña a la ilustración, ya lo dice: venenosa de suerte que "envenena a la vez". Es decir, que lo tocado por ella se convierte a su vez en venenoso. Bastará que la salamandra muerda el árbol o sus frutos o beba agua de un pozo para hacer que ellos mismos se conviertan en dañinos. Si el hombre al pie del árbol está dormido, ya despertará y correrá el peligro de comer la manzana que le matará. Si está agonizando, es que ya lo ha hecho.

Más acá de la interpretación alquímica, y que probablemente aluda al carácter ambiguo del animal o de la sustancia a la cual representa –pues la salamandra, según el texto, a la vez de ser capaz de permanecer en el fuego sin quemarse y adoptar su naturaleza ígnea, es capaz de apagarlo y admitir una naturaleza contraria– el mensaje es claro para neófitos como yo: ¡cuidado con lo que te metes a la boca! Sobre todo en un lugar en el que todo es susceptible de estar contaminado.

El terror de Tablada

José Juan Tablada, en un artículo publicado en 1922 (*Crónica de los venenos),* habla ya de algo así como la vida en el envenenamiento. Bombones, pasteles, pan, leche, cosméticos y hasta los venenos corporales humanos que él llama "antropotoxinas", todo, cualquiera que sea su naturaleza, contiene ya un germen deletéreo. Terror a la parte, terror al componente invisible que un buen día se vuelve en nuestra contra. Todo es motivo de sospecha. Sin embargo, no basta con temerle a un otro que nos envenene, pues nosotros mismos nos ocupamos de ello. Y es que es difícil resistir al gusto de acercarnos a la intoxicación. Es

como si hubiese algún placer en vernos morir frente al espejo. Ni siquiera puede hacernos desistir de ello la obsesiva descripción de los detalles que se suele hacer de las consecuencias. Sacarina, aspartame, sulfitos, etc. son, según los médicos, similares a venenos auto-administrados. Y esa sensación de no poder parar de comer, es muy parecida a las ganas que tenemos en el fondo de abandonarlo todo o abandonarnos a todo. El glutamato monosódico, por ejemplo, es un aditivo que se aplica a muchos alimentos para mejorar su sabor. En cantidades excesivas puede provocar dolores de cabeza y pecho y sensación de ardor en el antebrazo, en la espalda y en el cuello. El BHA y BHT, conservadores frecuentes en alimentos oleosos, son altamente carcinogénicos.

Más de 40,000 productos que pueden desequilibrar el delicado ordenamiento molecular del cuerpo. El lado oscuro de una sola molécula crucial puede darnos un buen susto, pues en ese proceso de especializada comunicación que es la sinapsis, un inconveniente en el intercambio de información neuronal equivale al desarreglo de todo el sistema. Y esto es tan invisible para ojos cotidianos que solemos no tomarlo en cuenta. En eso se basa precisamente cualquier envenenador que respete el oficio: en las pequeñas distracciones y en nuestra confianza que supone que todo va a seguir como hasta ahora.

Cómo pasar un litro de leche al interior del WTC

Quizás sea tan fácil como estrellar un avión en la casa de cualquiera de nosotros. Quiero decir que por lo menos ahora es más fácil de lo que antes imaginábamos. Si se pudo hacer derrumbar dos torres de la magnitud de las del WTC norteamericano con tan poco, cualquier cosa se puede hacer. Tanto más si se trata de algo de apariencia inofensiva. Si el bote de leche al que nos referimos contiene una bomba de mil males o un litro de líquido pasteuri-

zado, es muy difícil que alguien lo pueda corroborar sin un complejo dispositivo de seguridad. Y para ocultarlo se requiere tan sólo de una voluntad láctea explosiva y de los medios para llevarla a buen término. Probablemente sea tan sencillo como espolvorear morfina en una tortuga de chocolate con nuez y cajeta y enviar con ella casi de inmediato a un casto rentista al ataúd (dos miligramos de Temgesic bastarían) o mandar una carta con esporas de carbunco al orfanato "Héroes de Walt Disney".

Y aunque este tipo de ataque no es nada novedoso, y baste para comprobarlo recordar la cantidad de Papas que han sido envenenados –sólo envenenados– a lo largo de la historia (San Agapito I, Teodoro I, Conono, Marino I, Romano y Teodoro II), en la actualidad este tipo de acto toma renovados bríos. En nuestro imaginario del terror una escena se revitaliza: envenenamientos masivos, cientos de gentes que sucumben bajo el influjo del mismo mal mientras son transmitidos en vivo por televisión. Y dado que la tragedia se puede reproducir en todos lados a través de ondas satelitales y a velocidades catódicas, se puede también entrar en el mercado cambiario de los sentimientos de culpa con un mínimo capital. Basta conectarnos a uno de los extremos de la red, pues cualquiera de sus caminos es vehículo para la venganza. Un caramelo o una carta –ese bello modelo casi en desuso mediante el cual se transmitían sentimientos que eran la ilusión de una dulce y larga espera– y que ahora podría representar el equivalente a abrir una caja de Pandora. Los motivos están ahí, y pueden ir desde la protesta sobre la creación de los gatos-bonsai en laboratorio, hasta la destrucción de una forma de concebir el mundo. Y, para algunos, es difícil negar semejantes antojos.

Los activistas de la nueva eugenesia

No hay goce que le sacie, no hay dicha que le baste
siempre va enamorado por formas cambiantes.
Goethe

Drosophila y compañía

…después de una cuantas generaciones, todas las moscas se encaminaron por el tubo de vidrio hacia la zona en la que se había depositado la miel. El habitáculo con el éter dispuesto para aniquilar a las disidentes había quedado vacío, gracias a que la transmisión genética de padres a hijos incorporaba información como ésta: de un lado-supervivencia, del otro lado-extinción.

Así me transmitieron mis propios padres uno de los experimentos realizados con la mosca Drosophila –que posee la extravagante virtud de presentar mutaciones genéticas de generación en generación, observables a corto plazo– como si me relataran una fábula para explicar el origen celular del miedo. Así lo repito. Por eso creo necesario decir que no dudo cuando rechazo un reduccionismo que basa muchos de sus supuestos en ejemplos tan restringidos como estos –el conductismo puede ser su consecuencia límite–. El mundo es complejidad simbólica, algo más que la suma de las partes, una red infinita de posibles combinaciones alegóricas que pierden su sustancia cuan-

do se les intenta explicar desde el método, en lo que el filósofo Paul K. Feyerabend llamara la separación constreñida entre ciencia y arte.

Es posible, sin embargo, imaginar la emoción en las manos de todo el que fuese capaz de manipular la intrincada trama del océano genético. Porque tener éxito en el control de los resultados implicaría que los seres vivos en el mundo son materia maleable no sólo desde un orden externo al cuerpo. Poseer las fórmulas para ajustar el interior de los organismos, sus principios moleculares primigenios, implicaría que *naturaleza* es algo bien distinto de lo que habíamos imaginado. Lo que se modifica así, además del sentido y la esfera de las ideas que pesan sobre los seres, son los seres mismos. En un orden tal –o desorden, ya no sé– ¿quién jugaría el papel del observador y qué el de lo observado, si objetos orgánicos pudieran ser inoculados con agentes que representaran las miradas subjetivas de creadores varios, transformados en datos post-humanos capaces de modificar la distribución de una materia que antes parecía inalterable?

Alba y compañía

Si el término *arte* en la actualidad ya es vago de por sí, cuando se le relaciona con estas prácticas el problema se vuelve más complicado. Porque, usando términos del mismo Feyerabend, podríamos estar ante nuevos científicos empíricos que se formulan preguntas concretas y les dan respuesta por caminos distintos de los del dogmatismo tradicional. Imagino, como primer acercamiento, a bioartistas como Bernd Lintermann, Karl Sims o a la pareja Sommerer y Mignoneau que trabajan con organismos interactivos que el usuario puede modificar para dotarles de cualidades genéticas según su gusto, y donde la representación gráfica del ADN es materia sustancial. Al margen de las comparaciones simplificadoras con el

spencerianismo, que dotó de base ideal los experimentos eugenésicos llevados a cabo por los nazis, el empleo formal de la técnica científica en algunos de estos trabajos se desdibuja cuando son incluidos en contextos artísticos, a pesar de que muchos de sus creadores tienen una formación científica especializada. Esto a causa de que algunas de sus propuestas son asumidas desde un esteticismo que descuida la problemática contemporánea sobre la territorialización del entorno genético en esto que los científicos llaman *moderna eugenesia.* En ella el tema fundamental es hasta dónde y en qué términos el hombre puede llegar en la manipulación de los genomas.

En todo caso, trabajos como los de Ken Rinaldo entregado a la construcción de organismos robóticos según el comportamiento de estructuras genéticas interconectadas unas con las otras, o en los de George Gessert, dedicado a alterar las características biológicas de distintas flores para generar híbridos de increíble belleza, existe una postura ambigua, una dirección indeterminada que no sugiere del todo las implicaciones políticas de actos de esta naturaleza.

Quizá sea el artista brasileño Eduardo Kac uno de los más claros en esta extraña mezcla de sarcasmo y ambigüedad relacionados con escenarios congénitos. Kac basa su obra en la resignificación de la hegemonía humana como reguladora del mundo. Padre de lo que él mismo denomina *Arte Transgénico*: una forma de creación *"basada en el uso de las técnicas de la ingeniería genética para transferir material de una especie a otras, o para crear singulares organismos vivientes con genes sintéticos"* –según sus propias palabras. En el año 2000 presentó a Alba; una coneja fluorescente que fue posible gracias a la colaboración con científicos del Instituto Nacional de Investigación Agronómica de Francia. Otra de sus piezas fue la incorporación en bacterias de un gen sintético, que traducía al código genético una frase de la Biblia: *'Dominen a los peces del mar,*

a las aves del cielo y a todos los seres vivos que se mueven sobre la tierra'. El trabajo de Kac plantea agudos recipientes imaginativos que ponen sobre la mesa problemáticas sobre la identidad, no ya desde una concepción moral rígida acerca de lo que *debe ser* el mundo, sino a partir de deseos latentes a la mano de cualquier artista contemporáneo.

Lo privado público

El filósofo español Félix Duque, al hablar del espacio público como campo político, replantea los límites entre técnica y naturaleza: *"Lo que llamamos artificial se yergue siempre, dominador, sobre las ruinas de mundos técnicos periclitados."* Por eso nadie que no sea capaz de observar de cerca este nuevo orden, estos territorios internos que comienzan a ser cada vez más públicos, podrá entender lo dúctil de las nuevas realidades que nos esperan. Y es que no bastan los reclamos ni ningún método plañidero para intentar apaciguar a quienes desean apropiarse de muchas de nuestras decisiones orgánicas. Sus ojos ya han llegado hasta ahí y ¿cuántas veces hemos visto, a lo largo de la Historia, que comprendan las razones de la *bonhomía*? Esperaremos sentados si pretendemos que abandonen el deseo de privatizar el cuerpo. Si logramos definir de qué lado estamos –si somos el observador o lo observado– ¿cómo librar una batalla en un campo tan inasible como los códigos humanos, sino introduciéndose en ellos?

El trabajo del colectivo multidisciplinario Critical Art Ensemble es buen ejemplo para hablar de una toma de posición frente a este nuevo tipo de conflictos. Como parte de su producción encaminada a la crítica de la red y a la discusión sobre el uso de nuevas tecnologías, el grupo se ha dedicado a la configuración de ejercicios de reinterpretación del empleo de la biotecnología que los Estados intentan acaparar restringiendo el eventual control de las

realidades internas del organismo a corporaciones privilegiadas. En las pugnas por el manejo de los significados dentro de este post-humanismo cada vez más definido, la reflexión de Critical Art Ensemble contraviene ideales de *pureza* comercial que hacen plausible un nuevo tipo de segregación, no ya desde un prejuicio manifiesto, sino desde el llamado *prejuicio sutil* que enfría las relaciones con los otros desde la lejanía. ¿Cómo imponer lo más *útil* para todos, sino disminuyendo las cualidades de la diferencia? Por ello el conocimiento de estas técnicas, el uso de las herramientas para comprender de mejor manera qué pasa en el interior de los procesos orgánicos más complejos, es indispensable para intentar contrarrestar el avance de estos nuevos poderes y a la vez tratar una vez más, como diría la célebre frase de Wittgenstein, de "enseñarle a la mosca a salir del frasco".

Territorios del tercer entorno

Cuando en Berlín intenté localizar el centro de la ciudad, un sentimiento de extravío descompuso mi entusiasmo. Era cierto que los mapas indicaban zonas específicas en donde uno podía descansar o tomarse una cerveza. Una de las dos grandes torres de televisión, la del lado oriental, alrededor de la cual había algunas esculturas o zonas comerciales o, quizá, la avenida Kurfürstendamm con la iglesia de Guillermo I en ruinas a su costado, o el complejo comercial Potsdamer Platz reconstruido después de la caída del muro. Sin embargo, la mayoría de espacios parecían desiertos, si no es que desoladores, sin un alma de la que se pudiera deducir apetito por atravesarlos. Una especie de ciudad en reconstrucción constante –grúas a lo lejos y sonido de taladros por todas partes– en la cual era difícil encontrar un sitio en el que desearas permanecer más de media hora sin la sensación de que era mejor moverse de ahí. Luego grandes recorridos en los que parecía que no tomabas rumbo hacia ningún lado. En todo caso, llegabas a algún punto en el que muy pocos se detenían, como si el espacio ahí no fuera sino una restauración de fragmen-

tos, organizados todos alrededor de caprichos efímeros y supuestos, sin asideros materiales para poder contenerse un momento y deducir un uso específico. No era por eso difícil pensar que los habitantes de Berlín vivían en una ciudad distinta de la que yo estaba acostumbrado, una ciudad que por lo menos en ese momento parecía no existir del todo sino en un espacio disperso, aparente.

Al hablar del trabajo del colectivo Knowbotic Research pienso en aquel Berlín semidesierto como primera sugestión; las derivaciones en nuestra época con origen en un periodo de conflictos bélicos y subdivisiones de mediados del siglo XX, que trastocaron a nivel global la idea de todo ciudadano acerca de la imperturbabilidad de las metrópolis como unidades de sentido. Sobre todo tratándose de un colectivo de artistas con raíces germánicas, Berlín puede representar muy bien la transición entre una realidad material sostenida como espacio organizado por el Estado, hacia otra en la que el sitio donde el ciudadano habitará será el de la información que sea capaz de retener. El abandono de la Nación como unidad: Knowbotic Research está justamente dedicado al desarrollo de un arte-tecnológico que transcurre en una zona que el filósofo Javier Echeverría ha denominado *tercer entorno*[1]*;* el último estadio construido por los humanos en el proceso histórico de adaptación y control de la realidad.[2] El interés del grupo se centra en el desarrollo de nuevos dispositivos mediales que funcionen como agentes para la ubicación, reubicación y entendimiento de la información electrónica como un área indeterminada en la que las implicaciones de orden público son decisivas.

[1] Echeverría, Javier. *Los señores del aire: Telépolis y el tercer entorno*. Barcelona: Destino, 1999.

[2] El primer entorno o entorno natural, es característico de las civilizaciones primitivas; el segundo o entorno urbano, es una forma de organización que estaría agotándose y que durante siglos ha desarrollado y dado cobijo a estructuras complejas como la democracia, la ciencia y la revolución industrial.

Compuesto por Yvonne Wilhelm, Christian Huebler y Alexander Tuchacek, Knowbotic Research desarrolla los llamados *cognirobots* (*knowbots*); entidades capaces de incidir en el flujo de datos de la Web, con el fin de generar realidades distintas de captura, almacenamiento y apropiación en las que estos conectores *irriten* el ordenamiento cartesiano de las redes controladas. Intentan provocar *colisiones entre esas realidades diferentes*, en este nuevo mundo de referencias al que apenas comenzamos a acostumbrarnos. Sin embargo, su preocupación reside a la vez en no descuidar el ambiente convencional (de segundo entorno) en el que montan sus instalaciones, en las cuales los usuarios son *absorbidos* en medios tecnológicos que están retroalimentados cada tanto por nuevos flujos de datos cuyas direcciones apuntan hacia lo indeterminado. Es decir; el visitante debe ahí enfrentarse a situaciones para las que no tiene experiencia previa, con el fin de generar respuestas nuevas dentro de un espacio entendido como zona híbrida.

En *10_dencies* (*Tendencies*), uno de sus proyectos de mayor difusión, Knowbotic Research ha propuesto, mediante el trabajo en red con distintos usuarios, transgredir las rutinas convencionales de acopio de datos relacionados con urbes como Berlín, Tokio, Sao Paulo o Venecia. Se trata de involucrar al nuevo tipo de ciudadano radicado en *telépolis*[3] como alguien que puede, desde su visión individual, aportar, apropiarse y hacer uso de información de distinta índole que, al convertirse en pública, transforme la fisonomía de las redes telemáticas. Gracias al empleo de diferentes interfaces y métodos, se logra la adjudicación del espacio, como si se tratara de un jardín provisional en el que el usuario recupera un sentido y un deseo que lo relacione de nuevo con el territorio de la ciudad material. Los nodos de conexión toman, en metáforas visuales como la representación de cada iniciativa elegida por el usuario

[3] La ciudad global, electrónica y digital. Op. Cit.

por vectores proyectados sobre una pantalla mural, nuevas implicaciones correlativas al ámbito político y social. Esta realidad multiforme, generada a partir de campos de colaboración abiertos, integra nuevos grupos de interés en las redes, capaces de cohabitar en el espacio con las asociaciones de poder económico emigradas ya de este tercer entorno.

En proyectos más recientes, reunidos bajo el nombre de *Transcoding* (*Transcodificando*), la agrupación ha elaborado estrategias para generar en la esfera pública la mudanza de toda información fundada en ella, a datos extraterritoriales hilvanados en el espacio electrónico, para sugerir que nadie puede decidir de manera absoluta sobre su uso. La tendencia contraria, la privatización y reglamentación de este entorno, se contrapone a la redimensión de lo público como sitio para la construcción de ideas y zonas inmateriales, configuradas según las pulsiones de una cultura entera. Por ello el trabajo de Knowbotic Research es la traslación de un sistema codificado a otro, o el quebrantamiento de métodos de representación estratificados, de tal manera que sea claro para quien es partícipe de la puesta en juego de sus metáforas, que nuevos territorios de significado configurarán lo que irremediablemente regulará las relaciones de ubicación en el mundo. Se trata de la búsqueda de la eventual recuperación de los sitios desiertos de sentido en los que por lo pronto no podemos sentirnos sino desorientados, incapaces de concebir un rumbo que no esté ya hiperdeterminado y que sea, por lo tanto, banal.

Wu Ming o lo que no tiene nombre

Lo que no tiene nombre (wu ming),
es el principio de todos los seres.
Lo que tiene nombre (you ming),
es la madre de todas las cosas.
Lao Tsé. *Tao Te King*

Wu Ming sí existe

Y yo lo vi. Se me puede creer porque, ya lo sabemos; en esta bonita época ninguno de nosotros miente. Y aseguro que esto es cierto puesto que los diarios siempre dicen la verdad.

Él sacaba billetes de un cajero automático cuando lo reconocí. Al principio me pareció una equivocación, pues imaginé que un tipo como él no se dignaría a adquirir ninguna clase de objeto de cambio de forma tan dócil, pidiéndolo a una máquina. Pero cuando le vi de cerca me di cuenta que era exactamente el mismo que aparece en la página web oficial: mirada estilo Mishima, pose como la de un militar de izquierda que aún cree en la ética y un cierto tipo de dulzura fiera en la mirada. Era Wu Ming, sin duda. Y yo no podía dejar pasar la oportunidad de pedirle un autógrafo. Así que me decidí a hablarle en mi mal inglés, que supuse él comprendería. Comencé por decirle que admiraba su entereza y que, aunque no había leído su libro "Hachas de guerra", me parecía que me iba a gustar mucho. Su mirada fría no se separaba de mis ojos. Yo continué sin pena y le pedí que me firmara una servilleta… y

no pude decir más, pues el puñetazo con el que puso fin a mi alabanza fue tan duro que aún ahora tengo la sensación de que me hubiesen arrancado la nariz.

Mentí, lo confieso

Ni foto, ni cajero automático, ni nada. Wu Ming no existe. Wu Ming no es nadie. O, mejor dicho, es varias personas a la vez. Esto lo convierte en un *alguien* colectivo y no individual, en un Don Nadie desde el punto de vista del sujeto como entidad independiente. Y si el colectivo Wu Ming tan sólo fuese un grupo de italianos dedicado a hacer novelas colectivas, este texto tendría un sentido distinto. Pero no, Wu Ming no se pretende un grupo de escritores. Muy por el contrario, sus integrantes se nombran a sí mismos "narradores"; y para ellos la diferencia es clara: "escribir es producción, narrar es política".

Tras el *suicidio* de un proyecto similar llamado Luther Blissett, nació esta especie de empresa de desorden cultural. Según sus integrantes se trata de "…un laboratorio de diseño literario" formado por "agitadores de la escritura" y que consiste en algo que pensamos que no volveríamos a ver en épocas de tragedias intimistas, minimalismos literarios de alcoba y clasificación *copyright* del mundo: un colectivo que antes de hacer arte hace política. No interesados por el culto a la personalidad del artista como entidad notable, pretende retomar el perpetuo acto de contar historias como actividad comunitaria. Su organización reacciona en contra de la idea opuesta; la lejanía entre el autor ilustrado y su lector-vulgo o su no-lector. Idea extendida a lo largo de los siglos que supone que al poder deben acceder tan sólo los elegidos por su "capacidad" para emitir la interpretación "correcta" de las escrituras o de la historia: reverencia a los mitos oficiales.

"*Q*", la novela publicada bajo el seudónimo de Luther Blissett por los ahora integrantes de Wu Ming,

ya plantea este asunto desde sus orígenes. Bajo el lema de *omnia sunt communia* (todo es de todos) se relata la historia de varios personajes de comienzos del siglo XVI y partícipes de la Reforma. Uno de ellos es un ex soldado del ejército de Thomas Müntzer que recorre la convulsionada Europa desde 1525 hasta 1555. Müntzer, uno de los primeros personajes históricos revisados en el texto, fue un predicador alemán que, a diferencia de Lutero y de sus ofertas reformistas, pretendía purificar la sociedad cristiana por medio de la revolución y la violencia. Era apoyado por campesinos a los que había dotado de cierta confianza mística que consistía en obrar al servicio de Dios después de haber sufrido una vida de privaciones. Müntzer formó un ejército en la región de Turingia y fue combatido por el mismo Lutero (o "Doctor Mentira" según el mismo Müntzer). El peligro que para Lutero representaban disidentes como Müntzer o Juan de Leyde, consistía en que negaban el pacto político en favor de la inalterabilidad de sus convicciones.

La lectura de "Q" propone una primera idea evidente; el germen de los cismas y los movimientos radicales que provocaron los cambios políticos a partir del protestantismo, no está únicamente en los pactos luteranos con la iglesia oficial ni en la institucionalización de la propuesta reformista que, al fin y al cabo, llevó años después de las primeras revueltas al Papa Paulo IV al poder. Está también en tipos como Müntzer, olvidado convenientemente por la historia oficial, y que pugnaba por la abolición de la propiedad privada y por la eliminación de cualquier tipo de privilegio emanado del poder y por sobre los demás fieles.

Queda claro que aún hay muchas historias que narrar, además de las que ya se han contado, pues si es cierto que el poder niega las historias que no se ven y que son hechas por cada uno de nosotros, es cierto de igual forma que es en el conocimiento de estas microhistorias en donde se halla la posibilidad de negar al poder,

o por lo menos de modularlo. "En la primera página hay escrito: *En el fresco soy una de las figuras del fondo*".

Nuevas mentiras

¿Importa si Wu Ming existe o no? No lo sé. Y es que en el monopolio de la verdad, como ya lo dice el escritor religioso Thomas Merton, "la falsedad básica está constituida por la mentira de que estamos completamente dedicados a la verdad". En todo caso ni verdad ni mentira, sino historias reelaboradas.

Parecería entonces que Luther Blissett habría cumplido su cometido como mentira a medias, como simulación provocadora, pues además de que cualquiera podía apropiarse del seudónimo para publicar sus propias cosas bajo esa rúbrica, los Luther Blissett originales regalaban los derechos de autor de la novela para que fuese reproducida en cualquier medio. Y la editorial feliz, pues a pesar del plagio sugerido, se vendieron 80,000 ejemplares de la primera tirada en Italia. Al mismo tiempo, estos maestros involuntarios de la mercadotecnia estaban vinculados con otras organizaciones, como la ya famosa Monos Blancos. Fueron capaces de *personalizar* acciones tales como la de crear el dominio *vaticano.org*, en el cual publicaron textos heréticos e informaciones falsas acerca del jubileo; o de inventar un supuesto preso político de Milosevic para hacer que los diarios especularan y terminaran dando informaciones falsas como verdaderas. Publicaron también un libro acerca de la *net generation* con burradas de lo más desconcertantes. Todo esto con el fin de poner en acción una "guerrilla psíquica" contra los medios de comunicación.

Entonces, si todo iba tan bien ¿por qué se disolvió Luther Blissett? No hay demasiadas respuestas. Una de las pocas es de orden práctico; los cuatro autores habían hecho un plan quinquenal (como en el viejo estilo soviéti-

co) en el que pactaron terminar la novela y publicarla al final del plazo. Muerto el perro, se acabó el chiste (pero no la rabia). En todo caso, el nuevo proyecto Wu Ming ya no regala el nombre a cualquiera. Y a pesar de que ellos mismos se autodenominan como una "empresa" dedicada a generar historias bien construidas narradas desde la perspectiva de la multitud anónima, sus intenciones se han enfriado, pues ya no parecen dispuestos a organizar movimientos demasiado peligrosos o se han cuidado de ya no difundirlos a los cuatro vientos.

Será que nunca falta lo que sí tiene nombre, el *You Ming*, lo que a pesar de todas las buenas intenciones se resiste a volver hacia lo comunitario. Algunos grupos *underground* no les perdonaron su coqueteo con el poder y la fama. Y es que es complejo mantenerse intactos en esta especie de capitalismo inmaterial en el que no hay otra cosa por producir sino sentido. Entonces, frente a la idea de unidad y trabajo hacia un mismo objetivo –ideas que las derechas e izquierdas históricas compartieron por muchos años– surge la posibilidad de generar cada vez más sentidos diversos, más opciones, más ideologías que no lo son porque ya no pueden serlo, repletas de "buenas" o regulares intenciones.

En el mercado mediático de libre intercambio, todo puede convivir: desde el programa-performance con tintes de suicidio colectivo, hasta la cantante ultra conservadora *teen rave* de *party*. Muchas de esas son nuestras históricas figuras del fondo, todas peleando por un espacio para salir en primer plano en la foto, aunque se trate de la de un calendario de carnicería. Probablemente a causa de esto, Wu Ming, más maduro que el joven Luther Blissett, ha acotado su proceder y ha optado por limitarse a lo que sabe hacer mejor: narrar historias. Asunto no del todo inocente, pues, como lo dice la primera frase de su nuevo libro; *las historias son hachas de guerra que debemos desenterrar.*

Hakim Bey
La migración de las Zonas Temporalmente Autónomas

Bienvenido Hakim

Se llamaba Hakim Bey, pero podría haberse llamado Alubia Dorada o Instante Detrás de la Foto Doméstica. Su nombre podría también haber sido, sencillamente, Mr. Pirotecnia. No importa: Hakim Bey es un seudónimo. Me parece más significativo el hecho de que Bey (o Mr. Pirotecnia, como quieran llamarle) apareciera en la web a mediados de los ochenta con textos publicados en zines electrónicos. Porque quizá el primer punto a favor para comenzar a hablar de la configuración de territorios liberados es la puesta en duda de las políticas acerca de la identidad y la autoría, que ni yo mismo puedo asumir del todo acá, aunque lo intente. Redimensionar el lugar desde la reinvención, el heterónimo, la identidad colectiva o el desestabilizador anonimato es recurso de la ficción que franquea los linderos de lo real. ¿Quién eres? Te *vale madres; fíjate en lo que digo. Piérdete en lo que digo. Mis palabras podrían ser muy bien las tuyas.*

Eso y un tono combativo, le valieron a Bey el título de "padre del terrorismo poético"; una idea que consiste

en la creación de fórmulas de rebelión basadas en la incongruencia y la espontaneidad; la experiencia del disparate como recurso motor; el derroche de ideas hacia la creación de espacios nuevos. Sus textos, escritos en una prosa de lirismo beligerante, sugerían algo que aún ahora –cómo no– me parece recomendable: bailes nocturnos en cajeros automáticos, allanamiento de moradas en las que, en lugar del hurto, se colocaran poemas de estilo dadaísta, la construcción de las mil y una mentiras con el fin de desestabilizar los idearios de quienes pretenden explicar el mundo entero desde un convencimiento moralista fincado en un orden individual. Un primer juicio: la fuerza pasional de las propuestas de Hakim Bey, si bien no dejaban de lado las discusiones de tono académico, devolvían una fuerza de espíritu a los discursos que han convocado a la insumisión, muchos de ellos ocultos en la penumbra de tiempos pasados –el discurso sedicioso como intento de emancipación de las bases materiales de la verdad invertida, como lo llamaba Guy Debord.

Con pleno conocimiento de causa Hakim Bey, esta especie de antihéroe electrónico, redimensionaba algo no del todo nuevo. Nada que algunos pensadores de tendencia libertaria no hubieran planteado ya, como en el caso de John Holloway y su concepto de antipoder o de Paolo Virno y su idea de la recuperación de las emociones como método para oponerse a los Estados autoritarios. El hallazgo de Bey consistió en combinar el análisis político de la red –que en aquel momento resultaba todavía nueva para una gran mayoría de no-usuarios en el mundo– con principios que recalaban en el ánimo de quienes veían a Internet como posibilidad para descentrar la información y el uso que se hace de ella.

Por eso uno de sus mayores méritos apunta hacia la definición de las llamadas Zonas Temporalmente Autónomas (ZTA). Insaturadas en Internet o fuera de él –así como habían sido modeladas en otros momentos histó-

ricos, como el caso de la Isla Tortuga y de la red distributiva que crearon los corsarios del siglo XVII– las ZTA irían creciendo en la medida en la que determinados sitios fueran ubicados y liberados de la idea centralista de territorio. Babilonia –decía– toma sus abstracciones por lo real; precisamente en ese margen de error se constituye la ZTA.[1] Una toma de los espacios aún no reglados por los poderes fácticos, dentro de los cuales entonces cualquiera puede hacer públicas sus ideas. Y lo mejor: para las ZTA Bey no proponía definición concreta, pues el hecho de limitarles con principios fijos las hacía susceptibles de apropiación por los representantes del Estado, que ubican necesidades y las institucionalizan en los medios. Frente a esta posibilidad, toda ZTA debía ser desarticulada ante el peligro de filtraciones normativas.

Para proponer estas redes independientes, Bey se basó en trabajos de filósofos como Lyotard o Deleuze y Guattari, que habían retomado la idea del nomadismo como ejemplo para la desarticulación de realidades basadas en dogmas históricos. La desilusión con la que los intelectuales franceses habían descreído de los fundamentos del marxismo duro, que no daba cabida a la experimentación no científica y a la espontaneidad, arriba con Bey a una sana renuncia de la concepción historicista de las circunstancias, que poco había hecho para evitar el crecimiento de los autoritarismos en todas partes. En sus escritos se brindaban alternativas de una frescura para el ánimo lo suficientemente seductoras como para que muchos intentaran llevarlas a la práctica.

La puesta en marcha del Anarquismo Ontológico –otro término acuñado por Bey– orientaría las formas intrincadas de esta nueva experiencia poética, fuerza barroca que no era determinada sino por el caos, no en el sentido de desorden sino en el de goce impredecible.

---

[1] Bey, Hakim. *Las zonas temporalmente autónomas.* Traducción y notas de Guadalupe Sordo. http://www.lahaine.org/pensamiento/bey_taz.pdf. Pág. 3.

Pillaje y disfrute de las fuerzas originales, el amor loco (*amour fou*), el espíritu no doblegado que emergería como inocencia feroz, como canto y baile, como torbellino de fuerzas perturbadoras.

Adiós...

Por eso, cuando leí en la Red la Carta de Valencia que Hakim Bey había presentado en unas jornadas de cibercultura en la Universidad de Alicante, entristecí un poco. Luego de los postulados poéticos; de documentos como *Los pasquines del anarquismo ontológico* en los que incitaba al desorden creativo; de extraordinarias frases del tipo "Después de Caos viene Eros", me pareció que su acercamiento a una lucidez más bien escéptica no encajaba con la imagen que tenía yo de sus ideas refractarias. ¿Qué había pasado con aquella postura esperanzadora que se oponía a la frialdad de la información con el llamamiento para rescatar el goce corporal con base en un conocimiento alegremente compartido que lo propiciara? *Las ZTA* –decía– *quieren a toda la información y todo el placer corporal en una grande y compleja confusión de dulces datos y dulces fechas –hechos y fiestas– sabiduría y riqueza. Esta es nuestra economía y nuestra guerra.*[2]

Y es que con su algarabía de tono rebelde, alimentó durante el cambio de siglo mis ánimos juveniles, que amenazan siempre con desaparecer (los ánimos juveniles en estos lugares amenazan con esfumarse desde que naces, para ser remplazados por simulacros de la infancia). No hay duda de que cierta ingenuidad política acechaba detrás de sus documentos anteriores y de cada una de sus frases evocadoras de la insumisión; tampoco es difícil inferir que detrás de muchos proyectos reformistas se esconden idealismos utópicos de distintos calibres. Por ello una reacción

[2] Bey, Hakim. La guerra de la información. http://www.lahaine.org/pensamiento/guerra_informacion.htm.

así era previsible si el hombre, la mujer, el grupo o el ente escondido detrás de la máscara Hakim Bey, deseaba pasar a una práctica de mayor compromiso y menor presunción del estilo.

En la carta, Bey renunciaba al intento de construir una corriente de tono libertario en Internet, cuyo planteamiento general descansaba en la posibilidad de forjar a partir de las ZTA Zonas Permanentemente Autónomas. Sin embargo, en el último de sus textos, llevó a cabo una crítica bajo la sospecha de que "las aplicaciones revolucionarias de la Red no llegarían nunca" como él las había imaginado en tiempos de mayor flexibilidad electrónica. Casi una contradicción. De un lado ideas que abogaban por la formación de nuevas comunidades próximas a la noción de independencia, por el nomadismo psíquico y la disposición para la fiesta como medio que recuperara el placer de la existencia, robado por una directriz postecnológica que asocia responsabilidad ciudadana con mercadotecnia global. El juego de la disipación, de la improvisación, de la ruptura de fronteras *copyright*, del llamado Inmediatismo; la difusión de ideas a través de todos los medios posibles, acerca de la irracionalidad y el pitorreo. Por el otro, una decantación más parecida al nihilismo de Cioran que a la beligerancia de Malatesta.

Pero, claro está, la oscuridad que puede opacar los años venideros de todo optimista, parecía haberle hecho replantear su posición –pinche lucidez, llega siempre a estropearlo todo–. Según la Carta de Valencia, ya no resulta fácil hacer acopio de fuerzas insurrectas para crear zonas no acaparadas por un capitalismo que se jacta ahora de ser global, diverso e inclusivo. Las nociones de resistencia en Internet coquetean hoy, según Bey, con el delirio de intercambio de mercado y de una militancia exaltada de buenas intenciones, pero de muy pocos resultados concretos. El más allá de la red parecía estar en el regreso a

la vida material y a una oposición neoludita[3] en contra de la sustitución de las máquinas por el pensamiento. En términos estrictos, Hakim Bey abandonaba la acción poética ejercida en el terreno electrónico para acceder a la acción directa en el mundo concreto.

Aloha otra vez

En todo caso, el abatimiento provocado por la Carta de Valencia se me pasó pronto luego de haber leído una entrevista realizada a Peter Lamborn Wilson en julio del 2004. Peter, no hay nadie que lo oculte ya, es el hombre detrás del seudónimo Hakim Bey. Y aunque su tono siga siendo el de un viejo desencantado, entre líneas no es difícil interpretar que si Hakim Bey desapareció de la zona que él mismo pretendió desterritorializar, es lo de menos. Con ello a la vez ponía en práctica su propio pensamiento al intentar deshacerse de un perfil y unas ideas que comenzaban a ser tomadas por sus lectores de manera doctrinaria: *La cosa del TAZ* –dice– *es que yo no la inventé, solamente le di un nombre (…) una TAZ está en todas partes de dos a varios miles de personas, quienes por poco más de dos o tres horas, o tanto como un par de años, logran mantener ese ambiente en marcha. Y es increíblemente vital. Es vital el que cada ser humano tenga alguna experiencia así, o nunca sabrá que otro mundo es posible.*[4]

La autoanulación de Bey se podía intuir ya cuando en trabajos como *La guerra de la información* anteponía, con miras a recuperar un goce espiritual erróneamente opuesto a las apetencias del organismo, el placer corporal vinculado a todo deseo de abstracción electrónica en contra de la mera recolección de datos crudos. Bey, siguiendo

[3] El ludismo fue un movimiento obrero Inglés del siglo XIX, cuyas acciones se basaban en la revuelta espontánea y desorganizada, dedicado a atacar la maquinaria industrial y los instrumentos de producción.
[4] Bleyer, Jennifer. *Un anarquista en el Valle del Hudson.* En conversación: Peter Lamborn Wilson con Jennifer Bleyer. http://espora.org/biblioweb/bleyerwilson. html.

los principios de su educación sufí revelada luego de la Carta de Valencia, concibe el cuerpo como riqueza básica; ningún conglomerado de información puede trascender las necesidades inmediatas de sustento y comida. *Incluso* –decía– *una crítica radical de la "información" puede dar paso a una sobrevaloración de los datos y la abstracción.* El conocimiento del entorno es sustancial para la reinvención del mundo, eso es lo que potencia la fuerza insurrecta en contra de un dualismo que concibe que el cuerpo y el espíritu son asuntos de distinto orden y que por lo tanto concibe que la única lucha posible se puede dar en el terreno difuso de lo electrónico. Y un teórico del nivel de Bey no podía dejar de verse al espejo, espantarse un poco con su propia imagen. Porque todo radicalismo tiende a anquilosarse, a recuperar las formas que el ejercicio del poder impone en el momento que es necesaria una decantación de seguidores. Así también todo ideólogo, por muy oculto que se encuentre detrás de su invisibilidad, puede ser vulnerable y ser tentado con las llaves del reino. O, incluso, puede aburrirse. Y entonces es posible que migrar y dejar el puesto vacante sea una decisión sabia. Con esa mirada ambigua, desde la penumbra, con la pija de fuera y las flores debajo del sobaco. Con los dedos lisos de tanto teclear, pero con olor a sexo en el bajo vientre y a vino en la boca (o viceversa). Residuos de confeti perdidos en la maleza del cabello. Y la respiración profunda; fragancias por doquier. Así, naturalmente, esfumarse. Dice: *En cuanto aparece el primer indicio de comercialización o cansancio, entonces yo pienso que la mejor cosa que hay que hacer es cerrarlo. Seguid adelante, que reaparezca en otra parte. Y en última instancia, realmente creo que otro mundo es posible y que se pueden hacer cambios permanentes.*[5]

[13] Ibíd.

Índice

Prólogo 7

Más allá de la estetización moralizante.
Por Hugo César Moreno

Introducción 11

I.- Arriba-Abajo 15

Arte animal contemporáneo 17

Plastiadictos; *cámbiemelo todo Doc.* 21

La guerra de los robots 25

Tres ejemplos sobre frivolidad 29

Monstrorum político 35

El festín de los *neo-monstruos* 39

Pesadillas del buró 43
El *reven* o la post-fiesta 47
Todos somos indios, neonacos o *alien invaders*..............53
Virna; la mujer marcada 61
El tesoro está en el aire..65
No solo de *mona* vive el hombre 69
El *Cajetas* y la *Falsa Tortuga* 73
II.- Afuera-Adentro..77
La transa aquí y en Marraquesh....................................79
La Merced; ser de la airosa repulsión...........................85
Fragmentación..95
De ántrax y optimistas 101
Lolita no estará con nosotros.....................................107
El fin de la línea familiar 111
Travestis imperfectos 117
Domingo en el Cuerno de Oro....................................121
De dulces venenos 125
Los activistas de la nueva eugenesia 131

Territorios del tercer entorno 137

Wu Ming o lo que no tiene nombre...............................141

Hakim Bey; la migración de las ZTA 147

Periferias y mentiras;
textos sobre arte, banalidad y cultura
de César Cortés Vega
se imprimió en abril de 2009
por el programa editorial y de fomento a la lectura
"Ecatepec, Ciudad Lectora"
del H. Ayuntamiento de Ecatepec de Morelos.
La edición consta de 1000 ejemplares.